
EL AMOR QUE DETUVO
TODOS LOS RELOJES
LUDMILA RAMIS


Hubo un momento en que todo se quebró
en la vida de Delilah: la confianza,
los sueños, la alegría.
Pero, incluso en la oscuridad más
profunda, una chispa puede encender
una historia luminosa.
Una novela que late con verdad
y esperanza.
El amor
puede encender
lo que el dolor
apagó.
Editorial El Ateneo
www.editorialelateneo.com.ar
/editorialelateneo
@editorialelateneo





www.editorialelateneo.com.ar



/editorialelateneo



@editorialelateneo

EL AMOR QUE DETUVO TODOS LOS RELOJES

El amor que detuvo todos los relojes
© Ludmila Ramis, 2026

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas
© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200
editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar
Dirección editorial: Marcela Luza
Gerencia editorial: Marina von der Pahlen
Edición: Leila Zambrano
Producción: Pablo Gauna
Coordinación de diseño: Marianela Acuña
Ilustración de tapa: Josefina Torqui
Armado del eBook: María Victoria Costas

ISBN 978-950-02-1757-6
1ª edición: enero 2026

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Ramis, Ludmila
El amor que detuvo todos los relojes / Ludmila Ramis. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-02-1757-6

1. Libro infantil y juvenil. 2. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A860.9282

Advertencia: esta obra contiene situaciones de violencia y abuso que podrían resultar perturbadoras para algunos lectores. Agradecemos la generosa colaboración de la licenciada Florencia Alfie en la redacción de los consejos y las señales para prevenir situaciones de abuso.

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley nº 11.723).


EL AMOR QUE DETUVO
TODOS LOS RELOJES
LUDMILA RAMIS


Editorial El Ateneo

A las niñas que querían jugar con sus muñecas en lugar de convertirse en unas.

PLAYLIST

El amor que detuvo todos los relojes

17 canciones

Orden personalizado

1. **Hey There Delilah**
   Plain White T's

2. **Hopeless Valentine**
   Dazeychain

3. **When Emma Falls in Love**
   Taylor Swift

4. **Monsters**
   All Time Low (feat. Demi Lovato & blackbear)

5. **Be Alright (Sped Up Version)**

Fly By Nightcore, Jada Facer, Mae Bloom

6. **You Are In Love**
Taylor Swift

7. **Those Eyes**
New West

8. **Labour - the cacophony**
Paris Paloma

9. **Blank Space**
Taylor Swift

10. **Show & Tell**
Melanie Martinez

11. **Atlantis**
Seafret

12. **Emotion Sickness**
Said The Sky, Parachute

13. **My Love**
De La Ghetto, Quevedo

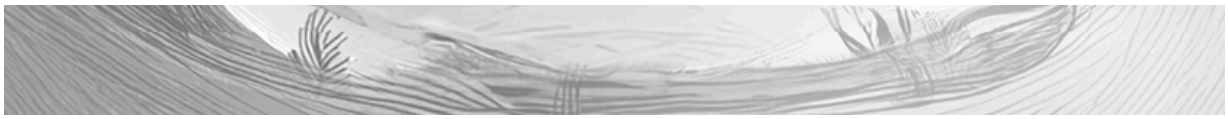
14. **Wonder**
Shawn Mendes

15. **Fearless**
Taylor Swift

16. **Enchanted**
Taylor Swift

17. **Fanny (Be Tender with My Love)**
Bee Gees





CAPÍTULO 1

FÓRMULA INFALIBLE PARA ARRUINAR UNA AMISTAD

Fanny

Al no tomar una decisión estamos tomando una, porque lo que decidimos no cambiar es lo que elegimos seguir viviendo.

El problema es que los cambios requieren valentía y Fanny Shapiro está hecha de puros miedos. Mejor dicho, de absoluta cobardía.

Alguien puede temer e incluso así hacerle frente a una situación. En cambio, yo esquivo el problema como si fuera alguien con quien quiero evitar toparme en la calle. Prefiero tomar el camino más largo en vez de saludarlo. Frunzo el ceño hacia el vapor que desprende mi taza de té. ¿Por qué no puede Fanny Shapiro decir un simple "hola" en lugar de hacer una sesión de ejercicio cardiovascular innecesario?

¿Por qué Fanny Shapiro es incapaz de confesarle a su mejor amigo que quizás siente más que amistad por él?

—¿Por qué no puede Fanny Shapiro dejar de pensar en tercera persona? —Estiro la pierna y apoyo el pie en la silla vacía a mi lado.

—Porque está a punto de reprobar Literatura y debe practicar las personas gramaticales.

En realidad debo analizar los pronombres que usó Shakespeare para distinguir las jerarquías sociales de sus personajes, así que es incluso más

aburrido. Echo la cabeza hacia atrás. Mamá entra en la cocina y se inclina para besarme la frente, su brillo labial es pegajoso. Suelto el aire, irritada.

—Las adolescentes promedio no estamos interesadas en la escuela. —Me froto el lugar donde me besó—. Solo tenemos espacio mental para pensar en la agonía del amor y One Direc…

—Claro que no. —El abuelo se entromete al servir una taza de té desde la mesada—. No volveré a llevarte a otro concierto de los *Direction One*. Casi me aplasta una horda de jovencitas y una me mordió para adelantarse en la fila.

No me lo perdonará jamás. La chica usaba *brackets*.

—One Direction, papá —lo corrige mi madre—. Y la banda se desintegró hace tiempo.

—Gracias a Dios, cantaban horrible. —Le pasa la taza.

La mesa se convierte en un laberinto de migas cuando traen las tostadas. Mamá toma mi tobillo y lo levanta para sentarse, luego vuelve a dejarlo sobre su regazo; el abuelo olvida endulzar el café como todas las mañanas y arruga su ya suficientemente arrugada cara al primer sorbo. Frente a mí —hay cuatro sillas a pesar de que en casa solo vivimos tres personas— se sienta el gato de la familia, que observa con interés el plato de huevos revueltos.

—¿Cómo sabes si estás enamorado? —suelto.

El debate que tenían acerca de la sobrevaloración de mi banda favorita muere. Se miran con las tazas y los tenedores suspendidos en el aire. Hemos estado en esta situación muchas veces, como cuando pregunté de dónde venían los bebés o qué era un beso negro. Hubo una tensa guerra de

miradas que, a pesar del silencio, decía mucho: “contéstale tú”, “te toca a ti”, “es tu hija”, “es tu nieta”, “hazlo y lavaré los platos durante un mes”.

El abuelo rasca su ceja canosa y suspira. Ganó mi madre.

—El amor no se siente como una pregunta, sino como una afirmación. Si debes cuestionarte si estás enamorada, entonces no lo estás. —Me mira de reojo antes de darle un sorbo al café.

De acuerdo, tal vez no deba precipitarme a arruinar para siempre una de las dos amistades más importantes de mi vida. La destrucción de los vínculos afectivos puede esperar un día más.

—¿Fue una respuesta útil?

Le hago un gesto con la mano para indicar que más o menos. Refunfuña y hace un ademán que expresa “vete a la mierda”. Casi escupo el té de nuevo en la taza y me limpio con el borde del mantel al reír.

—Útil sería que uses servilletas y te apures, adolescente promedio. —Mamá me da unas palmaditas en la pierna y señala el reloj con la tostada que tiene en la mano—. ¿No está Zig esperándote?

Salto de la silla al ver las manecillas del reloj cucú. Tomo la mochila del piso y le quito la tostada a mi madre para comerla en el camino. Deposito un rápido beso en la cima de su melena pelirroja y dejo otro en la mejilla del abuelo:

—¡Adiós a ti también, Huevo! —saludo al gato.

Cierro la puerta de la cocina de un portazo y corro a través del jardín. Salto el primer aspersor y tropiezo con el segundo, pero llego a la vereda al mismo tiempo que él.

—¿Sabes qué hora es? —pregunta somnoliento desde el otro lado de la calle, con las manos enganchadas en las correas de su mochila.

Le doy un mordisco al pan y sonrío con la boca llena:

—La hora perfecta.

Las comisuras de sus labios se tuercen hacia un lado y hace un ademán con la cabeza para ponernos en marcha. Sin embargo, no cruza los metros que nos separan.

Caminamos a la par con la calle de por medio. Cuando alza la vista para ver el cielo —porque Zigler Gauthier siempre está mirando el cielo—, acomodo una de mis trenzas cosidas sobre mi hombro y trago con fuerza.

Es apuesto al estilo vampírico, demasiado delgado para sospechar que se alimenta a base de algo más que sangre y tan pálido que creerías que nunca se paró bajo el sol. Su cabello y sus cejas oscuras generan un contraste hipnotizante y tiene un pequeño sobrehueso en la nariz que, contra todo estándar de belleza, lo hace estúpidamente sexy, aunque no siempre lo vi de esa manera.

A los siete años me parecía repugnante como el resto de los niños. Sin embargo, la pubertad fue privilegiada con él y a mí me dio un puñetazo en los ovarios para que reaccionara.

Fuimos los únicos bebés de la ciudad en nacer el 2 de junio, a una pared de distancia y con solo once minutos de diferencia. Zig a veces se queja de que esos once minutos fueron los únicos donde tuvo paz en toda su vida, porque desde que llegué al mundo no me separé de él. Lo escuché llorar antes de averiguar cómo sonaba la risa de mi mamá o la voz de mis abuelos.

Dios, desearía haberme lavado los dientes. Y *odio* tener ese tipo de deseos tan insignificantes. Si careciera de sentimientos que pudieran poner en peligro mi relación con este geminiano no me preocuparía por tener mal aliento. Así que intento aferrarme a las palabras del abuelo y me acabo la

tostada. Quizás solo estoy confundida. Creer que estoy enamorada no significa que de verdad lo esté, ¿no?

Lo miro de reojo. Gran error.

Con un bostezo gira la visera de su gorra para que quede hacia atrás. Mientras los músculos de su brazo se flexionan de una forma que me incitan a pecar, se rasca la nuca. La camiseta se le sube un poco y expone la piel de su cadera; la cintura de sus *jeans* se superpone al elástico de sus bóxers grises y estoy…

Estoy frita. Ahogada en aceite. Fanny Shapiro murió en el fondo de una sartén, señores.

Gruño porque me molesta que me guste, y casi al mismo tiempo lanzo un chillido porque un poste de luz aparece en mi trayectoria.

—¿Cómo es posible que hagamos este recorrido hace años y tres de los cinco días hábiles olvides dónde está el poste? —Mira a ambos lados de la calle antes de cruzar a trote—. Deja de fantasear despierta conmigo, te causará una contusión cerebral pronto.

Lo empujo.

—¿Fantasear contigo? Por favor, no me insultes. Tengo mejor gusto.

En realidad, tengo un pésimo gusto. El peor. El tipo de gusto que arruina amistades porque siento mariposas en el estómago cuando estoy con él.

Empiezo a desacelerar el paso y él camina en reversa hasta la siguiente vivienda.

—*It's a love story, baby, just say "yes"*. —Canta con los brazos abiertos—. Lo dijo Taylor Swift. Tómalo o déjalo, pero sé que me amas.

Ruedo los ojos mientras se agazapa detrás de un auto. Las mariposas revolotean lejos con nerviosismo cuando miro la casa de tejas azules y paredes blancas. Contengo el aliento y espero a la otra de las dos amistades más importantes de mi vida.

En voz baja y con una pierna inquieta, susurro:

—Vamos, Delilah.

Delilah

En un año mi vida será mejor.

El aroma de las galletas recién horneadas de Fanny estará en cada rincón de la cocina que compartiremos. Sonará uno de los vinilos de música *country* que le robó a su madre, esos que hablan sobre un vaquero que viajó a la ciudad y se enamoró de una chica que soñaba con ser actriz. Tendremos las viejas mantas de su abuela sobre nuestros hombros mientras bailamos alrededor de la mesa porque el señor Shapiro se queja de que la mujer tejió un montón y ya no sabe cómo deshacerse de las toneladas de crochet.

Oigo el portón automático del garaje y las ruedas de la camioneta de mi padrastro deslizarse por la grava de la entrada. El motor ronronea uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos… Y ruge cuando acelera por la calle.

Suelto el aire, pero no me muevo.

En un año mi vida será mejor. Tiene que serlo, porque en lugar de galletas ahora mi habitación huele a sudor y una colonia masculina que me da náuseas. Aquí no suenan canciones de amor, sino las manecillas del reloj

a las que a veces le suplico que giren más rápido para que todo acabe antes. Y las únicas mantas que tengo están arremolinadas en mis rodillas.

Cuando el portón golpea el piso del garaje salgo de la cama y de mi cuarto.

En la ducha solo abro la canilla de agua caliente. Las nubes de vapor se acumulan para crear una neblina asfixiante. Friego mi piel con la esponja hasta que enrojece, sobre todo el cuello, los pechos y el interior de mis muslos. Me termino de preparar para la escuela en piloto automático. Después de que Henry me da los "buenos días", como dice él, intento dejar la mente en blanco porque si un simple pensamiento o recuerdo pasa por mi cabeza no tendré fuerza para seguir con el día.

Y necesito seguir. *No quiero quedarme aquí.*

Una vez que lavé mis dientes dos veces, desenredé mi cabello, me cambié e hice la cama, pelo una banana en la cocina y abro el terrario. Los cobayos se bajan de su rueda y corretean de un lado al otro, felices por desayunar. Parto la fruta en dos porque no quiero que se peleen. Luego aparto la cortina para ver si Fanny llegó.

A sus zapatillas All Star rojas le siguen unos jeans tan anchos como el suéter oscuro con gigantescas rosas bordadas que la abriga. Me encanta cómo el tallo con espinas envuelve una de las mangas. En realidad, me gusta que pueda vestirse como quiera. Daría cualquier cosa por usar una camiseta o deshacerme de mis acharolados e incómodos zapatos Mary Jane con plataforma.

Dejo caer la cortina y vuelvo a mi cuarto con la cáscara de la fruta en una mano y una servilleta en la otra.

Ahí está el preservativo, al lado de la cama.

Lo tomo con cuidado para anudarlo. Hago presión y, cuando el líquido permanece dentro del globo, lo envuelvo en la servilleta. Aprieto el bollo hacia el fondo de la cáscara antes de recoger el morral que dejé preparado en el pasillo.

—En tu lápida pondré que moriste por exceso de potasio —dice Fanny cuando me reúno con ellos—. En serio, Delilah, existen más frutas en el mundo.

Intento sonreír mientras avanzamos.

—¿Podrías dejar a mi monita preferida en paz? —Zigler deja caer su brazo sobre mis hombros—. Si la fastidias mucho te dará un latigazo con su cola prensil.

—Nunca creí que implementarías el término "prensil" en una oración —jura la pelirroja.

—Supongo que las tutorías de Biología dieron frutos para que alguien apruebe hoy. —Arqueo una ceja hacia Zig, orgullosa. Es una de las pocas clases que compartimos.

Fanny se detiene en seco y abre grandes los ojos.

—Pero… —Retuerce sus manos—. Estudié para Literatura, no para Biología. Maldita sea la…

Zig echa a reír. Fanny se enoja. Empiezan a discutir y aprovecho para desviarme un segundo hasta el cesto de basura del vecino. Tiro la cáscara y limpio mis manos con el alcohol en gel que cuelga del cierre de mi mochila.

En un año mi vida será mejor porque no tendré que hacer esto cada mañana.

CAPÍTULO 2

FANTASEAR Y OTRAS FORMAS DE (SOBRE)VIVIR

Delilah

La Hora Perfecta es la relojería familiar que hay en la parte delantera de la casa de Fanny. Su bisabuelo la fundó en 1923 y es lo más cercano a un edificio histórico que hay en la ciudad.

Por fuera, bajo los toldos de franjas verdes y blancas, se extienden vidrieras que muestran tantos tipos de relojes que cuando la luz llega aquí dentro lo hace en decenas de rayos disparejos que iluminan parcialmente el lugar. A medida que atardece se trasladan de un sitio a otro, como un reflector que sigue con pereza al artista hasta que cae el telón.

Mi reloj preferido es el de arena, que en realidad parece oro, preservado como un trofeo detrás de una vitrina que siempre me esfuerzo un poco más en limpiar. Sus receptáculos tienen forma de corazón y me pareció romántico desde el primer momento. Cuando acabo con él, subo a la escalera para desempolvar la parte superior de un reloj de pie inglés. El sol me acaricia el rostro; el aroma a madera y limón, la sinfonía incesante de los tic-tacs y el suave ronroneo de Huevo sobre la antigua caja registradora convierten la relojería en mi lugar favorito.

Ojalá pudiera quedarme aquí, pero el tiempo es algo contradictorio. Cuando quieres que pase rápido, un segundo se convierte en una eternidad;

cuando quieres que se detenga, las horas desaparecen en un parpadeo.

El tintineo de la campanilla anuncia la llegada de un cliente. Murmuro un "hola" por lo bajo, sin voltearme, aunque las palabras son ahogadas por el quejido del señor Shapiro en la parte trasera de la tienda.

—¡Ya voy!

Los pisos de madera crujen bajo el arrastre de sus pantuflas. A pesar de la insistencia de su hija y su nieta, se niega a usar zapatos hasta para ir al supermercado. El abuelo se toma su tiempo y me sorprende no oír al cliente saludar ni intentar sacar tema de conversación como lo hace la mayoría, aunque en el fondo se lo agradezco. Me incomoda ver a las personas a la cara, sobre todo porque tienden a querer mirarte a los ojos.

Sin embargo, cuando paso el trapo por la esfera del reloj me encuentro que refleja mi rostro y algo más: a mis espaldas, atrapado entre las manecillas, hay un chico parado en medio de la relojería. Con el mentón levantado y las manos en los bolsillos delanteros de sus *jeans*.

Mirándome.

Es como si me anestesiaran de golpe. La mano hecha un puño en la que sostengo el trapo se relaja y casi resbala de mis dedos. Mis rodillas se aflojan y desconfío de ellas para sostenerme de pie sobre la escalera. Mi pecho se infla en una respiración honda y el aire se carga con una especie de electricidad inofensiva, del tipo que te hace cosquillas. Cada parte de mi cuerpo hormiguea.

—¿Qué puedo hacer por ti, jovenci…? —empieza el señor Shapiro—. Carajo, ¿qué te hizo ese pobre reloj para que lo trates así?

La pregunta revienta la burbuja atemporal en la que estábamos escondidos con el desconocido, cuyo reflejo desaparece del cristal. Se acerca

al mostrador y vuelvo a limpiar… O fingir que lo hago.

—¿Puede repararlo?

Tiene una voz suave y firme a la vez, como si fuera alguien que te daría la mano pero no permitiría que te aproveches de su bondad.

Echo un vistazo sobre mi hombro para verlo desabrochar el reloj que decora su muñeca, rozada por la camiseta manga larga gris que lleva.

—Solo Dios hace milagros. —El abuelo se baja los anteojos que porta sobre la cabeza para examinarlo—. Pero veré qué puedo hacer, aunque no te aseguro que quedará como antes.

Sin quitar los ojos del artefacto, empuja una gigante libreta abierta a través del mostrador. En el interior descansa una lapicera. El chico escribe sus datos de contacto. Huevo se estira para desperezarse sobre la caja registradora y emprende su elegante caminata sobre la madera hasta sentarse junto al libro. Ladea su peluda cabeza blanca con curiosidad.

Yo también me pregunto de dónde salió, amiguito.

El anciano mira al gato de reojo, con el ceño fruncido. No le agradan los clientes o los seres humanos en general. En realidad, suele apresurarse a saltar sobre los relojes más altos para evitar que lo toquen.

—No eres de por aquí, ¿de dónde vienes? —Silencio—. ¿Cuántos años tienes? —presiona. Silencio. El hombre se impacienta—: Me pagarás cuando arregle tu reloj, ¿verdad?

El extraño le devuelve la libreta . Oigo la sonrisa en su voz antes de que conteste.

—Solo Dios hace milagros, pero veré qué puedo hacer.

Me muerdo el interior de la mejilla para evitar reír. El señor Shapiro se queja entre dientes, descontento por tener una cucharada de su propia

medicina mientras el chico acaricia la cabeza del gato.

Con rapidez vuelvo a fingir que trabajo cuando voltea. Siento su mirada sobre mí y el cosquilleo regresa. *¿Le pareceré linda? Porque, aunque no lo vi bien, él sí me pareció atractivo.*

—Lilah, niña, ¿esa no es la camioneta de Henry?

Cada uno de mis músculos se tensa. Giro la cabeza hacia la calle y veo la Volkswagen Amarok estacionada a media cuadra. Es la única de color bronce que hay en la ciudad, lo sé porque mi padrastro alardeó sobre ella un mes entero luego de comprarla.

Siento frío. No tengo que mirarme en un espejo para saber que el color abandonó mi rostro. *¿No debería estar en el trabajo? ¿Por qué salió antes? ¿Y si se enteró de que trabajo aquí y me vino a buscar?* Aprieto el trapo con ambas manos y bajo corriendo la escalera, pero los nervios me hacen tropezar.

Aunque nunca caigo al suelo.

Un brazo rodea mi cintura, ahorrándome la caída. Sin embargo, mi atención no se desvía de la puerta. El corazón me late como si quisiera huir de mi caja torácica.

Él entrará en cualquier momento y cuando me vea…

—Mía —susurra la voz suave y firme—. La camioneta es mía.

Tardo un par de segundos en procesar las palabras. Solo pestañeo al notar que el asiento del conductor está vacío. El estado de alerta abandona mi cuerpo muy despacio, listo para regresar si es necesario. Entonces soy consciente del desconocido: la calidez de su cuerpo rozando mi costado, su sólido hombro al que en algún momento me aferré.

Me gana el impulso de mirarlo que reprimí hace un rato. Ladeo la cabeza, pero como es un poco más alto que yo me encuentro con su cuello.

Tiene tatuadas algunas palabras en un idioma que desconozco, escritas de forma vertical en trazos gruesos que se afinan en las puntas. Su mandíbula marcada está sombreada por la barba que afeitó recientemente y sus labios son delgados pero bonitos.

A pesar de que suelo evitarlo, algo me obliga a buscar su mirada.

No sé si es la mejor o la peor decisión que tomé, porque tiene los ojos de una persona amable. Y si tengo una debilidad, una fantasía, es esa: un muchacho que promete ser bueno conmigo. Que en lugar de romper, sea capaz de cuidar. Incluso de arreglar. Tiene una presencia acogedora y eso es... nuevo.

Espero que mi cuerpo reaccione de forma negativa como lo hace cada vez que alguien invade mi espacio, pero no.

Enarca sus cejas castañas en una pregunta silenciosa.

—Estoy bien —aseguro con las mejillas acaloradas al alejarme—. Gracias, y lo siento.

Hace un ademán con la cabeza hacia el mostrador.

—Agradéceme logrando que el vejestorio me haga un descuento.

—Oí eso —murmura el anciano, sin levantar la cabeza de lo que está haciendo.

Reprimo una sonrisa y me acuclillo para agarrar el trapo que dejé caer, pero el muchacho tiene la misma idea. Le permito recogerlo y lo examino un poco más: tiene el cabello corto a los lados y un poco más largo arriba, peinado como si hubiera pasado los dedos a través de él miles de veces. Algo que me llama la atención es el arito de su nariz.

A Fanny no le gustará. Su abuela le quemó la cabeza con que así se ven los vagos y los delincuentes.

—Soy… —empiezo cuando me tiende el trapo y noto que le gusta la joyería porque también trae un anillo de plata en el dedo corazón.

—Lilah —termina por mí.

—Delilah, en realidad. —Agito la tela hacia la parte trasera de la tienda —. Solo él y su hija me llaman Lilah. ¿Y tú eres…?

Vuelve a meter las manos en los bolsillos de sus *jeans*.

—Salvador, aunque mi nombre nunca tuvo tanto sentido hasta hoy.

—Mi tobillo y yo te agradecemos que nos salvaras de un posible esguince, Salvador.

Sus ojos son del color de la miel y las nueces, un marrón tan suave que juega a ser dorado, y se achinan cuando las comisuras de sus labios se tuercen hacia arriba.

El silencio que compartimos se carga de esa suave electricidad y es uno de los tantos momentos en que desearía que todo fuera diferente. Quiero saber qué se siente pedirle el número a un chico y tener una cita, que me pase a buscar por mi casa y me bese en la puerta luego de ver una peli en el cine.

Pero no puedo tener más que la fantasía.

Con un nudo en la garganta señalo la escalera para indicarle que debo volver a trabajar. Él asiente. No vuelvo a mirarlo, pero estoy atenta a cada sonido: se queda unos segundos en su lugar y percibo su mirada sobre mí. Solo cuando la campanilla anuncia su partida echo un vistazo sobre mi hombro. Lo veo rodear la camioneta y marchar.

En un año mi vida será mejor.

Me toparé con un muchacho que me parecerá lindo y lo invitaré a salir. Iremos a tomar café y me dará de comer pastel de fresa en la boca para que

me calle, porque querré llenarlo de preguntas. Daremos un paseo por el parque en otoño y nos acurrucaremos bajo el mismo paraguas cuando se desate la lluvia. Visitaremos un museo del que no sabremos nada y recrearemos las poses de las estatuas. Charlaremos por horas hasta que el sol desaparezca y cenaremos solo porque ninguno querrá que la cita acabe.

Haré todas esas cosas.

Solo que no ahora.

CAPÍTULO 3

EL PESO DE LAS NUBES Y LA COREOGRAFÍA DE LOS SECRETOS

Fanny

No soy una persona egoísta, excepto cuando se trata de comida.

Cuando era pequeña enrollaba mis manos en muchísimo papel higiénico —no quería quemarme ni dejar mis huellas dactilares— y robaba algunas de las galletas que mi abuela dejaba enfriar en la ventana. Mientras yo me llenaba la barriga, a la hora del té le echaban la culpa al gato. Luego de que mi madre supervisara que me lavase los dientes por la noche, me daba un segundo festín con la tanda de galletas robadas. Como me sentía culpable le regalaba una al pobre Huevo.

Un día me olvidé media galleta bajo la almohada y desperté con una concentración de hormigas. Mi nana me llevó de la oreja hasta la cocina y me enseñó la receta. "Déjales el hurto a los delincuentes", me dijo. "Si tienes hambre, cocinas. Si eres glotona, haces comida de más y te guardas algo extra en un *tupper*… Pero no me hagas llamar al fumigador ni pierdas mis *tuppers*".

Desde entonces sigo al pie de la letra sus palabras. Sin embargo, le sorprendería saber que lo que guardo en los *tuppers* sí lo comparto. Al menos con la persona junto a la que estoy acostada, pero lo hago.

—¿Cuántos gramos pesará una nube? —pregunto cuando una se desliza hasta ocultar el sol y la habitación se ensombrece.

—Gramos te pesa el cerebro.

Ruedo sobre mi costado para subirme a su regazo y darle manotazos.

—¡Eh, quieta! —Zig ríe y me toma por las muñecas—. Aunque me alegra ofenderte, no fue un insulto. El cerebro humano de verdad pesa alrededor de 1.300 gramos. ¿Una nube? Toneladas.

Entrecierro los ojos mientras intento determinar si me engaña, pero él jamás lo hace —aunque es divertido fingir que sí—, así que el detector de mentiras se mantiene en silencio. Suspiro y echo otro vistazo a través del tragaluz que hay sobre la cama, con vistas hacia mi patio, porque vivimos enfrentados. El cuarto de Zigler es un ático moderno que imita a una casa victoriana donde el techo se cierra en un pico hasta formar un triángulo.

Me dejo caer contra su pecho.

—Pero… —Rasco mi nariz contra su hombro—. Las nubes se ven tan frágiles y livianas, ¿cómo diablos van a pesar tanto?

Sus manos serpentean sobre mi espalda.

—Con el aspecto adecuado cualquier cosa puede pasar desapercibido el peso que tiene encima. —Infla el pecho al inhalar—. Cualquier persona también.

Me muerdo el labio inferior. Ahora las yemas de sus dedos dan pequeños golpecitos simulando una caminata sobre mis costillas. Aunque nuestros pechos están juntos y mi corazón martillea con fuerza el suyo en un grito de atención, Zigler no se percata del efecto que tiene sobre mí.

A veces insinúa algo para ver si puede obtener información sobre Delilah. Lo único que sabe es que su madre y su padrastro son estrictos: nada de fiestas, chicos o comportamientos inadecuados para una señorita.

La prioridad es el estudio. Aunque todo eso es cierto, hay más. Pero le hice prometer que no le preguntaría a Delilah porque es un tema del que no le gusta hablar.

Zig es como yo, un chismoso irremediable. En este caso cree que los problemas se reducen a una familia disfuncional y quiere saber el porqué de todo, aunque la realidad está lejos de cualquier hipótesis que tenga.

—¿No me dirás? —Enreda una mano en mi cabello con suavidad.

Cierro los ojos, dividida entre disfrutar la caricia y amargarme.

—No puedo.

—Podría ayudar.

No, no puedes.

—¿Y si…? —insiste.

Apoyo los antebrazos sobre su pecho y levanto la cabeza.

—Deja el tema si no quieres ser hombre muerto, Gauthier.

Sus ojos, tan oscuros como el chocolate amargo que uso para cocinar, buscan pistas en los míos. Pero ni aunque la policía me interrogara, la mafia me torturara o mi madre me amenazara con una chancleta soltaría una palabra.

Delilah aprendió a ser pisoteada y usada. Cuando intentó decir que no, a nadie le importó y creció pensando que no tiene poder en ninguna decisión sobre su cuerpo y su vida. Desde entonces intento demostrarle lo contrario. Pero ¿cómo puedo cumplir con mi propósito y a la vez no perder su confianza? Porque, por más que desee gritar por ayuda en su nombre, solo me pidió una sola cosa desde que la conozco: que fuera la primera persona en respetar su *no*.

—Ya que me excluyen de los secretos de Monita… —Me abraza y rueda hasta que estoy atrapada entre el colchón y su cuerpo—. ¿Puedo molestarte como premio consuelo?

Pongo los ojos en blanco. Me gusta que sepa rescatarme de los peores lugares de mi mente sin pretender que no existen.

—¿Por qué preguntas si me fastidiarás de todas formas?

—Solo intentaba ser un caballero.

Frunzo la nariz.

—Te sale pésimo.

Chillo cuando se venga al lanzarme un lengüetazo en la mejilla. Lo empujo y me paso la mano por la cara, asqueada. Su risa llena cada recoveco de la habitación y parte en medio esa nube que ocultaba el sol. Los rayos vuelven a colarse por la ventana y a calentarnos la piel.

He visto la transformación de su cuarto con el pasar de los años y la diversificación de sus intereses. Aunque hay muchas cosas nuevas, las viejas prevalecen. Por ejemplo, cuando éramos niños el abuelo nos pagaba por barrer la vereda de la relojería y nos gastábamos todo el dinero en golosinas. Aunque están descoloridos, los *stickers* que venían en los envoltorios siguen pegados en las esquinas de estas ventanas.

A los cinco años Zig estaba obsesionado con los autos de carrera y tiene una repisa dedicada a ellos. A los diez su sueño era convertirse en basquetbolista, eso explica las medallas, la camiseta enmarcada y firmada por LeBron James y el aro de básquetbol sobre la puerta. A los catorce fue a su primer concierto de Taylor Swift y se compró una guitarra que jamás aprendió a tocar. Las estrellas de plástico que cubren el techo, los pósteres del universo y el telescopio aparecieron cuando cumplió quince.

Podría haber sido peor. A esa edad los chicos están obsesionados con otras cosas. Agradezco no estar rodeada de imágenes de mujeres semidesnudas porque querría prenderlas fuego. La foto de Taylor puede quedarse. Ella me cae bien.

Zigler estira el brazo para recoger el *tupper* en la mesa de luz. Lo deja en medio de nosotros y se lleva una galleta con forma de corazón a la boca. Son glaseadas, de limón y, en mi no tan humilde opinión, exquisitas.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Yo qué?

Me gusta que enriede nuestros pies como si necesitara que algún punto de su cuerpo siempre estuviera en contacto con el mío.

—Si tienes un secreto, ¿me lo dirías?

—No sé si eres una persona confiable...

Pone cara de ofendido e intento llevarme una galleta a la boca para ocultar mis ganas de reír, pero me detiene al rodear mi muñeca. Estira el cuello, le hinca los dientes y me la roba.

—Sabes que te contaría casi cualquier cosa. —Enarca una ceja mientras mastica. No le gustó el "casi"—. Debo hacerme la misteriosa para mantenerte interesado —añado y por un momento me siento como mi madre con La Caja.

Tomo otra galleta, pero sus dedos vuelven a tomar mi muñeca, esta vez con más delicadeza. Asciende y cierra su mano sobre la mía, creando una pequeña mamushka: él, yo, la galleta… Me recorre un escalofrío. Tengo miedo de apretar el puño y quebrar el corazón de masa. Temo que sea una fiel representación de lo que le sucederá al mío si le confieso lo que siento.

—Aunque fueras un libro abierto seguiría interesado. Te leería una y otra vez, al derecho y al revés.

Cuando dice ese tipo de cosas mientras me mira a los ojos el valor ejerce presión en mi garganta, me entreabre los labios, empuja las palabras hacia la punta de mi lengua y…

—También me detendría a apreciar cómo describes mi rostro de adonis, mi cuerpo tallado por la acumulación de galletas con la que me alimentas y mi *gran*, realmente *gran*, atributo masculino. —Aparecen sus hoyuelos.

La rapidez con la que me quita la galleta y se la come es la misma con la que mi corazón vuelve a cerrarse de forma hermética. Sus actitudes me confunden. A veces siento que podría pensar en mí como algo más que su amiga, pero al segundo que lo considero hace una broma o eructa.

Me hace sentir como uno de sus *bros*. Eso no es romántico, y yo quiero lo que mi nana denominaba un amor que detiene el tiempo, sea lo que sea que signifique eso.

—Lo que menos hago es pensar en ti, créeme. —Me siento en la cama y cierro el *tupper*—. Por cierto, ¿de qué gusto quieres probar la próxima vez?

Con los brazos flexionados para usarlos de almohada, se relame las comisuras de los labios. Odio que tenga una boca tan besable y me molesta querer besarlo incluso cuando parece un manjar para las hormigas, lleno de migajas.

—Hazme tus favoritas.

Mi abuela me dejó varias libretas con recetas. Desde que murió, una vez a la semana pruebo una.

—Genial, te pasaré el número de mi cuenta bancaria para que me deposites el dinero por mis servicios y los ingredientes.

Trepo sobre sus piernas y caigo de forma poco agraciada en la alfombra para ponerme las zapatillas. Lo escucho rodar sobre su costado y empieza a jugar con una de mis trenzas.

—Estoy en quiebra —se queja.

—Seguro hay algo de dinero aquí dentro.

—Si encuentras, dividimos, ¿quieres?

Resoplo, pero es inútil ocultar lo mucho que me divierte hablar con él. Guardo el *tupper* en la mochila y le lanzo una mirada sobre mi hombro.

"Imbécil", le digo solo moviendo los labios.

Aprieta mis mejillas con un cariño irritable y tira de mí hasta que su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—Y solo tuyo, ¿no es genial?

Deposita un ruidoso beso en mi mejilla antes de que me zafe de su agarre. Me pongo de pie y, con la mochila colgando de un hombro, junto las manos como me enseñaron en la iglesia.

—Por favor, engáñame de una vez. Déjame dividir el sufrimiento que representa estar contigo con otra chica.

—¿Y ser dos contra uno? —Se sostiene en un codo y tantea por su teléfono, perdido entre el acolchado y los almohadones—. Cuando olvide alguna tontería como nuestro aniversario me darán una paliza si unen fuerzas. Soy muy lindo para ser desfigurado.

Echo la cabeza hacia atrás con un gruñido. No debería sentir esto. Cuando te enamoras de una persona nace el miedo de perderla, y no quiero

imaginar ni un solo día sin que Zigler Gauthier me saque una foto mientras le hago *fuck you* por prometerme fidelidad. Justo como ahora.

Prefiero seguir jugando a que nos gustamos, incluso si alimenta mis falsas esperanzas, antes que enfrentarme a la posibilidad de que el juego jamás será mi realidad.



—¿Sabes a qué edad nos dejan de crecer los senos? —Estiro el cuello de mi camiseta y echo un vistazo dentro—. Porque me vendría bien que el período de crecimiento se extendiera un par de años.

Delilah no levanta la vista de la hoja ni deja de escribir números y teclearlos en la calculadora, pero sus labios se tuercen en una sonrisita. No importa qué diga, hasta que no termine la ejercitación de Matemáticas permanecerá con la boca cerrada. Dice que veinte segundos de charla conmigo pueden convertirse en cuarenta minutos y ya perdí la cuenta de la cantidad de veces que el profesor Wolowitz nos pidió pasar a la pizarra y no pudimos resolver un problema por haberle prestado más atención al test sobre qué tipo de galleta eres o al horóscopo que escribió una adolescente resentida que odia a los hombres de Géminis.

También los odio, son encantadores y quieres ahorcarlos con los cordones de las zapatillas.

Tamborileo con el lápiz en el pupitre, aburrida. Resoplo y observo el cuaderno frente a mí: bocetos de minifaldas que mi abuelo desaprobaría, Zigler hecho de palitos, la firma de mi madre repetida siete veces —todavía

no domino el arte de la falsificación, pero me esfuerzo—, cualquier cosa menos funciones trigonométricas.

Mamá se frustra mucho a la hora de hablar sobre la escuela conmigo. Dice que debería estar agradecida de que mi única responsabilidad sea estudiar. Creo que proyecta sus sueños frustrados sobre mí. Ella fue la pícara que quedó embarazada el último año de la secundaria y le dio la espalda a la universidad para criarme a pesar de que mis abuelos la hubieran ayudado a tener una carrera. Podía tenerlo todo sin renunciar a nada. Si lo hizo, ¿por qué me culpa por seguir sus pasos? Sacando la parte del bebé, claro. Estoy más cerca de ingresar a Harvard que eso.

Apoyo los codos sobre la hoja y me inclino hasta pinchar con el lápiz a la chica que se sienta al frente.

—Oye, Christine, ¿qué chismes circulan por el infierno hoy?

Debo pegar la espalda a mi asiento cuando gira tan rápido que sus trenzas africanas golpean el aire como látigos. Sus uñas de colores pasteles contrastan con el tono oscuro de sus manos, con las que se aferra a la silla.

—¿No te enteraste? —pregunta sorprendida, olvidándose de la tarea.

Christine nunca decepciona. Es mi chica de confianza.

—Escúpelo.

Echa un rápido vistazo sobre su hombro. El profesor, que resulta ser su padre, está distraído explicándole a un alumno que dos más dos son cuatro. No lo juzgo, podría ser yo.

—Molly Ferrifeshka hizo un trío con la capitana del equipo de natación y su novio —susurra envidiosa antes de mirar al techo y alzar la voz—: Es claro que Dios tiene sus favoritos. En lugar de darle esa gran oportunidad a una chica orgullosamente bisexual como yo, se la da a alguien que hasta el año pasado parecía homofóbica —le reprocha al

Todopoderoso y sacude la cabeza—. A la nueva profesora de Francés le pegaron goma de mascar en el cabello y hay carne fresca en el otro curso.

—¿Carne fresca?

—Se llama Salvador García, y si mis fuentes son correctas… —Señala con el pulgar a su padre—. Es más grande, tiene dieciocho. Lo expulsaron de su antigua escuela por robo y agresión. Le rompió el brazo a un chico.

Se oye un ruido sordo cuando a Delilah se le cae la calculadora. La mitad del aula voltea a verla y sus mejillas se encienden. Como si fuera un semáforo, el sonrojo no dura mucho porque todos vuelven a lo que estaban haciendo. Compartimos una mirada rápida, pero regresa su atención a las funciones.

Frunzo el ceño aunque centro mi atención en Christine.

—¿Sabes qué brazo? ¿Puedes darte autoplacer con la mano no hábil? Pobre niño.

Lo peor que puede pasarle a un adolescente hormonal es que le arrebaten *esa* satisfacción. La chica de las trenzas se mira la mano izquierda y flexiona los dedos.

—Es una excelente pregunta, Fanny.

Christine es medio rara, por eso me agrada. Sin embargo, mi sonrisa empequeñece al ver a Delilah. Tiene la vista perdida y una cuenta incompleta en la hoja. Me aclaro la garganta al echarme en el asiento y tamborilear el lápiz contra la mesa de nuevo.

—¿Terminaste los ejercicios?

Tapa la hoja con el brazo, de una forma elegante pero rápida.

—Sí, ahora te los paso si quieres. —Mete un mechón de cabello azabache detrás de su oreja—. Dudo que el señor Wolowitz aprecie que

hagas un dibujo de tu gato en el pizarrón.

Río, pero mi corazón se encoge un poco. Ella no suele mentir. Solo puedo pensar que lo hizo con algo tan tonto como unas funciones trigonométricas porque tuvo un *flashback* horrible de lo que pasa en su casa.

—Dejaré a Huevo para la clase de Arte —prometo.

Estiro la pierna hasta que la punta de mi zapatilla toca la punta de su zapato de charol.

CAPÍTULO 4

LA PRINCESA QUE ESCONDÍA DIBUJOS BAJO EL COLCHÓN

Delilah

En un año mi vida será mejor.

No tendré este tipo de secretos.

Levanto el colchón y saco el celular. Fanny asegura que es experta en jugar a la búsqueda del tesoro —gracias a su abuela— y dijo que este era un lugar seguro que a Henry no se le ocurriría revisar. Mientras espero que encienda, mi pierna no deja de moverse con nerviosismo, así que me pongo de pie y paseo de un lado al otro por mi habitación sin quitar los ojos de la pantalla agrietada.

Aunque tengo un teléfono último modelo, no lo uso. Desde que soy preadolescente y mi madre quiso regalarme uno, mi padrastro insistió en que los dispositivos incitaban a la distracción y a la holgazanería. También, que una niña como yo podría correr peligro a manos de desconocidos en línea.

Irónico. Habría estado más segura en internet que en mi propia casa.

Aunque logró persuadirla por algunos años, cuando cumplí catorce conseguí la independencia suficiente para caminar sola a la escuela, y entonces ninguna excusa sirvió. Me dieron un celular. Recuerdo lo emocionada que me sentía.

Podría hacer amigos y charlar con ellos. Podría descargar juegos, *ebooks* y películas para distraerme. Podría buscar consuelo… O algo más.

Pero esa misma noche Henry se aseguró de que nada de eso sucediera.

Me instaló, bajo el pretexto de protección paterna, una aplicación llamada ForFamily que le permitía tener mi ubicación en tiempo real a todas horas.

—Y en la factura del teléfono aparecerá cada sitio web que visites —advirtió subiéndose el cierre del pantalón—. Sabré a quién llamas y a quién le escribes. Hasta me daré cuenta si te conectaste al WiFi de alguien más. —Se arrodilló frente a la cama donde yo seguía acostada sobre mi estómago y agitó el celular frente a mi rostro—. Incluso si borras algo, lo sabré. Esto no es un juguete. Es para emergencias y para estar comunicada conmigo. —Acarició mi cabello, desde la raíz hasta las puntas. Reprimí las lágrimas—. Y con tu madre, pero sobre todo conmigo. Así que serás una buena mujercita y lo usarás sabiamente, ¿verdad?

Creía que un teléfono sería como una ventana en la torre donde me encontraba encerrada. Pero la ventana vino con barrotes de acero y solo intensificó el dolor, porque, aunque podía ver lo que me esperaba del otro lado, solo podía aferrarme a esos barrotes y descansar mi rostro entre ellos.

La crueldad de tener la libertad frente a tus ojos y no poder tomarla duró mucho tiempo, hasta que Fanny apareció.

El celular entre mis manos al fin prende. Sin perder tiempo enciendo los datos y abro Instagram, donde tengo la sesión iniciada en la cuenta de Fanny. Tecleo *Salvador García*, pero ninguno de los chicos que aparece es él. Borro las búsquedas recientes y cambio de aplicación, aunque es inútil.

No está en Twitter ni en TikTok. Hasta trato de googlearlo sin éxito.

La imagen que describió Christine de un chico violento no encaja con el muchacho de voz suave que conocí en la relojería. Sé mejor que nadie que las apariencias engañan y que lo más sensato sería olvidarme de él cuando hay una *red flag* gigante ondeando sobre su cabeza, pero… tengo que admitirlo. Me intriga.

Hace mucho que no me sentía emocionada por algo que esté en el presente en lugar de en el futuro.

Escucho el motor de la Amarok acercarse por la calle. Aprieto el botón del costado del teléfono, ansiosa. Por las dudas siempre me aseguro de que esté apagado antes de esconderlo. Me da miedo que suene y Henry lo oiga, incluso si lo dejo en silencio.

Al ser un modelo viejo tarda en apagarse. Me acuclillo frente al colchón al mismo tiempo que oigo la cerradura de la puerta principal. Mis latidos aumentan mientras le suplico a la pantalla que se apure. Fue una mala idea encenderlo sabiendo que mi padrastro llegaría en cuestión de minutos, pero no me aguanté.

La puerta de mi habitación se abre cuando me siento en la cama con la espalda recta. Cruzo los tobillos, mantengo las piernas pegadas y clavo la mirada en la alfombra con forma de arcoíris. Sus pasos son lo único que se oye en la habitación junto con el roce de la tela.

No tengo que mirarlo para saber que se está aflojando la corbata.

—¿Qué hacía mi mujercita?

A pesar de lo tenso que tengo cada músculo, me estremezco. Odio que me llame así. Sus mocasines de cuero aparecen sobre los siete colores y aprieto las manos en mi regazo cuando apoya un dedo bajo mi barbilla. Me obliga a levantar el rostro.

—¿Esperándome?

Se me revuelve el estómago. Con el tiempo aprendí que no debo comer nada antes de que pase lo que está a punto de pasar, porque vomitaba apenas se iba.

Otra cosa que aprendí fue el concepto de disociación, una desconexión entre tu mente y la realidad del tiempo presente. Mi rostro queda frente a su entrepierna cuando se desprende el cinturón de un chasquido. Se baja el cierre y desliza el pantalón junto con su ropa interior hacia abajo.

Empieza a tocarse y desvío la mirada a mi escritorio. Alejo la fantasía de tomar las tijeras que sobresalen de mi lapicero y me concentro en el morral del colegio que cuelga en el respaldo de la silla. Christine hace pines de porcelana y los vende por veinticinco centavos en los recreos; Fanny me compra uno cada primer día de clases. El de este año tiene forma de cachorrito, un pug.

La imagen del escritorio es reemplazada por el techo cuando Henry me empuja sobre el colchón. Lo oigo rasgar con los dientes el paquete del preservativo y me estremezco por segunda vez.

No impido que me levante la falda ni que me baje la ropa interior. En un momento creí que con el paso del tiempo mi cuerpo se acostumbraría y se aflojaría, pero sigue tan tenso como al principio. Aunque mi mente cambió la lucha por la resignación, la tensión de mis músculos es un constante recordatorio de que él nunca será bienvenido. Con una mano mantiene mis muñecas sobre mi cabeza y con la otra levanta una de mis piernas.

No emito quejido ni grito por más que duela.

El silencio es socio de la mentira y a mí me enseñaron a no hacer ruido. A apretar los labios cuando duele, a poner una almohada entre la

cabecera de la cama y la pared para evitar el chirrido, a ir de puntillas a limpiarme a medianoche para no despertar a mi madre.

En mi mente, me alejo de la escena. No es su aliento lo que siento en el cuello, sino la brisa. El roce de su camisa de lino es reemplazado por la cálida lana con la que la señora Shapiro tejió una manta, porque estamos jugando en el trampolín del patio de Fanny a pesar del frío. Extendemos los brazos al saltar y las mantas crean alas; si no fuera por las risas, nos haríamos pasar por pájaros. Las hojas doradas que abandonan los olmos intentan regresar a ellos cuando caen en la red y las hacemos rebotar. Saltamos cada vez más alto, hasta que se lanza para que la abrace y terminamos cayendo. Acostadas una junto a la otra de cara al cielo, alcanza mi mano y aprie…

El agarre de mi padrastro se afloja en mis muñecas antes de que deje caer todo su peso sobre mí. Su lánguida respiración me arrastra otra vez a la realidad, aunque permanezco inmóvil mientras él recobra el aliento.

A veces las fantasías son la única forma que tienes de soportar una realidad dolorosa. Como ya me resigné con mi presente, me paso horas imaginando un futuro bonito: es lo que me ayuda a dormir por las noches y lo que me motiva a levantarme por las mañanas. Si no puedo creer que este dolor será recompensado, entonces me hundiré en pensamientos demasiado oscuros. De allí, no habrá retorno.

—Qué buena mujercita. —Ya de pie, Henry me da dos pequeños golpecitos en la mejilla antes de lanzar el preservativo sobre la alfombra—. Limpia antes de que llegue tu madre.

Cierra la puerta y me hago un ovillo. Espero hasta oír el ruido de la ducha para sacar el celular de su escondite. Al encender los datos aparece una notificación de Love.on.note.

Cuando Fanny se enteró de lo que ocurría en mi casa le supliqué que no dijera nada y, aunque intentó convencerme de que debía denunciar, accedió a guardar silencio solo si encontrábamos la forma de estar siempre conectadas.

Mi amiga le rogó a su abuelo que me contratara en La Hora Perfecta —con el argumento de que los relojes juntan mucho polvo—, empecé a pasear mascotas y a guardarme el dinero del almuerzo. Fanny se encargó de hacer viandas para las dos durante meses e incluso vendió *brownies* con nueces en la escuela. Zig y yo peleábamos por las sobras, eran deliciosos.

Así llegamos a comprar este teléfono: tiene más años que el señor Shapiro, la pantalla está rota, la batería le dura poco y se tilda cada par de horas.

Pero es *mío*.

Lo primero que hizo Fanny fue instalar esta aplicación en la que dibujas algo en una nota y le aparece en la pantalla de inicio a tu compañero. Todas las noches intercambiamos dibujos. Es su forma de asegurarse de que estoy bien.

Un cupcake para que recuerdes cuánto
te queremos
(Huevo intentó comérselo)

Se ve que se le resbaló el dedo porque uno de los bigotes de Huevo atraviesa toda la imagen.

Se me escapa una lágrima al mismo tiempo que una sonrisa.

Nos dibujo a ambas sosteniendo un *cupcake* dentro de un corazón. También añado a Huevo antes de apagar el teléfono y volver a esconderlo bajo el colchón cuando el ruido de la ducha cesa. No es hasta que oigo llegar a mi madre que me animo a ir al baño.

Friego mi piel hasta dejarla roja.

CAPÍTULO 5

EL POTENCIAL PELIGRO DE UN CHICO APUESTO Y AGUJEREADO

Fanny

La luz del sol se filtra entre las hojas y las sombras se mueven sobre el rostro de Zigler. No sé qué busca en el cielo, pero a veces espero que jamás lo encuentre, porque me gusta quedarme mirándolo.

Me derrite que su piel pálida contraste con sus gruesas pestañas oscuras. Es injusto que sean naturales y que la mayoría de los chicos tengan el efecto que ni el rímel logra en mí. También desconozco cómo tiene un cutis tan perfecto cuando es probable que se seque la cara con la misma toalla con la que se seca el trasero.

—Zig, ¿usas la misma toalla para el rostro que para la retaguardia?

—Sí, pero primero me seco la cara y después el culo.

Algo es algo, supongo.

Delilah, cuyo regazo uso a modo de almohada, se muerde el interior de la mejilla para no reír sin despegar la vista de su libro. Le pellizco la cintura para recordarle que puede soltar la carcajada antes de volver a mirar a Zig.

Siempre que el día esté soleado nos ahorramos la cacería de una mesa vacía en la cafetería y aprovechamos el horario del almuerzo para sintetizar vitamina T. ¿O es la D? No interesa. Lo que importa es que este es uno de mis momentos favoritos del día, porque solo somos los sándwiches a medio

comer, mi mejor amiga y mi otro mejor amigo —al cual miro y quiero besar con desesperación, pero como no puedo me limito a mirar— y yo.

Hasta que alguien me obstruye la visión.

—Delilah —llama una voz masculina.

Al alzar la mirada lo primero que noto es el brillo que capta el *piercing* de su nariz. "Genial, un delincuente sin futuro", diría mi abuela si siguiera viva.

—Quiero hablar contigo —insiste.

En su casa no le enseñaron que debe preguntar en lugar de exigir. Me incorporo mientras mi amiga cierra el libro.

—Se dice "hola" primero —señalo un poco irritada.

Enarca las cejas. ¿Bajo el cuello de su camisa leñadora acabo de notar un tatuaje? La abuela acaba de persignarse en el cielo.

—¿Según quién?

—Las normas de conducta llamadas modales.

Me ignora y sus ojos permanecen fijos en mi amiga. Abro la boca, lista para invitarlo a irse por donde vino, pero el murmuro de Delilah me detiene:

—No me tardo.

"¿No me tardo?". Conozco a todas las personas que conocen a Delilah. Sobre todo, a todas con las que habla, y las cuento con los dedos de una mano. ¿De dónde salió este tipo? Ella me dedica un gesto tranquilizador antes de seguir al extraño, quien después de echarme una última mirada de alarde camina sin siquiera esperarla.

—Fanny… —advierte Zigler sobre sus codos.

Es demasiado tarde, ya estoy gateando para esconderme detrás del tronco del árbol más cercano y espiarlos. Zig maldice y me sigue.

—Deja de ser tan chismosa.

—No puedo, es parte de mi naturaleza.

Un dolor se dispara en medio de mis omóplatos cuando me clava el codo en la espalda para inclinarse y tener una mejor vista.

—Bueno… Si no puedes vencer el chisme, mejor únetele. —Se encoge de hombros y me pregunto por qué no lo empujo lejos. Ah, claro, me gusta el idiota.

Debo esforzarme para que mi mente no vaya a lugares impuros, pero el calor que irradia su cuerpo contra el mío y el hecho de que si alguno de los dos se moviera solo unos centímetros sus caderas rozarían mi falda hace que las mariposas de mi estómago se incendien como si les hubieran rociado un bidón de gasolina y lanzado un encendedor.

Tengo que concentrarme.

Mi amiga y el maleducado están a una distancia mucho más prudencial. Nada de posiciones del Kamasutra con nombres de animales.

La primera palabra que viene a mi cabeza cuando veo a Delilah es "mierda". Porque lo es. Es decir, no es una mierda, es literalmente tan hermosa que lo único que logra hacer mi cerebro es soltar un insulto. En su piel apenas tostada por el sol se asientan tres lunares: uno junto a la boca, de dientes perfectos y labios carnosos; otro en su pómulo, marcado como el de las actrices del siglo pasado; y otro sobre la ceja, delgada y siempre perfilada. Sus ojos son dos gotitas de agua cristalina que oscilan entre el verde y el azul dependiendo de cómo les dé la luz.

Tiene una cinta de seda blanca atada con un moño en su cabello negro, que cae en bucles sobre sus hombros. Su cuerpo, oculto detrás de suéteres y

faldas holgadas, tiene las medidas perfectas según algún superficial estudio hecho por cuarentones sin nada mejor que hacer que describir a la mujer ideal.

Algunas chicas le buscan defectos porque la envidian y otras la halagan hasta que se sonroja. Algunos chicos se ponen nerviosos cuando le hablan y otros permanecen alejados, resignados a nunca recibir su atención.

Pero ¿este tipo? Es de la peor clase. Parece excedido en confianza, como si ya la tuviera en la palma de su mano.

—Hola —dice el chico.

Un poco tarde se acordó de saludar…

—Hola.

Delilah le sostiene la mirada con el libro abrazado al pecho. Me desconcierta porque mirar el rostro de la gente suele representarle una tortura. Apenas puede mirarme a mí.

—El asunto es el siguiente. —Mete las manos en sus bolsillos—. Necesito subir mi promedio si no quiero que me echen a patadas de este lugar, y me enteré por ahí que eres una tutora con reseñas de cuatro estrellas.

—¿Cuatro? —repite insegura.

—Si logras ayudarme a aprobar serán cinco. Soy la prueba de fuego. ¿Qué dices?

Dice que no, aléjate, cara agujereada.

Me ofrezco a escoltarlo fuera de la escuela con las patadas que mencionó. Sin embargo, Delilah se muerde el labio. Está pensándolo.

—Te pagaré —ofrece el extraño.

Niega con la cabeza.

—No lo hago por el dinero.

—Existen otros métodos de pago.

¿Perdón?

Me abalanzo hacia adelante, pero Zigler me tira de la capucha hacia atrás. Su espalda golpea el tronco por el impulso, me quedo sin aire cuando me doy cuenta de que tiene su brazo alrededor de mi cintura.

—Tranquila, mamá osa —susurra.

—Ese maldito perverti…

Me tapa la boca con la mano y refunfuño. Aunque no logro deshacerme del bozal, aún puedo ver a Delilah y escuchar su respuesta.

—En ese caso, me gusta el *macchiato* con caramelo. —Se sonroja y saca su teléfono viejo del bolsillo—. Si te parece puedo mandarte un mensaje con…

Le quita las palabras de los labios cuando le roba el celular para anotar su número. Se lo devuelve en cuanto termina.

—Esperaré con ganas que me escribas.

Le da la espalda y vuelve a caminar hacia nosotros. Solo saca una mano del bolsillo para dedicarme un despreocupado saludo militar. Le muerdo los dedos a Zigler para que me suelte.

—Se dice adiós, grosero hijo de…

—Fanny —reprocha Delilah en un susurro—. No seas desagradable con Salvador.

—Y tampoco con Zigler —añade, valga la redundancia, Zig—. Sabía que te apetecía mi cuerpo, pero no de forma tan literal.

Ignoro el comentario, que tiene su dosis de verdad, y me dirijo a mi amiga.

—¿Salvador? Con razón no lo conocía, es el estudiante nuevo… El mismo que expulsaron de su escuela por ser un maldito bravucón. ¿Acaso te olvidaste de ese pequeño detalle? ¡Hay un niño que no puede satisfacerse a sí mismo porque ese cavernícola le rompió el brazo!

—No creo que sea tan malo —intenta apaciguarme.

—Sí, bueno, ya sabes que las apariencias engañan.

Al instante me arrepiento de haberlo dicho. Se aleja de mí, pero es mi turno de aferrarme a ella. Agarro una de sus muñecas sin recordar que odia eso, así que le tomo la mano.

—Es solo que… —Consciente de que no estamos solas, intento que mi rostro exprese mis disculpas—. No me da buena espina. ¿Viste su *piercing* y sus tatuajes?

—Suenas como una *baby boomer* en lugar de una chica de la generación Z —interviene Zig mientras junta nuestras cosas cuando se oye la campana.

Le lanzo una mirada de irritación antes de regresar la atención a mi amiga, que aprieta mis manos.

—Salvador necesita ayuda y sabes lo mucho que significan las tutorías para mí. Solo intercambiamos números para acordar un encuentro en el que ambos salgamos beneficiados.

—Más vale que sea lo único que intercambien.

Levanto de mala gana mi mochila del césped y Zig le acomoda el morral a través del pecho.

—Desde mi posición como hombre heterosexual sin masculinidad frágil puedo decirte que está muy bueno. —Pasa un brazo por los hombros de Delilah y la guía hacia la escuela—. *Oh, my god, look at that face. You look*

like my next mistake. Love's a game, wanna…? ¡Métele la lengua hasta la garganta, Monita!



Lanzo con todas mis fuerzas la masa de galletas sobre la mesa. La harina que esparcí para que no se pegue a la superficie se levanta en pequeñas nubes blancas. Descargo mi frustración a puñetazos.

Delilah aprovecha cualquier actividad que le permita estar fuera de casa y son esos los momentos en que me siento más segura. A veces desearía que el abuelo no estuviera en contra de la explotación laboral. Trabajar en la relojería, pasear criaturas peludas o dar tutorías; cualquier cosa que la aleje del monstruo tiene mi aprobación.

Pero ¿el chico nuevo?

A excepción de Zig —a quien le enseña en mi casa—, ella solo es tutora de chicas. Siempre temió que su padrastro apareciera en la escuela. Con lo celoso y controlador que es, no sería la primera vez, y no quiero pensar en lo que haría si la viera con un muchacho. Además, me pone nerviosa que esté a solas con Salvador. Las palabras de Christine se repiten como una canción en bucle en mi cabeza: "Lo expulsaron. Le rompió el brazo a un chico".

¿Y si se le insinúa? ¿Y si la pone incómoda? ¿Y si intenta algo igual que Henry?

—Mierda.

La puerta se abre y cierro los ojos un segundo antes de volver a amasar, para evitar que se derramen mis lágrimas. El sonido plástico de las bolsas que carga mi madre llena la cocina.

—Mamá, ¿cuántas veces debo decirte que uses las estúpidas bolsas de tela?

Deja caer la compra sobre la mitad de la mesa sin enharinar.

—No me gusta ese tono.

—Y al medio ambiente no le gustan tus decisiones poco ecológicas.

Golpeo la masa otra vez.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Abro la boca, pero el nudo en mi garganta se aprieta. Por un segundo pienso en cómo se sentiría desatarlo.

Niego con la cabeza a pesar de que se queda mirándome un poco más a la espera de que le cuente. Pero, enorgulleciendo a cualquier adolescente promedio, ignoro a mi madre. Muchas veces la trato mal y no lo merece. Suelo desquitarme con ella y me siento una idiota al instante, pero no me disculpo. No sé por qué. Quizás es mi orgullo. Quizás es vergüenza. Quizás es porque mantener una posición a la defensiva es más fácil que ser vulnerable.

—No me pasa nada.

CAPÍTULO 6

EL ARTE DE UN CUADRO VACÍO QUE PINTAS CON PREGUNTAS

Delilah

La lluvia me recuerda a los procesos y la salida del sol a los resultados, y si hay algo infravalorado en este mundo es el medio por el cual las cosas crecen y logran sanar.

Algunos encuentran triste y nostálgico un día lluvioso, otros temen a las tormentas que desatan. No puedo juzgarlos. Cuando estamos heridos, el dolor es tan incesante como el golpeteo de las gotas sobre cada superficie de la ciudad. No importa cuánto camines o corras para alejarte, te mojas igual. En los peores casos, crees que te resbalarás.

Que te enfermarás.

Que te ahogarás.

Pero esto último nunca sucede.

Cuando la lluvia se torna débil te envuelve esta sensación de alivio porque sabes que la tormenta tiene un final e incluso en el cielo gris pueden aparecer colores. También comprendes que las plantas necesitan agua para fortalecer sus raíces. Expandirse. Florecer.

Un lindo jardín está construido a base de tempestades.

Mientras empaño con mi vaho la antigua ventana de la biblioteca, pienso que me amigué demasiado con la lluvia, pero ¿qué otra cosa se

supone que haces si esa tormenta se convierte en un diluvio? No puedes detener un fenómeno meteorológico. Solo sentarte a esperar que pase y rezar que no te lleve años recuperarte de los destrozos.

Observo dos gotitas que caen por el vidrio y apoyo mi dedo sobre una, siguiendo el recorrido que hace al deslizarse. En mi mente juegan una carrera y creo que esta llegará primero que su hermana.

—Gana la otra.

La voz de Salvador me sobresalta.

—¿Cómo sabías que yo…?

—Era mi juego favorito de niño cuando debía esperar en el auto los días lluviosos.

Me ofrece un vaso. El dulce olor del caramelo me alcanza antes de que pueda preguntar qué es. Tiro de las mangas de mi suéter hasta cubrirme los puños y lo tomo.

—*Machiatto* con caramelo. —Abro la tapa para inspeccionar la espuma e inhalo hondo, igual que con las hojas de un libro—. Lo recordaste, aunque no hacía falta.

Levanta el hombro del que cuelga su mochila.

—Tengo buena memoria.

Nos sostenemos la mirada a la espera de que el otro diga algo. O quizás que no lo haga, para tener un poco más de tiempo estudiándonos. Me pregunto qué cosas ha visto y cómo me ve en este momento.

Vivimos en una ciudad bastante pequeña. No suelo tener la oportunidad de conocer personas nuevas, mucho menos chicos, así que es un momento emocionante. Si todavía aprendo cosas sobre Fanny o Zig, a

quienes conozco desde hace años, ¿cuántas cosas puedo descubrir de él? Es la definición de posibilidades.

—¿Empezamos? —Señalo las sillas.

Frente a un ventanal y encerrada entre dos bibliotecas de pie a techo, la mesa de estudio tiene capacidad para ocho personas, pero nos acomodamos en la esquina. La escuela es vieja y tuvo que ser remodelada a lo largo de los años, pero este es el único lugar que conserva su arquitectura original: techos altos que replican ecos y molduras que se tuercen en flores que se llenan de polvillo. Huele a papel viejo, a otra década, y hoy también a tierra mojada.

Salvador deja su mochila en el piso y saca un libro. Busca una página antes de empujarlo hacia mí y golpear con el índice el título del texto: "Renacimiento italiano".

—Intenté leerlo como cinco veces, pero me cuesta memorizar las cosas que no me importan.

—Recordaste qué tipo de café me gustaba.

Hay un breve silencio entre nosotros. Cuando levanto la vista, se le escapa una pequeña sonrisa.

—Precisamente.

Aprieto el vaso descartable. El calor que emana es una de mis sensaciones favoritas, porque mi piel siempre está fría, pero acaba de hacerse una excepción: mi cara arde. La vergüenza se expande como la sangre que colorea mis mejillas.

Qué incómodo.

Y qué lindo también.

—Memorizar no suele ser un buen método de estudio —me aclaro la garganta—. Corres el riesgo de olvidar una palabra y quedarte en blanco, y

luego del examen no recuerdas nada.

Se endereza para quitarse la camisa estilo leñador. Una delgada cadena de plata con un dije en forma de cruz descansa sobre su pecho envuelto en una musculosa gris, que me cuesta un esfuerzo sobrehumano no mirar.

—¿Y cómo estudias tú, chica lista?

Le doy un sorbo al café.

—¿Alguna vez viste *Las tortugas ninja*?

—¿Disculpa?

Me tapo la boca para hablar en caso de que la espuma del *macchiato* haya decidido decorar mi cara con un bigote de leche.

—Seguro te gustaba el programa de niño. Dime cómo se llaman las tortugas.

—Leonardo, Rafael, Donatello y… —Me dedica una mirada comprensiva—. Miguel Ángel. Espera, ¿en serio? ¿Les pusieron los nombres de los artistas renacentistas italianos más famosos?

Complacida, me relamo los labios y bajo la mano.

—El mundo está hecho de miles de millones de conexiones interesantes. Si hallas un hilo entre algo nuevo y algo que ya conoces, será más fácil que no se pierda en tu cabeza. Lo recordarás.

Se inclina con los antebrazos sobre la mesa y ladea la cabeza.

—Entonces, ¿ese es el secreto? ¿Encontrar algo que despierte mi interés?

Siento que vierten algo dulce y caliente en mi vientre cuando me mira, que se expande por cada parte de mi cuerpo hasta relajar mis músculos. Es como el suspiro que se te escapa cuando tienes frío y al fin entras en un lugar cálido.

—A mí me funciona. —Deslizo el libro frente a él—. Intentémoslo contigo: escribe tres cosas sobre ti en los márgenes.

Le ofrezco un lápiz. Cuando lo toma, sus dedos, largos y ligeramente ásperos, rozan los míos.

Se inclina sobre el papel mordiendo su labio inferior en señal de concentración. Mi mirada va desde las puntas desordenadas de su cabello hasta su nariz, donde brilla el *piercing*. Me pregunto qué tan rasposa o suave se sentirá su mandíbula recién afeitada y mis ojos vagan al tatuaje en su cuello: ahora puedo ver que son letras japonesas.

Si no me detengo a estudiar la curva hipnotizante de sus hombros, encuentro en la cara externa de su bíceps otros dos símbolos que despiertan mi necesidad de saber qué significan. No los había notado antes porque siempre lo vi con mangas largas.

—¿Tengo algo raro, que me miras tanto, Delilah? —se burla sin apartar la vista de la hoja.

Me convertí en lo que juré destruir, porque suelo regañar a Fanny por ser incapaz de disimular sus miradas inquisitivas. No puedo hacer más que esconder mi rostro al darle otro sorbo al vaso. Salvador acepta que fue suficiente humillación al dedicarme otra sonrisa.

—No especificaste si debía contarte mis secretos más oscuros o tonterías. —Empuja el libro al medio de la mesa para que ambos podamos leer y me devuelve el lápiz—. Espero no haber arruinado tu método para obtener información sobre mí.

Muerdo el interior de mi mejilla porque me descubrió.

—"Nunca tuve varicela". —Leo y lo redondeo antes de bajar la mina hasta el primer párrafo del texto—. A la varicela también se la conoce como

peste cristal. Superinofensiva en comparación a cuando surgió el Renacimiento con el fin de la peste negra a mediados del siglo XIV.

Estamos tan cerca que puedo distinguir el olor de la crema de afeitar mezclada con el petricor que arrastró por caminar bajo la lluvia hasta refugiarse en la biblioteca.

—"Necesito música para quedarme dormido". —Serpenteo el lápiz hasta subrayar "período artístico"—. Los cambios culturales renacentistas impulsaron el humanismo, esta idea de que somos el centro del universo y nuestra felicidad es lo más importante. Por eso se les dio tanta importancia al arte, la literatura y la música.

Doy golpecitos sobre una fotografía de la Mona Lisa, William Shakespeare y un laúd. Sumido en la explicación, Salvador alcanza mi *macchiato* y le da un sorbo. No podré quitarme de la cabeza este pensamiento de que mis labios se posaron donde ahora están los suyos. Sus ojos encuentran los míos cuando no continúo leyendo.

—"No tengo hermanos". —Bajo la mirada con rapidez—. Si estuviéramos en el siglo XV tu condición de hijo único varón habría salvado a tu familia de pagar la dote: una manutención que debía abonar el padre o hermano de la mujer a su esposo para que pudiera mantenerla.

Aparta el café, indignado.

—¿Me pagarían por casarme?

—Algo así.

Apoya el codo sobre la mesa y descansa la mejilla contra su puño.

—Supongo que hubo algunos cambios. Ahora casi nadie quiere casarse ni aunque le paguen. ¿Tú?

Lo miro confundida.

—¿Si aceptaría que me paguen por casarme?

El sonido de su risa es como escuchar de casualidad una canción que no oías hace años, y nace la necesidad de no perderla otra vez. Su corazón es la boca de una guitarra, amplificando las notas que hacen vibrar su pecho porque acabo de rasgar las cuerdas.

No sabía que estaba hecha para la música hasta que lo hice reír.

—Solo si te casarías —corrige—. No es justo que sepas cosas sobre mí y yo nada sobre ti.

—Si estudias un poco más, quizás te cuente algunas cosas.

Lee el capítulo mientras acabo el café, que queda suspendido a centímetros de mis labios al recordar que bebió de él. Es tonto, no sé por qué siento íntimo compartir el vaso.

Afuera, la tormenta sacude las copas de los árboles y el viento ruge como un estómago hambriento. Bajo la mesa, la rodilla de Salvador roza la mía mientras nos inclinamos sobre una hoja y hacemos un cuadro sinóptico. Nos turnamos para robarnos el lápiz y completarlo entre los dos hasta que no hay espacio que quede por llenar.

Se despereza como un gato después de una siesta, estirando los brazos sobre su cabeza. La alarma de mi celular es la distracción perfecta para no caer en la tentación de mirarlo mucho más. La apago y él guarda las cosas en su mochila, aunque por el rabillo del ojo veo que sus movimientos son más lentos cuando saco la tableta de pastillas de mi morral.

Queda solo una.

Henry nunca se cuidó con algo más que preservativos y el día que me llegó la regla empecé a preocuparme. Después de sus visitas, me arrodillaba junto a la cama y rezaba para despertar y que mi ropa interior estuviera manchada. No quería que la pesadilla se transformara en algo peor.

Aunque intenté convencerlo de que me consiguiera recetas para tomarlos a escondidas, se negó. “Si quieres tomar anticonceptivos es porque planeas estar con alguien, y sabes lo que sucederá si lo haces”, fue lo único que dijo.

—Ya te salvé una vez, intenta que no sean dos al atragantarte.

En algún momento Salvador me trajo un vaso de agua. Le agradezco con la mirada y trago la pastilla.

—No iba a tomar tutorías —confiesa con las manos sobre el respaldo de su silla mientras me pongo el abrigo—, pero cuando la secretaria me mostró un papel con los tutores y vi tu nombre, me animé.

—¿Por qué?

—Tengo un mal historial. Me gustaría limpiarlo y entrar a una buena universidad… en algún momento.

Tantos signos de interrogación se dibujan a la vez en mi cabeza que no sé por dónde empezar a preguntar, él lo nota y sonríe despreocupado, como si supiera que oí los rumores.

Caminamos entre las estanterías y las mesas de estudio vacías. Gladys se baja los anteojos de lectura por el puente de la nariz cuando pasamos, echándonos un vistazo desde su escritorio. Es el tipo de anciana que ofrece caramelos con gustos cuestionables y sigue usando ruleros para conseguir el peinado perfecto. Lo que más me gusta de ella es lo poco que habla.

El aire frío del comienzo del otoño me obliga a encogerme dentro de mi abrigo cuando salimos. Saca un par de llaves de su bolsillo y las hace girar en su índice.

—¿Te llevo?

Es arriesgado y no puede dejarme en mi casa, pero lo que menos quiero es que esta tarde se termine. El tiempo se me escurrió entre las

manos con él.

Nos apuramos bajo la lluvia, esquivando los charcos de agua. Casi resbala con una baldosa rota, pero alcanzo su brazo y reímos. Me abre la puerta del auto y corre del otro lado.

Dura un segundo, pero la sensación de estar en el coche de Henry tensa mis músculos hasta que Salvador sube y me pasa mi bolso.

Es como si nos hubiéramos metido dentro de una burbuja casi insonorizada. Las ventanillas empañadas dan la sensación de que estamos lejos del mundo. El golpeteo de las gotas es un susurro sobre el techo y nuestras respiraciones son todo lo que puedo oír por unos segundos. Se frota las manos para entrar en calor, luego ahueca su boca y exhala.

Quiero que tome las mías y haga lo mismo con ellas.

—Creo que fui un buen estudiante hoy, ¿me darás lo que me prometiste?

Enciende el motor y la calefacción me arrebata un suspiro, aunque no me relajo en el asiento mullido hasta que sintoniza una canción de piano en la radio.

—Mi comida favorita es la sopa de calabaza que hacía mi papá, pero la mayoría de la gente la considera una entrada y cree que sabe feo.

Recuerdo la mueca idéntica que hicieron Fanny y su mamá, Aurora, la primera vez que la cociné. Intentaron fingir que les gustaba y el señor Shapiro se rio tanto que tuvo que correr al baño. En venganza, cada vez que se ríe —lo cual es muy poco— le aseguran que no tiene nada de malo usar pañales a su edad.

Salvador enciende el limpiaparabrisas y se interna en las calles de la ciudad, aunque su atención sigue puesta en mí.

—Tengo dos cobayos: Bukowski y Dickinson, porque me encanta la poesía. —Nos detenemos en un semáforo—. Y mis flores favoritas se llaman pensamientos. ¿Esta información es útil?

Deja una mano en el volante, pero con la otra enumera:

—Sopa de calabaza, cobayos y flores. De repente esas son las únicas cuatro cosas sobre las que quiero aprender.

Encantada e incrédula por su interés, sacudo la cabeza, pero entonces veo el cartel iluminado de una cruz verde. Salvador sigue mi mirada.

—¿Necesitas que pare? Te quedaba solo una pastilla… —dice con cierto grado de incomodidad en la voz.

De repente, siento que alguien le echó sal a mi té. El dulzor desaparece y debo controlar mi expresión para que no filtre amargura al recordar que esto no puede ser más que… *esto*.

—Me sobrepasé, ¿verdad? Lo siento, no debería…

—No tengo dinero para pagarlas. —Lo interrumpo con una mentira —. Pero gracias por acordarte, las compraré luego. —Aprieto mi bolso contra mis muslos y me apresuro a negar con la cabeza cuando va en busca de su billetera—. Dejaré de ser tu tutora si te ofreces.

Se queda inmóvil en cuanto las palabras salen de mi boca.

—Los exámenes me comerán vivo sin ti. No te puedo perder.

Me muerdo el interior de la mejilla para no sonreír. Conduce un par de minutos más mientras lo guío hacia la casa de Fanny. Cuando el trampolín lleno de hojas en su patio trasero aparece, Salvador detiene la camioneta y me arrastro fuera del asiento.

—¿Qué esperabas? —pregunto de pie bajo una llovizna débil, sosteniendo la puerta. Ladea la cabeza sin entender—. Dijiste que ver las

carreras de las gotas de lluvia era lo que más te gustaba hacer mientras esperabas… —Hago una pausa—. Pero ¿qué esperabas?

La sonrisa no le llega a los ojos.

—Que alguien me dejara salir del auto. Adiós, Delilah.

CAPÍTULO 7

LOS AMORES ESCONDIDOS EN LAS PALMAS DE TUS MANOS

Fanny

A veces quiero estar en lugares que ya no existen. Como los brazos de mi abuela o la hamaca oxidada que había en la plaza a la que mamá me llevaba las noches que no podía dormir porque soñaba con conocer a un padre que no quería conocerme.

Mientras Zigler molesta a Huevo tirado en el piso de la relojería —nunca un gato y un humano se odiaron tanto—, pienso en cómo me sentiría si lo perdiera. Si dijera "me gustas" y él se alejara. Si ya no cruzara la calle y entrara a mi casa sin llamar, sacándose los zapatos junto a la puerta de la cocina y haciéndome enojar por comerse los ingredientes que necesito para hornear.

No quiero que él se convierta en otro de esos lugares que extraño y ya no existen.

Me mordisqueo el labio, sentada sobre el mostrador. También pienso que si el universo decide inclinar la balanza a mi favor quizás Zig responda "yo también" cuando le confiese que estoy perdidamente enamorada de cada célula que lo compone. Si eso ocurriera todo seguiría igual.

Pero intentaría desenojarme con un beso. No lo lograría, por supuesto, pero en el fondo yo sería feliz: lo odiaría por amarlo lo suficiente como para

que el enojo me durase cinco minutos.

—¿Tu gato se hace manicuría? —gruñe cuando Huevo se le sube al pecho e intenta arañarle la cara—. Tiene las garras más afiladas que tú.

Bajo del mostrador para alzar al gato, que maúlla y muestra los colmillos en protesta. Intento acariciarle la cabeza, pero corre como si el mismísimo diablo lo persiguiera. Se sube de un salto a la antigua caja registradora, que es como acupuntura para gatos si imagino que cada tecla numérica de metal se le clava en el cuerpo. No importa qué tipo de cama o juguete le compre, nunca duerme o juega con lo que debería.

—Deberías darlo en adopción.

—Pienso lo mismo de tus hermanos.

Huevo es malo, pero los parientes consanguíneos de Zigler están en otra escala de maldad. El pasatiempo favorito de los mellizos Gauthier es lanzar cosas. Una vez uno se metió en un tacho de basura y el otro lo hizo rodar por la avenida, provocando un accidente, y en otra ocasión se turnaron para escupirme bolitas de papel desde el segundo piso de la casa.

Su risa llena el aire. Estrechamos nuestras manos como hacemos cada vez que alguien dice algo tan gracioso que merece reconocimiento. Su primer roce eriza el vello de mis brazos. Tiro de él hasta que se acuesta en el piso y usa mi regazo como almohada.

—Nos deshacemos de todos y solo quedamos tú y yo, ¿te parece? —negocia.

Paso una mano a través de su cabello. Mientras trazo la curva de su oreja con la yema de mi dedo, tan despacio que pensarías que intento memorizarla, su respiración calienta mi muslo y trato de no caer en la pecaminosa pregunta de cómo se sentirá en otros lugares. El tiempo hace su trabajo, suaviza cada inhalación y exhalación como el final de una canción

de cuna, convirtiendo su espalda en un subibaja como en los que jugábamos de niños.

Creo que cada parte de mi cuerpo fue hecha para sostenerlo.

Un nudo me aprieta la garganta. Tengo miedo, pero temo más guardarme lo que siento. Me aterra que mi falta de valentía me resigne a ser de por vida su amiga. Porque él conseguirá una novia, luego una prometida y por último una esposa. Formará una familia y llegará a la edad de mi abuelo con alguien que no sea yo.

Tal vez solo estoy siendo una adolescente exagerada y dramática, pero si no lo hago sé que estaré condenada a preguntarme hasta mi último día qué hubiera sucedido si me animaba a confesar.

—Hay algo que me gustaría decirte.

Aquí voy. Sin casco ni rodilleras ni coderas, porque si caigo del pedestal de mis esperanzas e idealizaciones espero que me duela lo suficiente como para no volver a cometer la estupidez de enamorarme. Fanny Shapiro será valiente y se convertirá en la novia de Zigler Gauthier o en una feliz señora de los gatos. No hay otra opción.

—Yo…

Levanta la cabeza para mirarme.

—¿Me contarás por fin sobre Delilah?

Me desinflo con un bufido.

—Quieres saber tanto de ella que a veces parece que te gusta —bromeo y vuelvo a acariciar su cabello cuando se recuesta. Pero se queda callado—. ¿Qué? —Me fuerzo a reír aunque mi estómago da un vuelco—. ¿Crees que puedes ocultarme que te gusta alguien, Gauthier?

Espero —rezo, imploro, suplico— que lo niegue, pero no lo hace y mi corazón pasa de la parálisis a querer salirse de mi pecho. Por primera vez no

sé cómo comportarme. Nuestros silencios siempre fueron cómodos, pero este no lo es. En este silencio solo puedes escuchar cómo te clavan un puñal en el estómago para liberar cada mariposa que mantuviste cautiva por un chico que no sentía lo mismo.

Busco algo en mi cerebro para disimular lo humillada que me siento, pero temo hablar y que mi voz me traicione. Solo quiero trepar a la cama de mi mamá y quedarme hecha un ovillo como cuando tenía un mal día de niña.

Alguien se aclara la garganta.

—Es hora del té.

Zigler se aleja con rapidez cuando el abuelo aparece. Su expresión es severa porque imagina que estábamos cometiendo algún acto inmoral.

Pero eso no es verdad, porque a él le gusta Delilah. Es *ella* con quien quiere hacer todo tipo de actos inmorales.

—Me leyó el pensamiento, señor Shapiro. —Se levanta y sacude las manos en sus pantalones para quitarse el polvo—. Tengo tanta hambre que podría comerme un…

—Un bastonazo porque nadie te dio permiso para estar aquí. —El abuelo se cruza de brazos antes de dirigirse a mí—: Fanny, a la mesa. Zigler, a tu casa.

Con una risa que no sé diferenciar si es genuina o un intento por distender la tensión, Zig le rodea los hombros y lo guía hacia la cocina, diciendo:

—Sabe que me quedaré y vaciaré su heladera de todas formas, ¿cierto?

—Lamentablemente —suspira el abuelo.

Delilah

Me acomodo la cartera sobre el hombro, toco el timbre y aliso mi falda. Mora y Frambuesa, una chihuahua de pelaje blanco y otra marrón, se sientan obedientes a mi lado en la entrada. Por otra parte, Doncella menea su trasero de un lado al otro, exasperada. Fanny dice que si estuviéramos en una película la shih tzu sería la enemiga de la protagonista, porque es caprichosa y lleva un moño rosa en la cabeza.

La puerta apenas se abre y la melodía de un piano escapa de la casa. Una mujer menuda de cabello rizado asoma la cabeza y sonríe cuando agito mi mano en un saludo. Entonces tira del picaporte y debo contener a Doncella cuando intenta abalanzarse sobre un perro que podría comérsela de un bocado.

—Delilah, ¿verdad? Soy Kala. —Me estrecha la mano antes de señalar a su mascota—. Y este es Schubert. Muchas gracias por aceptar pasearlo. Mi hijo suele hacerlo, pero ahora está ocupado los viernes por la tarde y este grandulón necesita gastar algo de energía. —Le acaricia detrás de las orejas.

—No es nada. ¿Está castrado?

Kala asiente y me pasa la correa.

Desconfiada, Doncella da una vuelta alrededor de él como si estuviera por interrogarlo. Schubert se limita a seguirla con la mirada. Solo lanza un ladrido cuando intenta olfatearle la retaguardia.

—Parece intimidante, pero es un oso de peluche gigante. Aunque si tienes algún problema nos llamas, ya tienes el número. Atenderé yo o Salvador, si está en casa.

Los nervios me envuelven como una enredadera. Solo puedo asentir antes de que Kala se despida con una sonrisa amable y cierre la puerta.

Conocí a su madre.

Tiene que ser ella. No recibo muchos pedidos nuevos para sacar a pasear mascotas y ya conozco este vecindario como la palma de mi mano.

Schubert me mira con la lengua fuera. Salgo de la entrada y echo a caminar bajo el sol de la tarde. El simpático ruido de las patitas es un repiqueteo que me pone de buen humor, y hoy en particular estoy muy bien comparado a otros días.

Lo mejor, o quizás lo peor, es que sé que se debe a él.

Cuando me dejó en casa de Fanny empecé a caminar hacia la mía y, antes de que supiera el porqué, estaba corriendo y había olvidado lo mucho que me dolían los pies. Sentía un cosquilleo agradable, como si su compañía hubiera recargado mi energía en lugar de arrebatármela.

Al subir los escalones de la entrada debí recordarme no sonreír para evitar preguntas y echarme perfume para disimular cualquier olor varonil. Apenas cerré la puerta de mi habitación, me quité la ropa mojada y me arrojé a la cama sin aliento. Repasé cada detalle de la tarde sin querer olvidar ni un segundo. Cuanto más repetía en mi cabeza el instante en que rozó su rodilla o sus dedos con los míos, cuando me sonrió, cuando me miró… Más me costaba no esconder mi rostro en la almohada a pesar de que estaba sola.

Cuando Henry llegó a casa, hizo lo mismo que cada noche. Pero esta vez no pensé en él cuando apagué la luz. Estaba demasiado ocupada preguntándome a qué se refería Salvador cuando dijo que esperaba que alguien lo dejara salir del auto.

—¡Delilah!

Giro hacia la voz y levanto una mano para proteger mis ojos del sol. Fanny va dando tropezones por la vereda: cordones desatados, piernas chuecas —Zig dice que corre como los avestruces—, trenzas que lanzan latigazos alrededor de su cara y la mochila transportadora para gatos rebotando en su espalda. Huevo debe sentirse como una botella de Coca-Cola que no paran de agitar.

—Estoy segura de que eso es maltrato animal —señalo cuando deja de correr y enlaza su brazo con el mío.

—Teniendo en cuenta… —Respira agitada—. Que una vez se escondió en el cesto de la ropa sucia y acabó por error diez segundos en el lavarropas, creo que esto no es nada.

Se convirtió en Huevo revuelto ese día.

Él y Fanny siempre se meten en problemas. Son la razón por la que dicen que las mascotas se parecen a sus dueños, lo que me lleva a mirar a Schubert y preguntarme si le gusta pasear en la camioneta con la cabeza fuera de la ventanilla mientras escucha música clásica.

—Ese es nuevo —nota Fanny—. Como lo que estoy a punto de decirte.

La mano enroscada en mi brazo me da un apretón y con la otra se cubre los ojos, usándome como un bastón para no videntes. Me recuerda a ese de madera que está en el paragüero de La Hora Perfecta. El señor Shapiro nunca lo usa, dice que sirve más para defenderse de un ladrón que para ayudarlo a caminar.

—Creo que me gusta Zigler.

Reprimo una sonrisa.

—No me digas.

Separa los dedos para verme entre ellos. Tal vez esperaba que me sorprendiera, pero es lo mismo que escuchar a alguien decir que la Tierra gira alrededor del Sol.

—Pero a él le gustas tú —añade testeando mi tranquilidad.

—Imposible.

Me suelta y abre los brazos.

—¡Me lo dijo!

Abro la reja que separa la calle del parque para perros y empiezo a desabrochar las correas.

—¿Lo dijo o solo lo pensaste?

Separa los labios, siempre lista para refutar, pero se queda sin nada que argumentar. Vuelve a enganchar su brazo con el mío y desliza dentro de mi cartera la caja de pastillas anticonceptivas que escondía en el bolsillo de su campera.

Mora, Frambuesa y Doncella se dispersan, pero Schubert permanece a mi lado. Nos sigue hasta el banco más cercano y se sienta a mi derecha con la gracia de un perro criado por la realeza británica.

—Tendría sentido —reflexiona—. Eres mi mejor amiga, conozco cada parte de ti por la que un chico podría perder la cabeza.

También conoces las otras por las cuales nadie querría estar conmigo.

Por primera vez la culpa me retuerce el estómago. De alguna forma estoy engañando a Salvador, porque si él supiera lo que ocurre en mi casa quizás no querría estar conmigo. Luego miro a Fanny y no entiendo cómo puede hablar de mí como si fuera el partido perfecto, cuando en mi mente ella siempre lo fue.

—Me di cuenta de que sentías algo por él la primera vez que los vi juntos —confieso—. Y claramente era recíproco.

Intuyo el galope de su corazón por lo fuerte que inhala, aunque esa chispa de esperanza se apaga.

—Somos mejores amigos, obvio que sentimos cosas por el otro. Pero… —Se encoge de hombros—. Ya no tengo la valentía para sacar otra vez el tema. Si le gustas tú o alguien más, no quiero oírlo.

Como si estuviera escuchando la conversación, el gato ladea la cabeza desde la esfera de plástico que simula ser una ventana. *Yo tampoco entiendo por qué tiene miedo de un amor que es sin dudas correspondido, Huevo.*



Llegué a la ciudad cuando tenía trece años, en medio del año escolar. La primera vez que entré al aula cada asiento ya había sido ocupado, excepto por dos en la segunda fila. Me senté en uno sin saber que veinte minutos después una chica entraría casi patinando por el piso encerado. El profesor suspiró como si fuera habitual y ella tiró su mochila al piso para sentarse a mi lado.

No me dirigió la palabra. Ni siquiera me miró. Le tocó el hombro a la muchacha sentada al frente y le pidió que por debajo de la mesa le pasara una cartuchera. Cuando la abrió en su regazo estaba llena de pines de porcelana.

—¿Cuál te gusta? —susurró como si estuviera en una operación de contrabando.

Por un momento dudé en que me hablara a mí, hasta que me miró a los ojos y me di cuenta de que había olvidado hacía cuánto tiempo no hacía contacto visual con alguien.

Hacía cuánto nadie me miraba de verdad.

Incómoda, aparté la mirada para inspeccionar los pines. Señalé uno con forma de *cupcake* y ella asintió para aprobar la elección. Lo sacó y dejó caer en su lugar una moneda de veinticinco centavos antes de cerrar la cartuchera.

El profesor la retó varias veces por intentar conversar conmigo en clase. En cuanto tocó la campana me arrastró en zig-zag por los pasillos y la cafetería hasta salir al patio.

—Nos gusta almorzar afuera —dijo—. Por la vitamina T.

No la corregí diciendo que se refería a la D. En su lugar, sentí sus dedos abandonar los míos cuando echó a correr colina arriba y se tiró sobre la espalda de un muchacho pálido, alto y delgado como el papel, con acné y el pelo tan desordenado que solo podía creer que desconocía la existencia de los cepillos.

Sus mochilas volaron lejos y perdieron el equilibrio hasta terminar enredados en el césped.

Era como si las huellas de sus dedos estuvieran marcadas a fuego invisible en la piel del otro. Las líneas de nuestras manos son pliegues que sirven para que podamos agarrar objetos, pero las suyas estaban fabricadas para sujetarse. Dejó de ser ciencia cuando reparé en que se entendían sin hablar, y esa línea del corazón que una vez me habían intentado leer en una feria de repente era una muestra del destino si los miraba a ellos dos.

Con trece años nunca me había interesado en los chicos, pero regresé a casa preguntándome cómo se sentiría que alguien de mi edad me agarrara así.

También noté que Fanny había enganchado el pin de porcelana en el bolsillo de mi bolso sin que me diera cuenta.

Ahora la veo perdida en sus pensamientos, mordisqueando su pulgar, preocupada porque Zigler guste de mí cuando es científicamente imposible. La idea de que siquiera se cuestione qué falta poner de sí —en qué tiene que parecerse a mí— para ser merecedora de ese amor es absurda.

—Te esfuerzas en ser algo que ya eres.

—¿Qué cosa?

—Suficiente. Ya eres suficiente.

Deja de morderse el dedo. Cuando lo comprenda no le dará miedo decirle cómo se siente. Creo que lo sabe por la forma en que pone los ojos en blanco, como si el gesto pudiera ocultar su inseguridad.

—Hablando de geminianos, ¿cómo fue la tutoría con Salvador?

—¿Cómo sabes que es de géminis?

—No lo sé, pero todos los hombres son un poco malditos, así que comparten algo con los de géminis.

Me muerdo la mejilla y Fanny me pincha las costillas hasta que me oye reír.

Quiero contarle que a su alrededor me sentí ligera como una hoja porque me meció en la brisa de una conversación agradable. Y me sentí viva, cual planta que recibe agua tras un largo período sin ella, pero recuerdo lo desconfiada que es y no quiero oírla decir que tenga cuidado como si algo peor pudiera sucederme.

—¿Qué hora es? —pregunto.

Se ríe de mi pobre intento de desviar la conversación, pero no me presiona. En su lugar, apoya la cabeza en mi hombro y Huevo maúlla en protesta por tener que acomodarse en un ángulo incómodo dentro de la transportadora.

—La hora perfecta.

El sol baña la plaza y los perros mueven sus colas cada vez que sus dueños les lanzan pelotas. Para mi sorpresa, Schubert descansa su hocico en mi regazo. Cierro los ojos un segundo.

En un año mi vida será mejor porque cada tarde lucirá como esta, pero cuando se ponga el sol regresaré a la casa que compartiré con Fanny. No a la que comparto con Henry.

CAPÍTULO 8

EL NUEVO VICEPRESIDENTE

Salvador

Algunas personas están destinadas a nosotros como un regalo, otras como un castigo.

¿La chica linda e inteligente que me da clases? Un regalo. ¿El tipo que no deja de mirarme desde el otro lado de la habitación? Castigo. Ojalá no se acerque. Las personas me agradan más cuando se encuentran a un radio de tres metros de distancia.

Lo ignoro y me concentro en la partida de *Final Fight*. Esta ciudad ni siquiera tiene un *shopping*, así que me sorprendí al oír a un grupo de chicos en la escuela hablar sobre reunirse en el *arcade*. El sitio está escondido al fondo de una tienda de música antigua a la que tengo pendiente traer a mamá, para entrar hay que pasar una cortina de cuentas setentera y bajar una escalera caracol.

Tiene más sentido que el dueño subsista gracias a los videojuegos que a los vinilos que hay en la vidriera. Aunque el local principal es estrecho, el subsuelo ocupa media manzana. Hay carteles de neón superpuestos, la música de las máquinas rezuma hacia la calle y sus luces crean patrones hipnóticos. Sumado a los gritos adolescentes, es el tipo de lugar que suelo evitar.

Pero en serio extrañaba jugar *Final Fight*.

Además, si vuelvo a casa mis padres me matarán. Mientras otros se estresan con el horario de llegada de sus hijos, los míos insisten en que tengo que salir y sociabilizar con alguien que no sea el perro. Pasar unas horas aquí les hará creer que todavía conservo habilidades interpersonales, aunque quizás sí sea así porque, después de todo, el chico sigue mirándome.

Creo que se llama Zigler.

Con un palo de billar al hombro agita su mano en un saludo entusiasta. Le ofrezco una sonrisa algo pobre antes de volver la atención al juego, pero rodea su boca con las palmas para crear un megáfono:

—¡Eh, nuevo! ¡Sí, tú, Salvador!

Suspiro y vuelvo a observar la mesa de *pool* que rodean sus amigos, quienes lanzan miradas que van desde la curiosidad hasta la desconfianza. No me extrañaría que hayan oído algún rumor. Sin embargo, a Zig no parece importarle y hace señas para que me una a ellos. Niego con la cabeza y sigo con lo mío.

La partida de *Final Fight* se complica e intento concentrarme, pero de reojo lo veo girar en mi dirección y casi sacarle un ojo a alguien con el palo.

¿Qué hice para merecer esto?

La máquina suelta un sonido extraño y descubro que perdí.

—No te sientas mal, nadie gana ese nivel al primer intento —dice.

Me muerdo la lengua para no decir que gané tres veces antes de que me distrajera.

—Hola, amigo —saludo—. Y también adiós, porque debo irme. Te dejo la máquina.

Intento escapar, pero se interpone en mi camino y señala con el palo de billar a sus compañeros del equipo de básquetbol.

—¿No quieres unirte?

No me dan ganas de incomodarlos con mi presencia ni que ellos me incomoden a mí. Es más fácil quedarme en mi mundo. No quiero arriesgarme a encontrarme con un idiota y tener que ponerlo en su lugar otra vez.

—De acuerdo. —Zig se desinfla—. Di lo que piensas, en serio.

Levanto una ceja a modo de confirmación y él asiente.

—"Hola", "hola", "¿cómo estás?", "bien, ¿y tú?", "bien, ¿qué haces?", "nada, ¿y tú?" —recito de memoria—. No me gustan las conversaciones banales, políticamente correctas y sobre todo vacías. Sociabilizar suele implicar eso.

—¿Me acabas de llamar banal y vacío? —Se lleva una mano al pecho con teatralidad—. Ay, pero te perdono, hacer amigos es difícil. No es tu culpa que te cueste tanto.

Podría darle la razón y largarme de aquí, pero la pregunta sale antes de que pueda evitarlo.

—¿Por qué crees que es difícil?

—Estamos demasiado enfocados en agradarles a las personas en lugar de preguntarnos si ellos nos agradan a nosotros. Estancarse ahí suele dar lugar a "conversaciones banales, políticamente correctas y sobre todo vacías". —Se encoge de hombros—. La gente se muestra como cree que debería ser en lugar de como es, pero tú sabes que ese no es mi caso; si no, ya te hubieras ido.

La sonrisa autosuficiente que le aparece en la cara es molesta.

—Así que… —Gira para buscar un juego y acaba por señalar una mesa de *hockey*—. ¿El mejor de cinco? Solo tú y yo. Si gano, juegas con nosotros.

Uf. No me molesta que me juzguen con base en suposiciones o rumores, poco me importa lo que piensen de mí. El problema es cuando le das a alguien la oportunidad de conocer lo suficiente sobre ti, porque puede aprender qué lugar golpear para que duela el doble. Por eso, mejor mantenerse alejado.

Sin embargo, medito sobre el esfuerzo que hace Zigler por integrarme antes de ceder con un suspiro. Corre a devolver el palo a sus compañeros mientras inserto una ficha en el juego.

No lo admití en voz alta, pero cuando el camión de mudanza estacionó frente a mi antigua casa se me revolvió el estómago. Mis excompañeros no eran grandes personas ni los echaré de menos, pero ya los conocía. Sabía qué esperar de ellos y, sobre todo, qué esperar de mí en ese entorno.

Tener que empezar de cero me tiene algo inseguro, aunque me esfuerce en ocultarlo.

Papá dice que los finales son vistos como este dramático punto final que arrasa con todo lo que construimos cuando no son más que un punto y aparte: un nuevo piso de un edificio que no se mantendría en pie sin un pasado y no podría crecer sin la expectativa de un futuro. Según él siempre tenemos la oportunidad de construir un nivel que nos guste más.

Construir. Nuevo nivel. Como en los videojuegos. Con eso en mente pongo el disco en el medio de la mesa y arrancamos a jugar.

—Si no fueras alérgico a las personas podrías unirte al equipo de básquetbol —sugiere—. Nos hace falta una escolta, ¿tienes buena puntería?

Golpeo el disco y tintinea cuando meto el punto.

—Mejor ni respondas. —Se agacha para sacarlo y volver a ponerlo en la mesa—. Para evitar que me quites el protagonismo tal vez sea mejor que te unas al club de astronomía. Yo lo fundé. —Se señala el pecho orgulloso —. ¿Cómo te ves en la posición de vicepresidente?

—¿No deberías darle esa oportunidad a un miembro que lleve más tiempo ahí?

—Lo haría… si hubiera otros miembros. —Trato en vano de ocultar mi sonrisa—. ¡Ey, no te burles! Yo les hablo bien de ti a mis amigas, ¿y así me pagas?

Me toma con la guardia baja y reacciono a último segundo para bloquear su tiro a mi arco. Se toma la cabeza con ambas manos y da un saltito frustrado antes de recuperar la compostura e intentar recrear su oportunidad.

—Así que… —tantea—. Te cae bien Delilah, ¿eh?

—¿Te cae bien esa otra chica? —repregunto—. ¿Cómo se llama? Fanny, creo.

Me lanza una mirada que indica que desviar la conversación no es gracioso.

—Somos mejores amigos desde que tengo uso de razón.

—¿Y la miras así de embobado desde que tienes uso de razón? —Aprovecho su desconcierto para devolver el golpe y conseguir el segundo punto. Se pone rojo y me acusa con un dedo, pero levanto un hombro antes de que pueda maldecir—. ¿Qué? Tú empezaste.

El disco va y viene cada vez más rápido y la competitividad nos tiene inclinados sobre la mesa. Mentiría si dijera que no lo disfruto un poco.

—No estoy enamorado de ella —aclara.

—No te pregunté eso. —Remato su ataque y celebro mi tercer punto elevando los brazos—. Y eres malo en esto, sin ofender.

—¿Al mejor de diez? —renegocia, pero sacudo la cabeza más que satisfecho.

Volvemos a jugar y no me lleva mucho sumar otro punto. Sin embargo, ralentizo mis movimientos para dejarlo anotar uno por cortesía. El problema es que festeja con un baile ridículo y se regodea a pesar de estar perdiendo.

—Vi cómo la mirabas —insiste.

—Sí, con los ojos —rescato el disco y lo deslizo sobre la superficie—, los tengo en el rostro para eso. Por cierto, las condiciones se aplican a la inversa, ¿verdad?

—¿A qué te refie…?

Sus palabras mueren cuando con otra anotación me convierto en el ganador.

—Si tú ganabas, me unía a tu grupo. —Señalo con la cabeza a los chicos alrededor de la mesa de *pool*—. Como fue al revés, parece justo que tú te unas al mío.

Se cruza de brazos con un resoplido.

—Debo de ser la primera persona que se acerca a tu cara de culo por voluntad propia; ¿acaso tienes un grupo?

—No, pero si tú y tus amigas aceptan salir en una cita doble quizás lo tenga.

Vi a Delilah tres veces en mi vida y ninguna fue suficiente para saciar las ganas de conocerla que me despertó. Los ojos de Zig se abren con interés y la decepción por perder es reemplazada por complicidad.

—Ya veo —canturrea antes de acercarse y extender su mano para estrecharla—. Como soy un hombre de palabra, puedes contar conmigo.

Mis labios se tuercen en una sonrisa cuando cerramos el trato.

Quizás acercarte a la persona que te gusta es más fácil de lo que piensas y hacer amigos no es tan difícil si estás dispuesto.

CAPÍTULO 9

EL NIÑO QUE FUE PROTEGIDO EN LA PARTE TRASERA DE UN COCHE Y LA NIÑA QUE NO LO FUE

Delilah

—Solo estudiarán.

—Solo estudiaremos —prometo.

El señor Shapiro gruñe poco convencido, pero no hay tiempo para persuadirlo porque la campanilla de la tienda tintinea.

—Si regreso y lo veo a menos de un metro de ti, le clavaré la aguja de un reloj en el ojo. —Me señala con el dedo—. Hablo en serio, Lilah.

Aprieto mi falda y asiento contenta.

—Delilah.

Busco al dueño de la voz como un girasol que se pregunta dónde está la luz. Así me siento a su alrededor, como si en un día de invierno caminara por la sombra y al cruzar la calle me bañara el sol. Mis músculos pasan de estar encogidos en mi abrigo a relajarse cuando posa sus ojos en mí.

—Salvador —lo saludo.

Me obsequia una media sonrisa antes de asentir hacia el señor Shapiro, que con otro gruñido arrastra sus pantuflas fuera de la relojería.

—No le caigo muy bien, ¿verdad? —Se acerca con las manos en los bolsillos.

—Nadie le cae bien, a veces ni su propia familia.

Rodeo el mostrador para acomodar dos asientos frente a los libros que ya tengo abiertos. El muchacho da una vuelta para inspeccionar la tienda, deteniéndose frente a la vitrina del reloj de arena.

En sus bases de clara madera pulida está labrada la sombra un poco más oscura de ramas que desembocan en flores y hojas, que se enrollan por los pilares como una enredadera. La arena dentro del cristal con forma de corazón resplandece tanto que a veces creo que no es arena. Sobre todo cuando le da el sol.

Es la joya del lugar.

Podríamos haber vuelto a estudiar en la biblioteca luego de mi turno pero, aunque me encanta estar rodeada de libros y ventanales altos, mi lugar favorito sigue siendo la relojería y quería compartirlo con él.

—¿Usarás el ruido de los tic-tacs para hipnotizarme y que recuerde lo que estudiaremos? —Observa su reflejo en uno de los relojes de pie.

—En caso de tener el don de la hipnosis, creo que lo usaría para saber otras cosas.

Me sostiene la mirada mientras tomo asiento.

—No tengo secretos. Pruébame.

La pregunta quema en la punta de mi lengua. En otra circunstancia y con otra persona, no la haría. Pero cuando estoy a su alrededor es como si cada pensamiento y emoción estuvieran atados con un hilo en mi interior. El más pequeño tirón hace que vuelque todo lo que quiero decir.

—¿Es…? ¿Es cierto? —Acomodo un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Lo que dicen sobre ti en la escuela.

Su rostro se suaviza.

—¿Me tienes miedo, Delilah?

Intento no mirarlo.

—¿Debería?

El piso de madera cruje bajo sus borcegos cuando se detiene al otro lado del mostrador. El olor de la crema de afeitar mezclada con su propia esencia me marea.

—Jamás había golpeado a alguien hasta ese día, pero tengo límites. Escuchar el nombre de mi madre en la boca de un imbécil es uno.

Es la primera vez que lo oigo insultar. Tiene las comisuras levantadas de forma agridulce. Se inclina hacia mí, sus manos quedan tan cerca de las mías que el mínimo movimiento provocaría un roce.

—Verás… —Arrastra la última letra hasta que se desvanece—. Mi padre es inmigrante. A finales de los noventa hubo indicios de una crisis en Argentina y decidió venir a Estados Unidos con la idea de cumplir el típico "sueño americano". No tenía mucho dinero, así que alquiló un departamento en un barrio de clase baja frente a un local de comida japonesa que nunca hubiera aprobado un control bromatológico. Mi mamá justo vivía al otro lado del pasillo con mi abuela.

Aunque por su aspecto sencillo no podrías darte cuenta, Salvador conduce una camioneta último modelo como la de mi padrastro y la casa en la que vive es tan grande y bonita que hasta pensarías que su perro Schubert tiene su propia habitación. Como debe pasarle a la mayoría, supuse que siempre tuvo dinero por cómo es su estilo de vida ahora.

—El lugar se caía a pedazos —sigue—. La luz se cortaba seguido y una noche ambos salieron con linternas para ver qué sucedía con el generador. Acabaron cenando estofado a la luz de las velas con mi tata como chaperona.

Me muerdo el interior de la mejilla. Es tierno.

—¿Tata? —repito.

—¿Qué puedo decir? Soy un nene de mamá y también solía ser uno de la abuela.

Levanta un hombro como si no pudiera hacer nada al respecto. La imagen distante y ruda con la que es visto en la escuela desaparecería si alguien lo oyera hablar como me habla a mí.

—El caso es que podían arreglárselas solos. —Tamborilea los dedos sobre el mostrador—. Pero mi madre quedó embarazada y la situación económica empeoró cuando mi abuela enfermó. Por eso mi padre decidió regresar a su país. Aquí no podía estudiar, pero las universidades allí son gratuitas y la medicación era más barata. Conseguiría uno o dos empleos para enviar lo que necesitaba mi tata.

Juego con mis manos para reprimir el impulso de agarrar las suyas.

—¿Por cuánto tiempo se fue?

—Desde que yo tenía tres hasta mi noveno cumpleaños. —Esta vez, sí sonríe—. Apareció de sorpresa y se quedó.

Seis años es mucho tiempo para que un niño y su padre estén separados. Me hace pensar en mi propio papá. Dentro de poco se cumplirán diez años desde que falleció. Sin embargo, por más duro que haya sido, Salvador siempre tuvo la ilusión de que el suyo regresaría. Yo no conozco la esperanza.

—Pero mientras él no estaba… —Se rasca la ceja—. Mi madre tenía que trabajar. Quizás hubiéramos podido sobrevivir con su empleo en un local de comida rápida o con lo que ganaba limpiando casas, pero mi abuela empeoró. Necesitábamos dinero rápido y ella terminó en… —Su nuez de adán se mueve al tragar—. Un club nocturno. De *strippers*.

Sus mejillas se arrebolan, avergonzado de decirlo en voz alta. A su vez, frunce el ceño, enojado consigo mismo por sentirse de esa manera.

La mujer que me abrió la puerta de su casa, esa que oía música clásica y traía un cárdigan de lana sobre aquel vestido floreado, no se parece en nada a lo que imagino que es una bailarina exótica. Sin embargo, las apariencias engañan. Creía que solían hacerlo para mal, pero la familia de Salvador es cualquier cosa menos mala.

Nadie debería juzgar a una mujer que estaba desesperada por alimentar a su bebé y salvar a su madre de una enfermedad.

—¿Tu padre lo sabía?

—No le dijo hasta que regresó. Y me hizo prometer que no le diría.

Ya no me mira, en su lugar hace rotar el anillo de plata que lleva en el dedo de corazón. Bajo del taburete y rodeo el mostrador para apoyar la espalda contra él, a su lado. Por un rato el persistente tic-tac de los relojes es la única continuación de la conversación. Contemplamos los relojes y, con cada vuelta que dan las agujas, nos acercamos un poco más.

No es hasta que su hombro me roza que sus ojos encuentran los míos.

—Cuando te dije que solía esperar en el auto era porque mi abuela no podía cuidarme. Así que mi madre estacionaba afuera del club, armaba un fuerte con mantas y almohadas en el asiento trasero y me dejaba ahí. Entre cada descanso de los *shows* me traía comida, me llevaba al baño y hacíamos karaoke con el estéreo.

La primera vez que me contó que lo encerraban en el auto pensé lo peor, pero su madre había intentado preservar su inocencia a toda costa. Incluso si tenía que cubrir las ventanillas del coche para que Salvador no viera lo que sucedía afuera ni que eso pudiera alcanzarlo.

A él lo protegieron.

Mi vista arde y parpadeo para alejar las lágrimas antes de que lo note.

—Uno de los chicos de mi antigua escuela lo supo y dijo cosas que… —Niega con la cabeza—. Que no repetiré por nada del mundo. También me quitó algo que me regaló mi padre, solo para molestarme. Exploté y ya sabes cómo terminó. Perdí un año escolar por eso.

Debería sentir impotencia, rabia o tristeza luego de lo que me contó, pero cualquiera de esos sentimientos es opacado por la calidez que hormiguea en cada centímetro de mi cuerpo. No me debe una explicación por su conducta, ni a mí ni a nadie, pero incluso así me confió su historia, y algo sobre eso me hace sentir especial.

Estudia mi rostro a la espera de una reacción.

—¿Desafinabas mucho?

—¿Disculpa? —pregunta desconcertado.

—Si desafinabas mucho en el karaoke.

Su boca vuelve a torcerse en esa sonrisa pequeña.

—No tengo la mejor voz.

Choco mi hombro contra el suyo.

—A mí me parece bastante bonita, pero te creo.

Cuando al final nos sentamos a estudiar, Huevo desfila con pereza a través de la puerta y se acomoda de un salto sobre el regazo del chico. Mientras él le acaricia el lomo, su ronroneo acompaña mi explicación sobre la era napoleónica y su cola se mueve de lado a lado como un péndulo. Salvador y yo jugamos a robarnos el lápiz. Cada vez que su mano roza la mía me obsequia otro recuerdo que invocaré por la noche.

Se convirtió en la última persona en la que pienso antes de dormir y la primera que recuerdo al despertar.

Inclinados sobre la hoja con la curiosa cabeza del gato entre nosotros, siento su rodilla rozar la mía y estamos tan cerca que cuando ríe puedo sentir su aliento. Huevo levanta la pata y juega con la goma de borrar, haciéndonos estallar en carcajadas.

El sol se pone demasiado pronto. Cuando guarda sus libros daría cualquier cosa para que las agujas giraran en sentido contrario.

Huevo salta sobre la caja registradora mientras regreso los bancos a su lugar. Intento acompañarlo a la puerta, pero se detiene en medio de la relojería y saca algo del bolsillo de su mochila.

Quedo de piedra al ver la cajita de cartón que me tiende. No sé qué decir. Mis ojos van de su rostro a las pastillas anticonceptivas. Recuerdo su intención cerca de la farmacia cuando le dije que no tenía dinero para pagarlas.

Se forma un nudo en mi garganta, porque es una verdad a medias.

Fanny le dijo a su madre que quería empezar a tomar anticonceptivos en cuanto descubrió que Henry no me ayudaba a conseguirlos. A pesar de que ni siquiera dio su primer beso y no está apurada en iniciar su vida sexual, mintió para que se los recetaran. Aurora haría lo que sea por que se cuidara y no tuviera que ir al baile de graduación embarazada como le había sucedido a ella. Desde entonces cada mes consigue una caja para mí.

—Graduado en Medicina por la Universidad Nacional de Buenos Aires. —Salvador se rasca la nuca y me toma un par de parpadeos darme cuenta de que habla de su padre—. Puede conseguirte más si lo necesitas.

Aunque hay chicas que toman pastillas para regular su ciclo menstrual o mejorar el acné, la mayoría lo hace para prevenir un embarazo.

Cualquiera sospecharía que si la tomo es porque quiero y tengo sexo consentido con alguien.

Él debe pensar que estoy con otro chico, e incluso así… ¿Hace esto por mí?

Antes de que pueda responder se oyen pasos acercarse y me apresuro a esconder la caja en el bolsillo de mi falda. El señor Shapiro aparece bajo el umbral de la puerta con los anteojos en la punta de la nariz y una ceja arqueada.

—Tú, niño —llama—. Dije que milagros solo hacía Dios, pero él y yo somos viejos amigos.

Le regresa el reloj que había traído a arreglar hace unas semanas, cuando nos conocimos. Los ojos de Salvador se iluminan, parece un pequeño en la mañana de Navidad.

—No dudo sobre la parte de "viejos". —Pasa el pulgar sobre la correa de cuero con cuidado—. Gracias, señor Shapiro.

Debe de ser el reloj que le regaló su padre. Quizá se le había roto en la pelea que le hizo perder un año.

Trata de sacar su billetera, pero el anciano niega con la cabeza.

—Tardo más en el baño que arreglando este tipo de cosas. Déjalo.

Aunque insiste en pagarlo, Shapiro se mantiene firme. Acompaño a Salvador hasta la puerta y sus ojos encuentran los míos. Por un breve instante creo que me dará un beso en la mejilla, pero su mirada se desvía hacia el anciano y las comisuras de su boca se elevan.

—Hoy no quiero hacerlo enojar —susurra para que solo yo pueda oírlo—. Adiós, Delilah.

Mientras él atraviesa la calle sin mirar por tener los ojos puestos en su reloj, le pregunto al abuelo:

—¿Crees que tu amigo Dios te dejará entrar al cielo luego de mentir?

Trabajo aquí. Vi cuánto tiempo y maldiciones le llevó esa reparación.

—El infierno parece más divertido. —Hace señas para que me acerque —. Ven, Fanny hizo galletas rellenas de Nutella.

—Suena a que trata de matarte con un pico de glucosa.

—Por eso las compartiré contigo. Hay que reducir los potenciales daños nutricionales, Lilah.

Río y echo una mirada esperanzada sobre el hombro para ver a Salvador.

—Te cae bien, ¿cierto? —le pregunto.

—No me cae *tan* mal. —En su idioma quiere decir que lo aprueba, ahora solo me queda convencer a Fanny—. Aunque debo de estar pagando un karma muy grande.

—¿Por qué?

—Primero mi nieta, ahora tú. Por no contar a mi hija... —Sacude la cabeza mientras atravesamos el taller que huele a cuero y al aceite con el que engrasa los engranajes—. Espero que sus especímenes masculinos no me infarten.

Aunque habla con molestia y celos, el efecto se le escapa en la suavidad con la que me mira y pienso que mi papá actuaría justo así. Con un nudo en la garganta le doy una palmadita en el pecho a falta de la valentía de darle un abrazo.

—Puedes con esto, tienes un corazón fuerte —bromeo.

—Sigue siendo un corazón, todavía puede romperse.

CAPÍTULO 10

LOS EXTROVERTIDOS ADOPTAN INTROVERTIDOS

Fanny

—¿Qué estudias? —Mi madre apoya las manos sobre los hombros de Delilah para espiar lo que subraya.

Cuando ella ocupa el lugar del gato en la mesa, él la usa como silla. Los ojos del felino siguen el movimiento de las plumas rosadas que sobresalen del extremo de su lapicera. Es lo único que puede hacerlo olvidar, al menos de forma momentánea, su estrategia para robarse mi tostada.

—Válvula tricúspide, aórtica, pulmonar, mitral y todo sobre el sistema circulatorio para… Para saber cómo funciona.

Tartamudea cuando le doy una patada bajo la mesa, pero mi madre no se lo traga y levanta una delgada ceja pelirroja.

—¿Por diversión? ¿En serio, Lilah?

—No juzgues los pasatiempos de mis amigos, mamá. —Unto mermelada en el pan—. Es descortés.

Suelta un suspiro.

—Tienen examen y no estudiaste, ¿verdad?

—Sé lo necesario: la sangre… —muevo la tostada de un lado al otro— circula.

Me da esa mirada que es marca registrada de las madres: inclina la cabeza, olvida pestañear, se tensa y por un segundo dudas sobre si te hará pasar vergüenza en público o se lo guardará. Le doy un mordisco demasiado exagerado al pan sin apartar la mirada de ella, pero luego bajo los ojos a la muchacha que nos acompaña. Aurora Shapiro nota la indirecta y se relaja, pues no le gusta pelear cuando hay testigos.

Si hay algo por lo que discutimos a menudo son mis calificaciones. Ella dice que no me tomo nada en serio, en cambio le pregunto cuántas veces los conocimientos sobre metales alcalinotérreos de la tabla periódica o fórmulas algebraicas les fueron útiles en su día a día.

Mi momento favorito es cuando sabe que tengo razón pero no lo admite y se escuda detrás de "el objetivo de la escuela es ayudarte a pensar".

—Fanny, si no te esfuerzas por subir tu promedio, lo próximo que circulará será tu trasero por el aire —es lo único que dice.

El abuelo ríe sobre su taza:

—Eso sí que es amoroso…

—¡Es tu culpa! —espeto con la boca llena—. Se enoja y se pone como lo hacía la abuela. Si hubieras elegido a otra mujer para casarte, nadie me atacaría a las siete de la mañana.

—Tampoco habrías nacido —añade Delilah sin levantar la cabeza de sus apuntes.

—Eso me habría salvado del examen.

El anciano frunce el ceño al beber el café que olvidó endulzar y gruñe mientras busca el azúcar en la mesa.

—Agradece que tu madre solo adquirió la personalidad y no las costumbres de tu abuela; si no, estarías esquivando chanclazos.

En realidad, sería peor porque mamá usa botas vaqueras. Podría desmayar a alguien con su taco de madera.

Nuestra invitada intenta morderse la mejilla, pero la risa se le escapa.

—Oye, se supone que tú eres mi amiga, ¿de qué lado estás?

La expresión de mi madre se suaviza:

—Una vez que logramos que se ría, déjala.

El rubor se expande por las mejillas de Delilah como el moho por las paredes.

—Últimamente lo ha estado haciendo bastante seguido —dice el abuelo.

—Señor Shapiro… —reprocha en una súplica avergonzada y deja de mover la lapicera, rompiendo el hechizo que cautivaba a mi gato. Ahora Huevo observa la mesa con intenciones poco honorables.

—¿No tendrá algo que ver el apuesto muchacho que vino a la relojería ayer? ¿Cómo llama? —curiosea mamá.

Golpeo la mesa con el puño como juez en la corte. Las migas rebotan sobre el mantel y Huevo se sobresalta soltando un maullido.

—Nadie nombrará a ese sujeto bajo mi techo.

—Es *mi* techo, jovencita —corrige mi progenitora.

—Y por herencia luego será mío.

—¿Por qué no te agrada Salvador? —Se entromete el vejestorio—. Hasta al desagradecido de tu gato le cae bien.

Aparto el plato de huevos revueltos que el animal estudia desde el borde de la mesa.

—El desayuno no es para traidores. —Lo reto—. Y Salvador no me gusta para Delilah porque es muy… Es tan… —Muerdo la tostada mientras

busco las palabras—. En la escuela hay rumores sobre él. No me fío.

—Un rumor siempre está más lejos de ser una verdad que una mentira, niña. Juzgar es más fácil y rápido que tomarte el tiempo de conocer a una persona.

—Tu abuelo tiene razón. Quizás puedas darle una oportunidad, ¿qué tal una cita doble? Delilah y Salvador, tú y Zigler.

—Ya no me gusta tener razón —gruñe el viejo.

Zig había propuesto que fuésemos los cuatro a jugar *paintball*. Casi me convence con la promesa de tener pase libre para dispararle a Salvador.

—Esa es la idea más estú… —empiezo, pero entonces aparece sobre mi cabeza una lamparita iluminada como en los dibujos animados—. Más estupenda que hemos oído, porque podré probarte que no es un buen partido.

Me observa desconfiada.

—¿Lo dices en serio? —Baja la voz en señal de esperanza—. ¿Irías a la cita dispuesta a conocerlo?

—Y a matarlo si hace falta. —Estoy más que decidida—. Lo haremos, pero no te ilusiones.

Reprime una sonrisa y vuelve a su tarea. Ella no es el tipo de persona que tiene cosas por las cuales emocionarse y soy la primera en alentarla a buscarlas, pero que haya encontrado eso en Salvador me revuelve un poco el estómago.



La gente suele asociar el término “potencial” con algo bueno. Como “tengo potencial para este trabajo” o “esa persona es un potencial pretendiente o superestrella”, pero Fanny Shapiro está en el extremo opuesto del optimismo.

Yo pienso en el potencial que tienen las personas para lastimarte: que un hombre sea bueno no quita su potencial para ser malo. Algunos creen que el porcentaje de abusadores se redujo con el tiempo, pero no es así. Ahora tienen que esconder su maldad porque la sociedad ya no la acepta ni normaliza.

Entonces, ¿qué puede hacer una chica? ¿Un niño? ¿Cualquiera que sea víctima de sus pares? Saber que cuenta con alguien en caso de que se tope con la maldad de frente. Alguien como mamá, el abuelo o Zig.

Como yo.

Delilah ya convive con un monstruo, no necesita otro. Me aferraré a la sospecha hasta que la realidad me indique que me equivoqué con Salvador, por eso me cuesta tanto arrastrar los pies por el corredor en la escuela y detenerme frente a su casillero. Me aclaro la garganta para hacer notar mi presencia, pero continúa hurgando entre sus cosas. Empiezo a dar golpecitos en el piso con mi zapatilla y me aclaro la voz por segunda vez, más fuerte.

Podría apostar mi propio gato a que me ignora a propósito.

—¿Se te ofrece algo? —se digna a decir después del minuto más largo de mi vida.

—Que desaparezcas de la faz de la tierra… y la paz mundial.

Cierra el casillero con un gesto que desborda arrogancia.

—Tienes más probabilidades con lo segundo. No iré a ningún lado.

Me da la espalda y me apresuro a seguirlo con una maldición en la punta de la lengua cuando trastabillo por pisarme los cordones. Una zancada suya equivale a dos mías. La corriente estudiantil no facilita que lo alcance. Le abren paso a él con ojos curiosos, pero yo soy invisible y si no los esquivo me llevan puesta.

—¿Lo disfrutas?

—¿Fastidiarte? —Me echa una mirada sobre el hombro.

—No, ser un idiota.

Niega con la cabeza e intenta entrar al baño de hombres. Chillo y lo tomo del brazo.

—¡Espera!

—No me alejaré de Delilah.

Supongo que los sueños no se hacen realidad, por lo que me trago mi orgullo.

—Vine a proponerte lo opuesto: una cita doble.

—¿Tú, yo, el anestesista y el cirujano que me hará la vasectomía que planeaste a escondidas?

Es una idea tentadora…

—Lamentablemente hablo en serio. Solo por… —Bajo la mirada a mis All Stars rojas y empujo mis trenzas sobre mis hombros—. Solo por Delilah. Te recuerdo que apenas te soporto.

—¿Es por el *hockey* de mesa?

Parpadeo confundida.

—¿Tienes una contusión cerebral o algo? ¿Qué tiene que ver el *hockey* con esto? —Analiza mi rostro en busca de la trampa. Comienza a impacientarme—. Si no quieres, tú te lo pier…

—Tengo una condición.

—¿Te doy el visto bueno para respirar cerca de ella y eres tan pretencioso como para poner condiciones?

La sonrisa fastidiosa regresa.

—Parte de mi encanto. —Se encoge de hombros—. Quiero planear la cita. Déjame a mí.

—Es la primera vez que te oigo decir algo de utilidad. Envíame los detalles y, por el amor egocéntrico que te tienes, vístete para la ocasión. Delilah se arreglará, si apareces con una apestosa camiseta de básquetbol y pantalones deportivos desgastados por lo mucho que te gusta rascarte la entrepierna, el único beso que recibirás será el de Dios cuando yo te ahorque. *Capisci?*

Camina en reversa y empuja la puerta del baño con la espalda.

—No te preocupes, me esfuerzo más que tu novio.

¿Habla de Zigler?

—No es mi novio.

—Avísale a él, que no se dio cuenta.

Delilah y este tipo tienen en común las alucinaciones, eso es seguro.

Desaparece y me deja en medio del pasillo con la boca abierta hasta que suena la campana y echo a correr a clase preguntándome por qué accedí a someterme a esta tortura: pasar tiempo de calidad con este idiota y con Zigler (que me gusta, pero no es correspondido).

Sin embargo, cuando entro al aula y veo a Christine vomitando el odio que le tiene a Molly Ferrifeshka sobre una Delilah incómoda y comprensiva, me prometo intentar que la cita doble salga bien.

Naces en una familia y te sientes atraído por una persona con la que formarás otra, pero la amistad es un tipo de relación diferente. No hay lazos de sangre ni mariposas revoloteando en el estómago. A los seis años quizás te sentaste junto a otro niño en la escuela, a los dieciséis un adolescente te pasó un vaso en una fiesta y a los veintiséis te quejaste con otro adulto mientras esperabas en la fila del supermercado o del banco. Y hubo algo en todos esos pequeños intercambios que los llevó a verse otro día, y otro, y otro: un interés simple, un entendimiento inesperado, una complicidad sin ataduras ni la expectativa de compartir su vida hasta que la muerte los separe.

Las amistades son los vínculos más infravalorados y a menudo los que más tiempo perduran en tu vida.

Así que me siento junto a Delilah y redirijo el chisme de Christine hacia mí, pidiéndole que comience otra vez. Mi amiga me lanza una mirada de agradecimiento y esconde la cabeza de nuevo en sus apuntes, a salvo de tener que socializar.

Nuestro caso es como el de muchos extrovertidos que adoptan a un introvertido: debo encargarme de la mayoría de las conversaciones, porque aunque Delilah aguanta a una persona como yo, dos ya requieren demasiada energía mental.

Haría cualquier cosa por ella.

CAPÍTULO 11

EL SUEÑO DEL QUE NO HE QUERIDO DESPERTAR

Delilah

—¿Huelo perfume?

La imagen de Henry se materializa detrás de la mía en el espejo de mi habitación. Cada músculo del que estoy hecha se contrae.

—Siempre uso —me excuso en voz baja.

Mantengo la mirada fija en mi rostro. Antes creía que si fingía ser simpática con él me dejaría en paz. Si respondía lo que quería y sonreía, me lastimaría menos. Aunque la idea de parecer de acuerdo con sus insinuaciones me revolvía el estómago, una vocecita en mi cabeza me decía que si quería sobrevivir tenía que fingir.

Con el tiempo comprendí que le costaría demasiado trabajo hallar a otra niña e incluso más esfuerzo encubrir lo que le haría. Entonces dejé de lado la simpatía porque lo único que lograba era hacerle creer que este retorcido juego me gustaba tanto como a él. Aunque fuera una pequeñez patética, no quería darle ese beneficio.

La piel de mis brazos se eriza cuando acaricia mi cabello desde la raíz hasta las puntas. Apoya las manos sobre mis hombros, desliza su nariz por el costado de mi cuello e inhala profundo. La sensación de que me absorbe el alma me obliga a cerrar los ojos.

Las manos pesadas y callosas se convierten en los dedos delgados y fríos de la mamá de Fanny durante el desayuno de ayer. Puedo sentir las cosquillas que me hace su cabello de seda escarlata al rozar la oreja. Soy capaz de percibir su perfume floral entre el aroma del pan tostado y el café. Siento en mi mejilla el pegajoso labial que usa cuando nos despide con un beso para ir a la escuela. Con su mejor cara asqueada Fanny siempre se limpia luego de que se lo da. A mí me gusta cargarlo tantas horas como puedo. Percibir su peso me hace sentir acompañada durante el día, en especial cuando camino de regreso a casa.

—¿A dónde vas?

Abro los ojos y encuentro los labios de Henry sobre mi sien.

—A la casa de Fanny, a estudiar.

—Pasas mucho tiempo con esa chica.

No me gusta que la mire ni que hable de ella. Apenas soporto que sepa de su existencia. La contamina con el simple hecho de decir su nombre y la desesperación de borrarla de sus pensamientos me acelera el pulso. Sin embargo, por fuera solo me encojo de hombros con la esperanza de que el movimiento haga que sus manos se resbalen de mi cuerpo.

—Es mi amiga y me gusta ayudarla con la tarea.

Sus manos se deslizan, pero no de la forma que quiero. Desciende las yemas de los dedos por mi brazo hasta alcanzar mi muñeca y hacerla desaparecer de mi vista, atrapándola entre mi espalda y su estómago.

—Yo también soy tu amigo —susurra—. Y tengo una tarea más divertida con la que puedes ayudarme.

Aprieta mi palma contra su entrepierna, pero mi angustia se mitiga cuando Henry da un paso atrás al oír pasos por el corredor. Un segundo después mi madre abre la puerta con el teléfono entre el hombro y la oreja.

—¿Pido *sushi* para cenar esta no…? —Frunce el ceño—. ¿Saldrás?

Asiento con los labios apretados y aprovecho para recoger mi morral e intentar escapar, pero ella me detiene.

—No llegues tarde, ¿sí?

—Es lo que le dije —asegura mi padrastro.

Lo ignoro porque mis ojos captan el labial mate de mamá y me pregunto cuánto tiempo duraría en mi mejilla si presionara sus labios contra ella. ¿Más que el de Aurora? Sin embargo, lo único que hace para despedirme es apretar con suavidad mi antebrazo antes de retomar su conversación telefónica y desaparecer por el pasillo.

—Adiós, mi mujercita —dice Henry a mi espalda.

No volteo. Tomo el alcohol en gel que cuelga de mi bolsillo y lo froto en mis manos hasta llegar a casa de los Shapiro.



—¡Monita, ayuda! —Zig abre la puerta del baño y recarga la espalda contra ella para impedir que Fanny entre—. ¡Quiere arrebatarme mi sentido de la moda!

En el pasillo se escuchan gritos y bufidos, como si un mapache rabioso se hubiera colado en la casa de los Shapiro.

—¿Ese sentido de la moda del que hablas está presente con nosotros en esta habitación? ¡Porque especifiqué que no vinieras vestido como si fuéramos a un partido de básquetbol con tus amigos antidesodorantes!

Cierro la canilla del agua caliente y le hago señas para que abra la puerta. Mis manos están enrojecidas por tanto fregarlas. Se esconde detrás de mí cuando mi amiga entra con una camisa que solo puede ser de su abuelo.

—No me pondré esa cosa, tiene células de piel correspondientes a la Segunda Guerra Mundial.

—Los humanos mudamos de piel alrededor de cada tres semanas. No hay nada que conecte al señor Shapiro con la Segunda Guerra Mundial —lo tranquilizo.

—Solo sus métodos de tortura. —Fanny le tira la prenda en la cara—. Póntela o pondré en práctica los que me enseñó.

No dejan de pelear y empujarse mientras me siguen a la cocina y observo el reloj cucú en la pared. Falta un minuto para las cinco en punto, pero oigo el motor de la camioneta acercándose por la calle y me muerdo el interior de la mejilla, feliz.

Me encanta que sea puntual.

Salvador toca la bocina y Fanny pierde la pelea para cambiar el *look* de Zigler cuando él deja la camisa del abuelo en una alacena inalcanzable para alguien con la estatura de mi amiga, por mucho que se esmere en saltar.

Mientras abro la puerta, Zigler salta en un pie y luego en otro para ponerse las zapatillas antes de levantar a Fanny y llevarla afuera. Entre las patadas y el forcejeo, veo a mi muchacho apoyado contra su camioneta.

Musculosa blanca bajo una ligera camisa abierta, de un marrón más oscuro que el de sus bermudas. Sus usuales borcegos fueron reemplazados por zapatillas relucientes y una tobillera de hilo encerado de las que venden

en la playa. Luce increíble, sobre todo cuando abre la puerta trasera todavía con una mano en el bolsillo y saluda a Zig con un asentimiento de cabeza.

—Linda camiseta, amigo.

A pesar de las quejas de Fanny y sus miradas fulminantes, Salvador la mira con una expresión divertida.

—Muy a la moda, ¿ves? —dice Zigler mientras entran en la camioneta —. Te lo dije.

Quedamos a solas demasiado rápido. Apenas a dos pasos de distancia.

—¿Lindo suéter, linda falda o lindos zapatos? —adivino qué me dirá a mí.

Niega con la cabeza.

—Linda tú. Toda.

Aparto la vista y reprimo mis ganas de sonreír mientras abre la puerta del copiloto. Para mi sorpresa alguien me espera dentro: Schubert tiene puesta una gorra que casi le tapa los ojos y mueve la cola al verme. Salvador rodea la camioneta y se desliza del otro lado para arrancar el motor.

Me gusta que no haya preguntado si podía traer al perro o se disculpe por hacerlo, como si su mascota fuera una extensión de sí mismo. Me debato entre decirle que su amigo de cuatro patas y yo ya nos conocemos, pero Schubert se gira en el asiento para saludar a Fanny con un lengüetazo en la mejilla.

—¿Quién invitó a la bola de pelos? —rezonga quitándoselo de encima —. Nada contra ti, grandulón. Pero soy una persona de gatos.

—Eso explica por qué te gusto yo —analiza Zig al robarle la gorra al animal y ponérsela al revés.

Con una mano en el volante y el codo apoyado en la ventanilla baja, Salvador palmea el lomo del perro para que regrese a su lugar. Avanzamos a

través de la ciudad sin hablar, robándonos miradas con su mascota en medio de nosotros hasta que se acuesta y apoya el hocico sobre mis piernas. Hay música clásica en el estéreo y un debate en la parte trasera del coche con hipótesis diversas, que inició con la siguiente pregunta: "¿Por qué Mickey Mouse usa pantalones y no camiseta, el pato Donald usa camiseta pero no pantalones, y Goofy está completamente vestido?".

Las casas se distancian unas de las otras hasta que no recuerdo cuándo vi la última. Nos internamos en la autopista y los semáforos de cada esquina son reemplazados por árboles igual de altos. El verde se ve hasta el horizonte, donde se teje un atardecer de colores pasteles y algodón de azúcar. O quizás sean nubes, lucen igual de esponjosas.

Me siento bajo libertad condicional, pero esto es como un adelanto del futuro. Cuando pueda ir a donde sea, con quien sea, sin tener que preguntar, mentir o depender de alguien más para salir.

En un año mi vida será mejor.

Porque será justo así.

Salvador estaciona en medio de la nada. Estamos rodeados de árboles que contrastan contra el cemento gris que dejamos atrás. Cuando se ofrece a ayudarme a bajar, la electricidad me recorre todo el cuerpo. Saltan chispas de las yemas de mis dedos cuando rozan las suyas y estoy lista para que se extingan en cuanto mis zapatos golpean la tierra, pero me sostiene unos segundos más de los necesarios mientras le silba a Schubert, que baja obediente.

Abre la caja de la camioneta que tiene una cama improvisada con almohadones y mantas. Fanny se burla de que Zig y el perro están emparentados cuando suben de un salto. También pide auxilio al quedar

con una pierna colgando en el intento de trepar sin ayuda. Patalea y se arrastra hasta rodar sobre su estómago y quedar de cara al cielo, exhausta.

—Déjame —pide Salvador cuando es mi turno.

Despacio, como si estuviera listo para soltarme si se lo pidiera, desliza sus manos por mi cintura. El calor y el peso de sus palmas se filtra a través de mi suéter y me levanta sin esfuerzo. Me aferro a sus hombros por instinto y nos quedamos aferrados más tiempo del imprescindible.

Me arrastro hacia atrás para hacerle un lugar hasta que los cuatro estamos sentados en una ronda y el perro se echa sobre los pies de su dueño.

—Siento algo en el trasero —se queja Fanny antes de lanzarle una mirada de advertencia a Zig, que ya abrió la boca para soltar algo fuera de lugar—. ¿Esto es una cita o trabajo comunitario por un crimen que no cometí? —Gime al levantar una caja y leer qué dice.

Salvador le quita con amabilidad el rompecabezas y un segundo después cae una lluvia de piezas sobre la manta.

—Robarte mi corazón sí fue un acto criminal, reconócelo. —Zigler se adueña de la tapa donde está la imagen que tenemos que recrear.

—Te meteré una pieza por la nariz si continúas hablando.

—¿Solo en la nariz? —se burla.

Lo empuja y examina uno de los pequeños pedazos de cartón mientras empiezo a separarlos por color. Salvador me ayuda a formar montoncitos de piezas. Nos sumergimos en un baile donde nuestros nudillos se rozan y su meñique toca el mío en lo que parece más adrede que una coincidencia.

Fanny, cuyos ojos siguen la interacción como un halcón, se aclara la garganta.

—Cuéntanos, chico agujereado. —Levanta la pieza—. ¿Alguna vez te han metido uno de estos por algún orificio? Porque eso te estás buscando.

—Yo tan monógamo, tú tan poliamorosa… —suspira Zig.

Salvador es ajeno a la presión. Ni siquiera levanta la vista del rompecabezas. El único indicio de que le presta atención es la leve sonrisa que aparece en sus labios.

—Soy un chico tradicional. Los orificios están para expulsar cosas, no para meterlas.

El rostro de Fanny se ilumina y me da un codazo.

—Supongo que no tengo nada de qué preocuparme en ese ca…

—En las primeras citas —aclara el chico.

La expresión de mi amiga se oscurece y Zig le choca los cinco mientras le dedica una mirada socarrona a Fanny. Debo mirar para otro lado para no reír.

A este ritmo cavará su propia tumba, pero es una sensación bonita que un muchacho de mi edad muestre de forma tan abierta interés por mí. Que le parezca linda, quiera pasar tiempo conmigo y conocer a mis amigos. Que podamos hacer chistes de doble sentido y reírnos.

Algo normal, como si yo fuera normal.

—Me disculpo si me sobrepasé. —Salvador se lleva una mano al pecho en un gesto teatral.

—Claro que te sobrepasaste, y no hay nada que puedas hacer para que te perdo… —Fanny se detiene en seco—. ¿Huelo chocolate caliente?

El viento sopla ligero, arrastra ese aroma inconfundible. Salvador nos señala una canasta de mimbre, oculta entre los almohadones, y nos pasa termos y tazas de aluminio para conservar el calor.

—¿Aceptas mis disculpas?

Zig se estira para robar el paquete de chocolates M&M's que sobresalen de la canasta.

—Aceptará hasta tu préstamo estudiantil y tu hipoteca si le das algo dulce para comer.

La pelirroja le arrebata la bebida y se encoge de hombros, rendida ante la genérica pero acertada frase de "solo soy una chica". Continuamos separando las piezas por colores cuando noto que Salvador cambia el termo por otro luego de servirles a mis amigos.

Cruzamos miradas y gesticula en un silencioso movimiento de labios "este es solo para nosotros dos" antes de pasarme la taza.

Las agujas de los relojes se rebelan contra el paso del tiempo y retroceden miles de horas hasta que mi papá me toma por debajo de las axilas para sentarme en la mesada de la cocina. Pispeo ansiosa el reloj de su muñeca y él dice que mirarlo solo hace que gire más lento, pero mi impaciencia gana: nos inclinamos sobre la olla y cuando la destapa el vapor nos envuelve hasta empañar sus anteojos rectangulares. Cerramos los ojos e inhalamos hondo. Revuelve la sopa y me da el cucharón para que la pruebe mientras se limpia los cristales con el dobladillo del delantal.

—*¿Cuántas estrellas le das, Didi?*

—*Setecientas cincuenta y uno.*

Abro los ojos con el material térmico apretado entre las manos. Estudio el rostro de Salvador entre la incredulidad y la ternura de que haya hecho sopa de calabaza para mí. De que, cuando le mencioné que era mi favorita, lo recordó.

Insiste en que la pruebe y escondo mis ganas de sonreír detrás de la taza.

—Fue demasiado chocolate caliente, creo que alguien intentó envenenarme… —Se queja Fanny luego de un rato, lanzándole una mirada acusatoria a mi acompañante—. ¿Vamos al baño?

Fija sus ojos en mí. Conozco la señal, quiere que nos tomemos un momento a solas para chismear sobre cómo va la cita. Sin embargo, Zig se acaba su bebida de un tirón:

—Yo también necesito regar un árbol, iré contigo.

—Pero…

—Dibujaré un corazón en la tierra para ti mientras lo hago.

Me guiña un ojo y la toma del brazo para arrastrarla lejos. Con un ladrido Schubert salta de la camioneta para seguirlos.

Hago una nota mental para agradecerle la oportunidad de estar a solas con Salvador, que se recarga hacia atrás sobre sus codos. Hago lo mismo, pero sobre mi estómago. Nuestros rostros quedan enfrentados y mis pies bailan en el aire.

—Lo siento, Zigler está demasiado adelantado a su generación.

—Es la encarnación del romance.

Me encojo de hombros al ver mi taza vacía. El dulce aroma a calabazas todavía flota en el aire.

—Creo que tú no te quedas atrás.

El cielo está pintado con el último atisbo del día, pues la noche nace en la lejanía y las primeras estrellas dan señales de vida. Todavía hay suficiente luz para ver los serios pero suaves rasgos de Salvador: el cabello despeinado hacia arriba, la gentil curva de sus cejas, la nariz respingada y adornada con el delgado aro de plata.

Los labios que susurran cosas en mis sueños. La mandíbula que se desliza sobre mi estómago en mi imaginación. El tatuaje de su cuello contra

el que quiero esconder mi rostro ahora mismo.

Intento absorber su imagen. Adueñarme de ella. Guardarla en cada rincón de mi mente para cuando más lo necesite. Me parece irreal respirar el mismo aire que él y mirarlo a los ojos. Sobre todo, que me devuelva la mirada como si yo fuera lo único a lo que vale la pena prestarle atención.

La primera vez que pisé La Hora Perfecta y Fanny me mostró el lugar señaló un reloj de arena resguardado en una vitrina. Era tan brillante que parecía de oro. Dijo que su abuela se lo había regalado al señor Shapiro en su último aniversario antes de fallecer. Tenía grabada la frase "Un amor que detiene el tiempo" en la base y desde entonces bromeamos con cuándo encontraremos ese tipo de cariño, aunque ninguna sabe con exactitud a qué se refiere la inscripción.

Pero siento que estoy cerca de averiguarlo.

—¿Alguna vez soñaste algo realmente bonito? —curioseo en un susurro—. Porque cuando me ocurría y despertaba sin querer, tiraba de las mantas sobre mi cabeza y cerraba los ojos. Trataba desesperadamente de volver al mundo de mis fantasías, pero nunca podía. Contigo es diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres cada sueño del que no he querido despertar y el único al que fui capaz de regresar.

No sé si él me besará a mí o si yo lo besaré a él, pero alguien parece estar a punto de hacerlo.

CAPÍTULO 12

LOS DESEOS QUE NUNCA PEDÍ Y SE CUMPLIERON

Delilah

Debería estar nerviosa. Debería tener un nudo en el estómago. Debería contener la respiración. Mi cuerpo tendría que estar cargado de tensión. Sin embargo, Salvador afloja los tornillos mentales que me mantienen unida, apaga todas las alertas de emergencia y calla cualquier pensamiento.

Con él no tengo que pensar. Para una persona cuya ansiedad controla cada célula de su cuerpo, esa que vive bajo el estrés y la presión de no cometer errores, es una brisa de aire fresco.

Dejo salir cualquier preocupación en un suspiro que acaricia sus labios por lo cerca que está. Su mirada delinea los míos y sube hasta mis ojos. Nos miramos tanto rato en silencio que mis latidos se apaciguan.

—Delilah… —susurra en lo que suena una súplica.

—¿Sí?

Alcanza un mechón de mi cabello y lo sostiene un momento entre sus dedos como si quisiera comprobar si soy real. Luego lo acomoda detrás de mi oreja.

—¿Puedo besarte?

—¿Puedes nunca dejar de hacerlo?

Desliza su mano hasta mi nuca y mi necesidad de besarlo me transforma en su reflejo. Busco con mi mano su cuello y acortamos la distancia. Las pestañas le rozan los pómulos cuando mira mi boca antes de volver a subir. Me mira por última vez pidiendo permiso a pesar de que ya se lo di.

No resisto. Soy la responsable de extinguir el espacio.

He leído suficientes libros para nunca carecer de palabras, pero si mi vida dependiera de ello en este momento, moriría sabiendo pronunciar solo su nombre. Es lo único que se materializa en mi mente. Es lo único que siento en el cuerpo. Es lo único que me hace pensar que quizás el presente no es un mal lugar donde habitar.

El roce de los labios no es tímido, sino lento y provocador. Una pequeña dosis que funciona como advertencia de lo difícil que será detenernos si dejamos de lado las formalidades y nos besamos como lo hemos imaginado cada noche desde el instante en que pusimos los ojos sobre el otro.

Cuando presiona su boca contra la mía para ahogar un gemido, sé que cualquier consecuencia valdrá la pena.

Le devuelvo el beso con la misma fuerza y enreda sus dedos en mi cabello con suavidad. Me inclina la cabeza para tener acceso a cada parte de mí. Entreabre mis labios y reclama mi atención con la lengua.

La medida del tiempo se desvanece cuando me besa.

Mi cuerpo se deshace contra el calor del suyo. Siempre dudé de que existiera el alma, pero con este beso es como si algo cargado de energía me atravesara el pecho y echara raíces alrededor de mi corazón, extendiéndose por cada pulgada y recoveco del que estoy hecha. Como una pieza de

rompecabezas que encuentra su lugar. Como un hueco que ya no está vacío. Como un cuadro en el que al fin pintan colores.

¿Estaba viva antes de conocer a Salvador?

Los huesos que siempre creí débiles y a punto de quebrarse se sienten fuertes, dispuestos a mantenerme entera con tal de seguir besándolo. Se separa de mí solo lo suficiente para estudiar mi rostro, lunar por lunar. Soy testigo de una sonrisa casi imperceptible y sus ojos se achinan:

—Anhelé saber cómo se sentiría hacer esto desde el momento en el que la vida insistió en que te conociera.

—¿Y cómo se siente?

—Como si la realidad hubiera dejado fuera de combate al anhelo con un *knockout*. Esto es mil veces mejor.

Se ríe y en un impulso le doy otro beso antes de reírme yo también.

Fanny

—¿Qué miras, pulgoso? —digo con los brazos cruzados.

Schubert se mantiene sentado a mi lado sin dejar de acosarme con la mirada. Respira fuerte y tiene la lengua afuera como si hubiera corrido las diez vueltas que el profesor de Educación Física nos hace dar alrededor del gimnasio. Dejo de trotar en cuanto se distrae, así que nunca llegué a la décima.

Ya anocheció. La única luz proviene de la linterna de mi teléfono y de la luna menguante sobre mi cabeza. No hay mucho que observar alrededor, pero oigo el molesto silbido de Zigler desde el interior del bosque, seguido

de un chorro. El cosquilleo de una risa me sacude el estómago, pero alguien me gana de antemano.

Delilah y Salvador.

Puedo oírlos reír a la distancia.

Las cosquillas se transforman en malestar en cuanto noto que nunca oí a mi amiga reírse así, y quizás nunca la vuelva oír. Debería alegrarme de que esté pasándola bien, pero solo puedo pensar en todas las veces que sufrió y en todas las que volverá a hacerlo.

Por mucho que me quiera autoconvencer de que Salvador es la encarnación humana de Lucifer, fracaso. Es un buen muchacho y eso hace crecer el sentimiento agridulce e impotente que me escuece la vista, porque Delilah y él no pueden estar juntos.

Echo la cabeza hacia atrás para aguantar las lágrimas. Me odio, siempre hago lo mismo.

—El corazón que te prometí quedó un poco deforme. —Se oyen pasos —. Pero si lo miras con un ojo cerrado puede que… ¿Oye, estás bien?

Apago la linterna del teléfono en cuanto lo veo.

—Claro que no, mi vejiga está al borde de la implosión y tú juegas a dibujar corazones con tu orina.

Zig se anuda el cordón de los pantalones deportivos e intenta acercarse, aunque me apresuro a internarme entre los árboles en el intento de que mi rostro no delate cómo me siento.

—¡No espíes! —le grito mientras el perro me sigue.

Así acabo por bajarme los pantalones y hacer pis detrás de un árbol, en medio de un bosque en la nada misma, en completa oscuridad, con un perro que se sienta frente a mí y espera pacientemente mientras una lágrima resbala por mi mejilla.

Fanny Shapiro es patética.

—Es una situación de mierda. —Echo una mirada sobre mi hombro a mi pálido trasero en el aire—. Literalmente hablando.

Schubert ladra y echa a correr por delante de mí cuando me subo los pantalones y salgo de la arboleda asegurándome de que no quedó rastro de la gota de agua salada en mi cara.

—No tan rápido, ¿a dónde vas? —Zig tira de mi brazo.

—Consumo demasiada azúcar de forma diaria, soy un aperitivo atractivo para los mosquitos. Volvamos a la camioneta.

Apoya sus manos en mis hombros y baja la cabeza para mirarme. Sus iris son tan oscuros y aquí hay tan poca luz que apenas distingo sus pupilas.

—Puedes ocultarme qué cosa te duele, pero no que algo te duele.

Pongo los ojos en blanco y me alejo para zafarme de su agarre. Solo consigo enfrascarnos en un tira y afloja constante.

—No me toques, no te has lavado las manos.

—Tú tampoco y a mí no me da asco.

—Yo no tengo que sostenerme el… —Gana. Tira de mi cuerpo contra el suyo y me rodea en un abrazo que me arrebata un suspiro resignado—. Eres desagradable. Te odio.

No le devuelvo el abrazo, pero acurruco el rostro contra su pecho y cierro los párpados hasta que las ganas de llorar se disipan como la niebla ante el primer atisbo de sol. Luego de nuestro momento en la relojería creí que sería incómodo estar juntos, pero si hay alguien con quien siempre estoy a gusto es con él.

—No soy buena a la hora de decirle a la gente cómo me siento —confieso—, pero eres la primera persona con la que quiero intentarlo. Incluso si no me sale.

—Me quedaré contigo, incluso si nunca sale.

Apoya su mentón sobre mi cabeza mientras acaricia mi cabello con ternura.

—Creí que no te gustaban mis silencios.

—Un poco, pero puedo llenarlos si quieres.

Me toma desprevenida que hunda la boca en mi cuello y sople contra mi piel hasta que se le inflan las mejillas y el ruido de un pedo me hace chillar. Lo empujo e intento regresar con el resto, pero me atrapa de nuevo. Esta vez mi espalda queda pegada a su pecho, que todavía vibra a causa de la risa.

Niego con la cabeza porque me siento mejor. Nadie logra cambiar mi estado de ánimo con la rapidez de este chico. Paso de la paz a la guerra y de la guerra a la tregua en menos de un minuto. Mi cerebro apenas puede seguir el ritmo.

Maldito geminiano.

Nos balancea con placidez sobre nuestros pies. La brisa es un susurro y las cigarras otro murmullo mientras mis ojos saltan de una estrella a la otra.

—*And for once, you let go of your fears and your ghosts* —canta en voz baja y rasposa, y resoplo porque siempre llena los espacios con letras de Taylor Swift—. *One step, not much, but it said enough.* —Aprieta su agarre y me aferro a sus brazos, puedo sentir el calor de su aliento cuando canta—. *You kiss on sidewalks. You fight, then you talk. One night, he wakes, strange look on his face.* —Un escalofrío me recorre la columna—. *Pauses, then says "You're my best friend". And you knew what it was, he is…*

Contengo el aliento y sacudo su brazo, eufórica al señalar con el dedo el momento exacto en que una estrella fugaz atraviesa el manto oscuro. Sin

embargo, Zig no se inmuta.

Cuando me doy vuelta, él no está mirando el cielo, me está mirando a mí.

—¿Desde cuándo no pides deseos?

—Desde siempre. Nunca quise nada porque siempre te tuve a ti.

Once palabras.

Fanny Shapiro acaba de morir por culpa de once palabras.

Mi cara muta a una nueva tonalidad de rojo y las mariposas en mi estómago están por comerse las unas a las otras de lo emocionadas que están. Le doy un puñetazo en el hombro ante la necesidad de equilibrar el coqueteo con la amistad.

Esta vez el que resopla es él.

—¿Quién las entiende? —Levanta los brazos antes de pasar uno por mis hombros mientras caminamos de regreso—. Si somos románticos, nos llaman intensos. Si nos mantenemos al margen, secos y cero detallistas. Si les hacemos un cumplido, gatos que ya se lo dijeron a otra. Si no decimos nada, desinteresados. Si mostramos nuestros sentimientos, débiles. Si no lo hacemos, insensibles. Si nos ofrecemos a pagar, las subestimamos. Si no lo hacemos, somos unas ratas…

Guardo el celular en el bolsillo de mis *jeans* y le doy unas palmaditas en el pecho.

—Qué difícil es la vida de los hombres.

Me ofrece un asentimiento solemne, pero noto lo mucho que lucha para no echarse a reír.

Seguimos el vaivén de la cola de Schubert a través del campo. Es cuando estamos por llegar que siento su mirada de reojo:

—Y solo para que quede claro, no me gusta.

—¿Qué cosa?

La camioneta sobresale entre los árboles.

No me da tiempo de preguntar algo más porque Salvador aparece para recibir al perro con un juguete y Zigler se les une. Mientras intento averiguar si lo hace para hacerle competencia al animal y correr detrás de la pelota o para formar una alianza varonil con el bastardo agujereado, me acomodo junto a Delilah.

Tiene las mejillas encendidas y abraza un almohadón contra su pecho. Se muerde el interior de la mejilla para ocultar que quiere sonreír. Es como si su cuerpo no pudiera contener todo lo que siente y se desbordara a través de sus ojos.

Ni siquiera tengo que preguntarlo.

Terminamos el rompecabezas mientras los chicos lanzan la pelota, juegan una carrera con Schubert y hablan sobre otros muchachos de la escuela, lo que evidencia que son más chismosos que nosotras. Advierto que la mirada de Delilah se desvía a Salvador y que él la espía sobre su hombro a cada rato, comparten una conversación cómplice sin palabras.

Sin embargo, cuando el frío nos alcanza y evidencia que es tarde, silbo para llamar la atención de los individuos cargados de testosterona. Hay que regresar, no quiero que Henry la castigue por esto.

Es cuando estoy por desarmar el rompecabezas que noto la curiosidad con la que Delilah lo mira.

—¿Qué pasa?

Ladea la cabeza y estudia la imagen. Nada sobresaliente. Es un jardín con una carretilla en medio y un puñado de flores en ella.

—¿Cuáles son esas? —Las señala.

¿Tengo cara de que crecí viendo *Discovery Home&Health*? ¿De que procrastino durante horas en Pinterest? ¿De que hice un quiz en *BuzzFeed* para saber qué tipo de flor soy? ¿De que mi abuela me enseñó a diferenciarlas antes de enseñarme cuál es la mano izquierda y cuál es la derecha esas tardes que escondía golosinas en los arbustos de las gardenias para jugar a la búsqueda del tesoro?

Porque tiene razón.

—Se llaman pensamientos.

Desarmamos el campamento improvisado y nos subimos a la camioneta demasiado cansados para hablar. Zigler tiene la gorra corrida y babea contra el reposacabeza con la boca abierta luego de recorrer medio kilómetro. Delilah descansa la sien contra la ventanilla con el hocico de Schubert en su regazo. Luces aparecen en la distancia al aproximarnos a la ciudad y me inclino hacia el borde del asiento. Meto la cara en el hueco entre la puerta de Salvador y la mía, así solo él puede escucharme.

—Para que conste, todavía no me agradas —susurro.

—El sentimiento es mutuo.

Me dejo caer en el asiento con los brazos cruzados, pero a través del espejo retrovisor cruzamos miradas y sus labios se tuercen en algo parecido una sonrisa.

Se hace un poco más grande cuando la cabeza de Zig cae en mi hombro.

Tarado.

CAPÍTULO 13

HURACANES FORMADOS POR AUSENCIAS

Delilah

Luego de bañarme en perfume, toco mis labios con las yemas de los dedos mientras camino la última cuadra que me falta para llegar a casa. La boca de Salvador ya no está sobre la mía, pero su sensación persiste y quiero que nunca se vaya.

Sabía a la frescura de la menta y el dulzor de la calabaza, una combinación tan rara como él, porque ¿de dónde salió? ¿Quién lo envió? ¿Qué chico pone en un rompecabezas tus flores favoritas?

Abro el puño y estudio las irregularidades de la pieza. La tomé —o robé— en un impulso cuando Fanny confirmó que no estaba imaginando cosas como consecuencia alucinada de ese beso, sino que de verdad habíamos pasado la última hora armando un ramo de pensamientos.

—Delilah.

Cierro la mano hasta que las puntas de cartón se clavan en mi palma.

Henry está de brazos cruzados en la entrada. La luz que se filtra través de la puerta delinea su figura robusta y me encojo. Me obligo a seguir avanzando pero mis zapatos de charol de repente parecen hechos de cemento, ralentizando cada uno de mis movimientos.

Guardo la pieza en el fondo del bolsillo de mi falda y agacho la cabeza al subir los escalones. Mantengo mi bolso pegado a mi cuerpo, tensa.

Su colonia es tan fuerte que borra cada aroma que me hubiera gustado enfrascar: el champú de fresa de Fanny y la nube de talco que salió de los calcetines de Zig cuando se quitó las zapatillas sin siquiera desatarse los cordones, el chocolate caliente y la hierba del campo, el aliento a menta y la crema de afeitar de Salvador.

La sopa de calabaza de mi papá.

Contengo el aliento al pasar junto al hombre. Espero el peso de su mano en mi nuca mientras me guía a mi habitación para darme una lección, pero nunca llega. En su lugar camino a través del corredor y encuentro a mi madre recargada contra el umbral de la cocina con un repasador sobre el hombro. A mi espalda la puerta se cierra y lo oigo acercarse, pero los ojos de mamá sobre mí repelen cualquier acercamiento.

Incluso si me mira así de decepcionada.

—Cuatro veces. —Ladea la cabeza y los mechones azabaches que no llega a sujetar en su coleta caen sobre su mejilla—. Te llamé cuatro veces, ¿para qué te dimos un teléfono si ni siquiera lo usas?

Dejé el celular en casa de Fanny porque Henry tiene la aplicación para rastrearlo.

—Lo siento, lo silencié porque estábamos estudiando.

En realidad, lo hice por si él intentaba llamar. Si Aurora respondía y le decía que me encontraba en el campo con dos muchachos me iría a buscar y nunca volvería a salir.

Mamá hace algo que es atípico para ella: me sostiene la mirada. Siempre está ocupada con el trabajo o demasiado cansada para hacer más que cenar y meterse en la cama cuando llega a casa. A veces fantaseo con que si me mira lo suficiente a los ojos se dará cuenta de lo que ocurre. Algo

que se parece mucho a la esperanza me oprime el pecho. Mi corazón late más fuerte en el esfuerzo de que lo oiga.

Pero solo suspira.

—De acuerdo, la próxima…

—¿La próxima? —La risa incrédula de Henry la interrumpe—. ¿Estuvimos preocupados las últimas dos horas para que tú la dejes salirse con la suya?

La mirada de mi madre se eleva y fija sobre mi hombro. Distingo la indecisión en la forma en que entreabre los labios. Cierro los párpados con resignación, solo un segundo.

—Sabes mejor que nadie lo que pasa cuando alguien no contesta el teléfono, Priscila.

Por mucho que suavice su voz es incapaz de disfrazar la manipulación en sus palabras. Sin embargo, pasa inadvertido para mamá porque está demasiado ocupada enderezando los hombros y cruzándose de brazos como si por un momento no se hubiera encogido de la misma forma en que yo lo hago a veces. Lo único que nos diferencia es que ella trata de ocultarlo y yo deseo gritarlo.

Quiero decirle a Henry que no hable de mi padre ni de las quince llamadas perdidas que se acumulaban en su teléfono mientras agonizaba atrapado en su auto volcado entre la noche y la autopista, la vida y la muerte. Ni que se meta con esa mujer que caminaba de un lado al otro por la cocina mordiéndose nerviosa las uñas porque su esposo no llegaba ni respondía el teléfono.

Ahora las uñas que ella clava en su propio brazo son largas y ovaladas, pintadas al estilo francés y con cutículas sanas.

—Solo perdió la noción del tiempo. —Me mira—. Y no volverá a repetirse, ¿verdad? Atenderás el teléfono. Siempre.

Es raro oírla defenderme. Henry suele meterse en su mente con facilidad.

—No, lo prometo. Ni siquiera cuando esté lejos en la universidad. —La tranquilizo—. Sabrás mis horarios de clase y te avisaré antes de entrar a la biblioteca, así no te preo…

Hay un bufido divertido antes de que sienta el calor asfixiante de ese cuerpo que conocí a la fuerza.

—La universidad… —repite y sé que niega con la cabeza—. Nunca estaremos lejos, Delilah. Cuando te mudes iremos contigo. Conseguiremos una casa bonita para que no tengas que vivir en una sucia residencia.

Dos manos se deslizan sobre mis hombros y se sienten como grilletes. Contengo el aliento y busco los ojos de mamá.

—¿Eso es un hecho? —Mi voz es apenas audible.

—Nunca surgió el tema. —Se descruza de brazos para alcanzar el repasador y retorcerlo con duda—. Así que no es seguro, pero…

—Pero no hay nada por lo que quedarse en esta ciudad si no estás tú —termina él antes de darme un beso en la coronilla.

Quiero fregarme el cuero cabelludo, no me importa si lo arranco.

—Sus trabajos… —objeto con un nudo en la garganta.

—Conseguiremos otros mejores —sigue respondiendo mi padrastro—. Lo importante es permanecer juntos en familia.

Es como si alguien acabara de tomar aguja e hilo para coserme por dentro. No me entra aire por la nariz ni por la boca. Las palabras no salen de mi garganta y el estómago se me cierra. Mi corazón desborda de pánico al sentir que los pulmones y costillas se comprimen a su alrededor, y por

mucho que luche para hacerse un espacio solo logra sofocarse más rápido, hasta retorcerse con cada latido.

Henry y mi madre siguen hablando, pero el zumbido en mis oídos me impide saber qué dicen. Digo que necesito ir al baño, ¿o lo imagino?

El pasillo es más largo de lo que recuerdo y aunque tengo la visión borrosa, intento no aferrarme a las paredes para no delatar que estoy mareada. Entro al baño y apoyo la espalda contra la puerta. Un sudor frío me recorre la columna cuando me dejo caer en el piso. Las baldosas están heladas y pienso que esa sensación debería calmarme, como una anestesia, pero solo puedo pensar en lo mucho que me tiemblan las manos.

Se supone que en un año mi vida será mejor.

La única forma que encontré para atravesar lo peor fue pensar en el futuro, creer que al crecer me alejaría de todo lo que conozco y podría empezar de nuevo, pero el pasado te persigue si huyes de él. La única forma de impedirlo es hacerle frente.

Y yo no puedo hacer eso.

Me cuesta respirar. Mi suéter me sofoca, demasiado apretado y caluroso, me lo saco —no, me lo arranco— con manos temblorosas. Las lágrimas se acumulan en mis ojos aunque me esfuerce por no llorar.

Nunca contemplé la idea de que esta podría ser mi vida para siempre.

Atraigo las rodillas al pecho y las envuelvo con mis brazos para hundir la cabeza en ellas y ahogar el llanto. Si hay algo peor que no saber qué hacer es ni siquiera tener la posibilidad de hacer algo. Intento apaciguar el ataque de pánico pensando en algo que me calme porque no quiero llamar la atención.

La imagen de mi papá en el espejo retrovisor se materializa en mi mente. Solía dormirme en el auto. Unas cuadras antes de llegar a casa, despertaba con la suave vibración del motor, aunque fingía seguir dormida porque estaba somnolienta y no quería caminar. Era mala actriz y mi padre lo sabía, pero me cargaba de todas formas. Se ocupaba de quitarme los zapatos y apretar las mantas a mi alrededor como una oruga que se mete en su capullo. Aunque yo ya había pasado esa etapa de la metamorfosis, y tenía alas para bajarme del auto sola y quitarme mis propios zapatos, pero supongo que de eso se trata el amor: hacer algo lindo por el otro incluso cuando sabes que puede hacerlo solo.

Apoyo la cabeza contra la puerta. Tal vez no debí pensar en eso. La nostalgia agrava el dolor, ya nunca lo volveré a ver, jamás le daré un abrazo de nuevo. Sin embargo, la idea de haber sido feliz una vez me alienta a creer que existe una pequeña posibilidad de que vuelva a serlo algún día.

Cuando la pérdida llega suelen decir que tienes que ser fuerte para resistirla. Creo que es al revés: hay que darse por vencido. Ser débil. Echarse al piso a llorar. No salir de la cama por una semana —o dos, o tres —. Enojarse, gritar, entumecerse, romper algo… Porque fuiste lo suficientemente afortunado de llegar al mundo y ser acunado por un par de brazos que te querían, y luego te arrebataron el amor de golpe. Debes sentir el desconcierto sobre cómo seguir o si alguna vez seguirás; alguien que marcó tu vida de esa manera merece que su ausencia se sienta como un huracán.

Y amamos a las personas desde la vulnerabilidad. No desde la fortaleza. El duelo se completa al aceptar que esa persona ya no está, no fingiendo que nunca existió. Es algo que mi madre todavía no comprendió.

Henry llegó demasiado rápido a su vida y ella lo invitó a pasar para llenar el vacío, uno del que él se adueñó y aprovechó como lo hizo conmigo.

Saco la pieza de rompecabezas y le doy vueltas entre mis dedos. Hoy fui feliz una tarde entera. Aunque un par de horas no son nada comparado a una vida, es algo a lo que aferrarme.

Las lágrimas de impotencia vuelven a acumularse en mis ojos. Me prometo que, si no me libero en la universidad, me liberaré cuando la termine. En algún momento. Esto no será así para siempre.

En unos años mi vida será mejor.

El teléfono viejo que asoma de mi bolso se ilumina. Fanny dibujó algo en Love.on.note: hecha de palillos, está en cuclillas para usar la naturaleza como baño. Tiene el ceño fruncido tan exagerado como los dibujos animados. Yo también estoy ahí, haciendo lo mismo que ella mientras brindamos con… ¿huesos? ¿Son fémures? Y creo que la bola amarilla que mueve la cola detrás de un árbol es Schubert.

Me roba una risa suave por lo desagradable que es y aprovecho el momento para limpiarme las lágrimas.

En paz descansen Zig y Salvador (el último no tanto), los sacrificamos para tener con qué alimentarnos, por eso no están en el dibujo.

Hago un corazón hecho de más huesos y escribo dentro:

MAC (mejores amigas caníbales).

Aprieto la pieza de rompecabezas contra mi pecho y le envío la nota en el momento en que intentan abrir la puerta del baño.

CAPÍTULO 14

MAPA HACIA LA CURVA DEL CUELLO QUE UN DÍA BESASTE

Fanny

Tropiezo con el aspersor y me piso los cordones al correr. Zig me espera en la vereda de enfrente mientras inspecciona el cielo con un ojo cerrado por la luz del sol.

—Lloverá —dice.

Busco nubes de tormenta sin encontrar ninguna.

—Si quieres manifestar algo, manifiesta aprobar el examen de hoy.

Resopla, pero nos ponemos en marcha. Intento repasar en mi cabeza qué son las células haploides y diploides porque siempre las confundo, pero tener al lado a un morocho de un metro ochenta y cinco que ayer me dijo "nunca quise nada porque siempre te tuve a ti" puede distraerme.

Considero hacer un segundo intento de vomitarle mis sentimientos. Sin embargo, como soy la creadora de miedos más premiada del planeta, me pasé la noche entera preguntándome qué hacer si me corresponde.

Desde que me gusta Zigler tiendo a fantasear cómo sería estar juntos. Soñar en lugar de vivir una relación alimenta expectativas que son peligrosas, porque vives idealizando lo que podría ser. Soy consciente de que si le digo que estoy enamorada y él me corresponde conoceré la mejor sensación del mundo, pero el tiempo pasará y compararé esa relación ideal

que fabriqué en mi cabeza con la actual. Y quizás no me guste. Puede que la realidad no siempre sea mejor que la fantasía.

Entonces me habré decepcionado sola, ya no querré estar más con él y nuestra amistad estará arruinada para siempre por mi culpa.

Ese es el primer escenario imaginario que fabriqué. Hay uno en el que él me engaña, otro donde yo lo engaño a él. Y un cuarto donde uno de los dos muere.

Si nos besamos y a ninguno le gusta, ¿nuestra relación se volverá incómoda y nos distanciaremos?

Preferiría meter mi cabeza en el horno junto a mi budinera antes que ver a mi persona favorita transformarse en un extraño. Mamá diría que soy una exagerada y yo nunca admitiría que tiene razón, pero es verdad. Pienso en el peor desenlace cuando ni siquiera leí la primera página del libro. Supongo que es mi forma de protegerme.

A veces sabes que la historia valdrá la pena y la idea de que tenga un final resulta aterradora. Alguien valiente la viviría porque entiende que la profundidad de la tristeza es equitativa a la alegría de la experiencia. Sin embargo, yo guardo el libro en el estante y espero a estar lista.

Solo espero que la vida no se me pase esperando.

—¡Fanny!

Esquivo el poste de luz a tiempo. Zig lanza un suspiro de alivio antes de echarse a reír. Le dedico una mirada asesina como todos los días, a pesar de que me cuesta fingir enojo cuando oigo su risa.

—Tienes la cabeza en cualquier lado.

Y los sentimientos. Y las mariposas que me causas. Y los apuntes que debería haber estudiado.

Nos acercamos a nuestra siguiente parada, pero Zig comienza a caminar más lento y me pasa un brazo por los hombros.

—Me gustó la cita doble. Deberíamos planear otra, Salvador es fantástico.

—Fantástico para usar como escudo humano si hay un tiroteo…

Me da un pequeño golpe con la cadera.

—No seas mala.

—¡No seas tan fácil! —Le doy un empujón que apenas logra moverlo —. Caíste más rápido en su encanto que Delilah.

—Tiene un tatuaje en el cuello, un perro, sabe conducir y es tremendo en el *hockey* de mesa. Admite que perdiste contra él, no recuperarás a Monita.

—¿Qué...? ¿Cómo sabes que es bueno en el *hockey* de me…? —Sacudo la cabeza para no irnos por las ramas—. Da igual. Yo también puedo tatuarme el cuello.

—Tu madre te lo cortará en cuanto lo vea.

—Y conseguiré un perro.

—Que tu gato maligno se comerá en el desayuno.

—Y sacaré la licencia.

—No tienes ni bicicleta.

Me detengo frente al camino que desemboca en la casa de tejas azules y abro la boca, pero él levanta un dedo.

—Perdiste, admite la derrota y acepta el premio consuelo.

—¿Qué premio?

Pone boca de pato, cierra los ojos y finge que me besará. Por un segundo mi cerebro no registra que es una broma y aprieto los puños a cada

lado de mi cuerpo. El pánico me tensa y sopeso darle un puñetazo, pero su pose se desarma cuando no resiste la risa y puedo, por fin, reaccionar.

—Suena como un castigo.

Esta vez sí deja que lo empuje. Entretenido, se aleja para agazaparse detrás del auto del vecino. Con el corazón desbocado me paso una mano por la trenza para calmarme.

"Idiota" articulo sin palabras.

"Te amo" responde de la misma forma al hacer un corazón con las manos.

Qué payaso. Niego con la cabeza y me cruzo de brazos en mi mejor esfuerzo por ignorarlo y concentrarme en la puerta que hay al final del camino. Sin embargo, pasa un rato y no se abre. Deslizo la mirada a la ventana de la cocina porque Delilah suele ver que llegué por ahí.

Las cortinas están cerradas.

Miro el reloj en mi teléfono para asegurarme de que llegamos a la misma hora de siempre. Henry ya debería haberse ido a trabajar, pero escondemos a Zig porque a veces tarda cinco o diez minutos extra en salir. Y sé lo que sucede en ese tiempo.

Mi zapatilla rebota inquieta sobre la tierra y miro inútilmente con intensidad la puerta como si eso fuera a romper las leyes de la física y derribarla. *No entiendo, ayer recibí el dibujo de Love.on.note*. Ella estaba bien, tan bien como se puede estar en el infierno.

—Vamos, Delilah —susurro.

Pero no sale.

Mi mente se transforma en mi peor enemigo e imagino algo terrible. Por el rabillo del ojo noto que Zigler se da cuenta de que algo anda mal.

Intenta ponerse de pie, pero sacudo la cabeza. La puerta comienza a abrirse, y cuando estoy segura de que Delilah saldrá por ella, veo a Henry.

—No irá hoy.

En años no me ha dirigido más que un hola y un adiós al cruzarnos en esta misma vereda. Siempre lució como un hombre más, pero saber lo que hace a puertas cerradas me pone nerviosa. El odio que le tengo es vencido por el miedo que me hace clavar las uñas en mis palmas.

—¿Por qué? —me apresuro a decir cuando tiene intención de regresar adentro.

No esperaba la pregunta y se esfuerza en camuflar su expresión. Abre un poco más la puerta y sale a la entrada con las manos en los bolsillos de su traje.

—Se siente mal.

Solo puedo pensar que mi amiga está en esa casa a solo unos metros de mí. Quiero distraerlo y que se quede en el patio conmigo con tal de que no vuelva dentro con ella, incluso si mi corazón amenaza con romper su propio límite de velocidad.

—¿Por…? —Trago saliva—. ¿Por qué?

Me cuesta mantener el mentón en alto y no retroceder cuando avanza hacia mí. Parece crecer con cada paso que da. Es un gigante en un traje de ejecutivo.

—¿Es lo único que sabes decir? —Ríe—. Habrá que ampliar un poco más ese vocabulario en tus sesiones de estudio.

Odio verlo. Odio cómo me mira. Odio que respire el mismo aire que yo. Odio no poder reaccionar como quiero. Cuando lo enfrento en mis fantasías le doy un rodillazo en la entrepierna. Una bofetada. Un gancho derecho. Un cabezazo. Le perforo un ojo o el estómago con un sorbete.

Sin embargo, en la realidad, estoy paralizada.

Esto es una laguna en comparación con el océano donde Delilah nada cada día. No sé cómo lo soporta.

—Y solo para que conste… —Me mira a los ojos y temo que encuentre el miedo que siento escondido en ellos—. Si mi hijastra vuelve a llegar tarde supondré que es tu culpa, Fanny.

"La próxima vez habrá consecuencias", es lo que oigo. Pero quizás ya las hubo y es mi culpa, fui yo quien planeó la cita doble. Me sonríe como estuviéramos compartiendo una broma privada, en lugar de un adulto amenazando a una niña, y se gira para cerrarme la puerta en la cara.



El parque para perros no está tan concurrido como cuando venimos por la tarde. Me siento en la sombra de un nogal y sigo con la mirada los fragmentos de luz que se mueven por mis piernas. El otro extremo del banco está vacío.

Reviso una vez más las notificaciones de mi celular, pero ninguna es de ella. Puedo reprimir las ganas de escribirle y llamarla porque sé que Henry está con ella, y si llegara a darse cuenta de que Delilah tiene un teléfono escondido no puedo imaginarme cómo reaccionaría. Subo el volumen del mío porque siento que es lo único que puedo hacer y silencio el contacto de mamá cuando empieza a llamarme.

La escuela debe de haberle avisado que no llegué a clase.

Cuando Zig me preguntó por qué estaba tan tensa le dije que me había bajado la regla y creía haberme manchado. Vaciló un momento, pero luego me ató su campera en la cintura y me costó diez minutos convencerlo de que no tenía que acompañarme a casa ni esperarme.

—Lo siento, es muy confianzudo.

Estoy cayendo a tanta velocidad por mi espiral de pensamientos que no me doy cuenta cuando alguien me habla hasta que siento un lengüetazo en la rodilla. Schubert me mira desde abajo y una mujer lo toma por el collar para alejarlo, aunque sus movimientos se ralentizan al verme.

—¿Estás bien?

Temo que pueda leerme la mente, pero mis lágrimas me delatan. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

Me limpio con las mangas de la campera. Huele a Zigler, lo que por algún motivo aprieta el nudo en mi garganta. La señora se sienta del otro lado del banco y es fácil ver el parecido entre ella y Salvador. Tienen la misma nariz, solo que la suya no está agujereada. El perro se acomoda entre sus piernas y ella le acaricia una oreja mientras el pulgoso no deja de mirarme.

—Tengo un hijo de tu edad. No le gusta hablar conmigo sobre lo que le afecta porque soy su mamá. Cosas de la adolescencia, creo.

—A mí tampoco me gusta hablar de esas cosas con mi madre.

Las comisuras de sus labios se tuercen hacia un lado, por si tenía dudas del parentesco genético que tiene con mi archienemigo.

—Es bueno entonces que tú no seas mi hija ni yo tu mamá.

Le sostengo la mirada un momento, indecisa. Luego la bajo a mis manos. No sé hace cuánto tiempo he estado aquí, pero fue el suficiente para quitarme casi por completo el esmalte de las uñas.

—¿Harías lo correcto aunque eso significa lastimar a alguien que quieres? —pregunto en un susurro después de un rato.

No quiero perder la confianza de Delilah, pero temo perderla en un sentido mucho más grande si me quedo callada.

—Hacer lo correcto siempre lastima un poco a alguien, pero ¿sabes qué daña más profundo y de lo que cuesta el doble recuperarse? El remordimiento.

El daño que Henry le causó es irreversible. Cuando intenté convencerla de denunciar me dijo que no importa si te sucede una vez en la vida o durante años. Las secuelas pesan con la misma intensidad. Aunque creo que es cierto, me parece que lo dijo para disuadirme y que aceptara aguantar el peso del secreto hasta la graduación, pero… Ya no sé si puedo.

—¿Cómo te llamas?

—Frances, pero me dicen Fanny.

—Bueno, Fanny... —Se acomoda un rizo detrás de la oreja—. Muchas veces estamos a una decisión de una vida completamente diferente. Tenlo en mente.

Miro a Schubert hasta que la mamá de Salvador se lo lleva, miro las nubes que transitan hasta que cambian de color, miro mis zapatillas hasta que llego a casa horas después. Si decido ir con la policía, en teoría Henry desaparecería… Pero en la práctica muchas cosas pueden salir mal. Delilah podría negarlo todo por miedo a que él las lastime a ella o a su mamá. Se alejaría de mí y ya no tendría a nadie en quien confiar.

Además, podría no haber pruebas suficientes para condenarlo. Podría pagar la fianza y seguir en libertad mientras espera un juicio. Podrían darle una pena baja. Podrían dejarlo salir antes por buen comportamiento, no sería la primera vez que la justicia le falla a un niño o una mujer.

Delilah me pidió que fuera la primera persona en respetar su *no*. Lo intento desde ese día porque quiero ser la amiga que ella quiere, pero quizás debería ser la amiga que ella necesita. *¿Soportaría que me odie sabiendo que estará a salvo?*

Me paso una mano por la frente, frustrada. ¿Estoy en el lugar de señalarla como víctima y exponer su historia al mundo? ¿No es obligarla a que cuente ante su mamá, Zig, nuestros compañeros de la escuela, la policía, un jurado y quién sabe cuántos extraños más cada detalle de los peores momentos de su vida?

Frente a Salvador.

Pero ¿los que saben qué sucede y se quedan callados no son cómplices? ¿No lo soy yo? Podría haberle evitado repetir ese infierno tantas veces si tan solo… Tironeo mis trenzas y recuerdo el temblor en su voz cuando me rogó que la respetara. Que no la pasara por encima. Que no violara su derecho a decidir.

Tal vez pueda aguantar hasta la graduación como prometimos, igual que mamá prometió darme La Caja, de la que siempre habla misteriosamente, al cumplir dieciocho. Nos iremos a la universidad y ella jamás volverá a ver a esa bestia.

—¿Creíste que no me llamarían? —Es lo primero que oigo, sin haber sido capaz de cerrar la puerta.

Ignoro a mi madre y atravieso la cocina. Me duele la cabeza. Necesito dormir y dejar de imaginar cosas. Sin embargo, las pisadas me siguen a través del pasillo.

—Dijeron que sin una justificación desaprobarías el examen de hoy —sigue.

—Espero que hayas inventado una buena excusa.

Henry arrincona a Delilah.

—La que tiene que dar una buena excusa eres tú, porque de otra forma estás castigada. ¿Dónde estabas?

El rostro de Delilah está apretado contra la pared.

—Por ahí. —Lanzo la mochila al piso y me tiro boca abajo en la cama.

Mamá y su pelo rojizo y recogido en un moño me señalan erguidos, pero solo pienso en que *Henry levanta la falda que Delilah usa para ir a la escuela*

—No me provoques.

—No lo hago, estoy respondiendo a tu pregunta. —Me aferro a la almohada y hundo el rostro en ella para que mi hilo de voz parezca el tono de una adolescente desinteresada—. No es mi culpa que no te agrade la respuesta.

La tensión irradia de ella como una estufa y la oigo inhalar hondo para no perder el control.

Pero también oigo a Delilah llorar.

—¿Por qué faltaste al examen?

—Porque… —Levanto el rostro y me encojo de hombros—. Porque es estúpido. ¿Crees que mi capacidad para diferenciar células o memorizar fechas de nacimiento de personas que llevan quinientos años muertísimas determina cuán inteligente soy? ¿Sabes cuántos de mis compañeros hacen trampa? El sistema educativo es…

—¡Solo dime por qué, Fanny! —explota—. Tu única responsabilidad es la escuela, no te pido más que eso. ¡No entiendo por qué no te esfuerzas!

—Sí me esfuerzo.

Tirón. Golpe. Embestida. Llanto.

—No, Fanny. No lo haces.

—¡Si tan importante te parece estudiar hubieras cerrado las piernas o me hubieras abortado! Así no me culparías por tener que conformarte con ayudar al abuelo en la relojería en lugar de ir a la universidad. ¡Estoy cansada de que proyectes tus malditos sueños frustrados sobre mí! ¡Déjame en paz!

Retrocede como si la hubiera abofeteado.

Tirón. Golpe. Embestida. Llanto.

Tirón. Golpe. Embestida. Llanto.

Tirón. Golpe. Embestida. Llanto.

—Si hay algo más, algo que no me estás diciendo…

—¡No hay nada! —Estallo al sentarme, pero mis ojos me traicionan y se llenan de lágrimas.

Se queda inmóvil.

—¿Entonces por qué…? —susurra.

—¡Porque no me importa, mamá!

No hay algo que podría importarme menos que mi vida cuando todo lo que puedo pensar es en Delilah.

Bajo de la cama y la evado cuando intenta acercarse. Me esfuerzo cada día por estar en una pieza para mi mejor amiga, pero empiezo a flaquear y estoy por derrumbarme. Sin embargo, hay algo llamado memoria muscular. Cuando repites una serie de movimientos las veces suficientes, tu cuerpo la memoriza hasta que puedes hacerla sin pensar.

Quizás por eso piso los cordones de mis zapatos de camino a casa de Zig. Quizás por eso golpeo la puerta. Quizás por eso mis brazos se deslizan

a su alrededor apenas la abre.

Y él deja que llore.

He olvidado a dónde ir, qué hacer y quién soy miles de veces, pero de la forma más visceral que existe recuerdo cómo volver a él. Tal vez es porque cuando quieres a alguien conservas una parte suya en alguna otra parte tuya.

Sé lo que tengo que hacer. Por eso lloro incluso más fuerte.

No es hasta que mi llanto se calma que toma mi mano y me guía por las escaleras hasta su habitación en un zig-zag para esquivar los juguetes de sus hermanos. Me sienta en una silla, arrima una caja de pañuelos al borde del escritorio y se arrodilla frente a mí.

—Te dije que iba a llover —dice al atrapar una de mis lágrimas con el pulgar—. ¿Qué te pasa?

Me mordisqueo lo que queda de mis uñas antes de volver a sus brazos casi con desesperación.

No sabía que podía llorar tanto. Es como si tuviera el océano Atlántico escondido detrás de los ojos. Zigler me acomoda entre sus piernas y me acaricia el cabello. A veces alguien te cede su cuerpo de abrigo y sus brazos como cuna. Te mece al ritmo de la canción que orquesta su pecho y vibra para aplacar el pánico. Oyes desde la almohada en la que convertiste su hombro que el fin del mundo no golpeó tu puerta aún; que, aunque él o ella no saben cómo, cuándo ni dónde, pueden prometer que ese dolor que sientes no será para siempre. Pero la tristeza arde —asfixia, desgarra, infecta, quiebra— tanto que no les crees. Usas de refugio la curva del cuello que un día besaste y limpias el rastro de amor con la sal del desamparo.

Pasa un minuto, una hora y luego un día.

Una semana, un mes y un año.

Esa persona no te suelta. Ni siquiera cuando dejas de necesitar el abrigo y detienes el mecer de la cuna. Ni cuando dejas de precisar la orquesta para dormirte. Ni cuando desunes el pesar de la almohada. Tampoco cuando asomas el rostro por la curva del cuello y espías qué quedó de ti.

Permanece ahí hasta que ves que el fin de un mundo puede ser el comienzo de otro. Se queda mientras lo reconstruyes ladrillo a ladrillo y se mantiene a solo un paso de distancia en caso de un nuevo derrumbe.

Tardo una vida en formar la primera palabra, pero le cuento a Zig la verdad.

CAPÍTULO 15

PIES QUE HAN CAMINADO DEMASIADO

Delilah

El agua sale tan caliente que apenas soporto mantenerme de pie bajo la ducha. Friego la esponja contra mi cuello y mis pechos hasta que arden. Cuando llego al interior de mis muslos espero que se abran agujeros en mi piel, pero eso no ocurre, en su lugar se deslizan gotitas de sangre que se pierden en el drenaje.

Sin aguantarlo me echo contra el rincón donde la lluvia no llega. El frío de los azulejos contra mi espalda es un respiro para el escozor de mi cuerpo enrojecido. Paso las manos por mi cabello y me sobresalto al oír algo.

Cierro la llave y abro tan rápido la cortina que casi resbalo. Mi pulso se dispara y las manos me tiemblan mientras me envuelvo en una toalla. La ajusto tanto que a mi pecho le cuesta subir y bajar. Sé que no importa si estoy vestida o desnuda. Nunca se trata de la ropa. Sin embargo, no puedo dejar que Henry me vea así. Es capaz de creer que es una invitación para que…

Otra vez el sonido. Una luz traspasa la tela de mi pijama. Levanto el teléfono, al ser viejo la batería le dura tan poco que murió anoche, pero el único lugar de la casa donde me siento segura cargándolo es aquí porque la

puerta tiene pestillo. No me arriesgo a hacerlo en mi cuarto ni siquiera cuando Henry se marcha a trabajar.

Mi padrastro sabe cuánto ansío salir de la casa, por eso llamó a la escuela por la mañana para decir que estaba enferma, como una forma de castigarme por llegar tarde luego de la cita.

Contengo el aliento al leer el nombre de Salvador en la pantalla.

No sé si debería decir esto...

Aparecen tres puntos mientras escribe, me siento sobre el inodoro sin quitar los ojos de la pantalla.

Nunca me gustó la escuela porque madrugar no es lo mío, pero desde que te conocí despierto antes de que suene la alarma porque no aguanto las ganas de cruzarte en el pasillo.

Dios. Dios. *Dios*. Una sonrisa tonta me adorna la cara.

Definitivamente no deberías haberlo dicho, ahora no podré quitármelo de la cabeza.

Entonces no me arrepiento.

Me gusta que pienses en mí porque yo

siempre pienso en ti.

Me llevo el celular al pecho como si pudiera guardar el mensaje en algún cajón de mi corazón, pero vuelve a vibrar y lo alejo para leer:

¿Puedo pasar por tu casa hoy?

Mi sonrisa se borra.

Esos segundos apenas despiertas por la mañana y no recuerdas quién eres, cómo es tu vida ni qué pasó ayer. Para personas como yo, esa pequeña amnesia es un alivio. Sin embargo, en cuanto la somnolencia se disipa, los recuerdos llegan y te golpean como nunca. Recuerdas que no escapaste del dolor.

Ocurre eso mientras releo el mensaje. La impotencia que intenté lavar de mi cuerpo brota de cada poro de nuevo, igual que el miedo mientras deslizo los ojos hacia la puerta. Salvador no puede aparecer por aquí. Además, cree que mi casa es la de Fanny.

Ella sabe cuándo Henry se sobrepasa, y que me mire con esa lástima que no logra ocultar es humillante. Me gustaría evitarla y solo enviarle un mensaje, pero debe de estar asustada. Pasaré a saludarla para que vea con sus propios ojos que estoy bien, aunque no me quedaré.

Hoy más que nunca deseo evitar pensar en lo que ocurre aquí.

Quiero volver a sentir lo mismo que sentí en la camioneta con Salvador, nada más.

Schubert se sentiría abandonado, ¿y si voy

yo a tu casa?

Trato, te paso a buscar.

No hace falta. Estaré de tutora de Christine, vive cerca de ahí.

La mentira es un pinchazo en mi estómago, pero lo ignoro.

¿Cómo sabes que está cerca? No te di la dirección aún.

Te investigué.

Es buen momento para advertirte que estás metiéndote con una agente del FBI.

Me declaro culpable de todos los cargos, arréstame.



Aurora está inclinada rastrillando las hojas que hay debajo del trampolín cuando la saludo. Se sobresalta y doy un respingo hacia atrás.

—No era mi intención asustarte. —Levanto una mano a modo de disculpa—. Quería saber si podrías llamar a… —Las palabras se desvanecen al encontrar sus ojos apagados y su boca sin rastro de brillo labial. Ni siquiera lleva sus botas vaqueras—. ¿Estás bien?

—Sí, cariño. —Se pasa la mano por el rostro e intenta aparentar normalidad, pero en la voz se le nota que algo pasó—. Fanny no está aquí, búscala en lo de Zig.

Asiento, aunque no me muevo. Intento evitar entrometerme en la vida de las personas porque no me gusta que se entrometan en la mía, pero pocas veces he visto a Aurora Shapiro afectada por algo.

—¿Pelearon? —adivino.

Deja su tarea mientras debate qué decirme o, más bien, qué decirse a sí misma. Aparta la vista y contiene el aliento unos segundos antes de desinflarse.

—Hace diecisiete años que ejerzo el rol de mamá y la mitad del tiempo no sé qué estoy haciendo. —Resopla sin humor—. Quizás a veces debería poner en práctica mantener la boca cerrada.

—¿Conoces algún silencio que haya arreglado un problema?

Es pequeña, pero la respuesta le roba una sonrisa y relaja las líneas de preocupación de su frente.

—¿Qué hay de ti? —cambia de tema y se acerca para echarme un vistazo antes de tomar mi mano y hacerme dar una vuelta—. Mirá lo bonita que estás, ¿no tendrá algo que ver con ese chico agujereado?

A pesar de que Fanny debe dejar de referirse a Salvador así porque se lo está pegando a todo el mundo, me cuesta ocultar la emoción.

—Siempre nos costó hacerte sonreír. —Se demora más de lo habitual en soltar mi mano, no sin antes darle un apretón—. Que alguien lo logre

con tanta facilidad me intriga un poco. Algo especial debe tener.

—Sí, aunque no sé qué es.

—No saber describirlo con exactitud es lo que lo hace especial. —Descansa las manos en el mango del rastrillo y apoya el mentón sobre ellas —. ¿Es amable contigo, Lilah? Bien —susurra al leer mi rostro, y se demora un segundo en mis ojos para estar segura antes de enderezarse y adoptar un tono más animado—: Es como tiene que ser. Además, no le conviene tenerme de enemiga.

A ningún Shapiro, en realidad.

Más que caminar, siento que floto hacia la casa de Salvador luego de la conversación.

Aliso mi falda y oigo las patitas del perro antes de que el muchacho abra la puerta. Apoya su espalda contra ella mientras me invita a pasar con una sonrisa apenas perceptible.

Su cabello mojado delata que acaba de salir a la ducha. Huele a… ¿vainilla? Y crema de afeitar. Intento que no note lo mucho que inhalo su aroma cuando paso junto a él. Por un momento sus pies descalzos quedan enfrentados a mis incómodos zapatos de charol, con Schubert en medio. Retuerzo la correa de mi bolso mientras inspecciono su atuendo: un pantalón de pijama a cuadros y una camiseta blanca sobre la que descansa su collar de la cruz.

Él es tan sencillo y yo tan complicada. En todos los sentidos.

Hay un breve silencio antes de que ambos dejemos escapar una risita. A pesar del cosquilleo que me recorre siempre que me mira, mis músculos se relajan. Por la falta de voces y sonidos, creo que está solo en casa.

—¿Vamos a mi cuarto o prefieres quedarnos aquí abajo?

—Cuarto.

Me ofrece una mano y el perro empuja su hocico contra mi muslo animándome a tomarla.

Me guía a través de una sala con molduras, obras de arte y velas derretidas que se usan más de lo que decoran. Hay un piano de cola y un sillón en forma de L bajo del que asoman los juguetes de Schubert, que nos deja atrás para tomar agua mientras subimos las escaleras.

La mano de Salvador aprieta la mía mientras ojeo las fotos que cuelgan de la pared: él de pequeño revolviendo una olla de salsa con la ayuda de su abuela, su papá con el diploma de la universidad, su mamá con los brazos abiertos sentada sobre el piano de la sala, él y sus padres con bonetes frente a un pastel en su cumpleaños número trece.

¿Cuándo fue la última vez que festejé en mi cumpleaños?

Llegamos a la planta alta donde empuja una puerta entreabierta. Es la primera vez que estoy en la habitación de un chico y no es como esperaba.

Creí que las almohadas no tendrían fundas y que la cama estaría deshecha, que habría medias sin su par esparcidas por ahí, una caja de pizza vacía y envoltorios de golosinas arrugados en el escritorio. También un olor raro, pero no es así. Está limpio. Solo hay una taza de té a medio tomar junto a un portasahumerios de cerámica responsable del olor a vainilla. Luces asoman del teclado, el monitor y la CPU: los colores serpentean sobre las paredes pintadas de azul. Junto a la cama de Schubert hay un par de borcegos tirados. Salvador es minimalista, no precisa mucho, pero lo que tiene realmente lo representa.

Por eso es una sorpresa ver dos pósteres de anime.

—Así que *otaku*… Quién lo hubiera dicho.

Enciende la lámpara de sal que hay en la mesa de noche porque el atardecer no tardará en borrarse de la ventana. Se sienta en la cama y me lanza una mirada de advertencia que me obliga a morderme el interior de la mejilla para no reír.

—Te conté sobre el local de comida japonesa frente al edificio donde vivíamos con mi mamá y mi tata. El repartidor se llamaba Kenji y era el hijo adolescente del dueño. Las noches en que no había tantos pedidos y mi madre no iba al club solía sentarme con él en la vereda. Me prestaba un auricular y veíamos las series desde su celular.

Estudio los trazos en el póster.

—¿Por eso tus tatuajes?

—Kenji tenía diecisiete, pero lo consideraba mi amigo. Tenía este mismo en la muñeca.

Giro para verlo trazar con el dedo índice su cuello. Mi peso hunde el colchón cuando me siento a su lado. De repente noto que quizás me senté demasiado cerca porque mi respiración llega a su piel como una brisa y los vellos de su nuca se erizan.

—*Henko*. —Baja la voz—. Simboliza un cambio sin retorno, un punto de inflexión, lo que ocurre cuando sobrepasas el miedo. Me recuerda a cuando mi padre regresó luego de varios años. Sentía que no había respirado en todo ese tiempo y que con él aquí la vida sería diferente, y así fue.

Se aferra al borde de la cama y los músculos de sus bíceps saltan. Mis ojos bajan a la manga de la cual asoma el otro tatuaje.

—¿Y qué hay de ese?

—*Amaoto*, la calma sensación del sonido de la lluvia.

Recuerdo la carrera de las gotas en el cristal de la biblioteca, cómo debía esperar en el auto.

—Si tuvieras que hacerte un tatuaje, ¿qué te harías? —pregunta.

Lo medito mientras desabrocho las hebillas de mis zapatos. Henry dice que las zapatillas no son femeninas y se negó a comprarme unas cuando se lo pedí. Solo puedo usar zapatillas los días que tengo educación física, y las que tengo son viejas y me aprietan demasiado.

Salvador baja hasta sentarse en el piso frente a mí:

—Tú concéntrate, yo me encargo.

Envuelve con una mano mi pantorrilla y saca el zapato con la otra. Su tacto es tibio como la sensación de pasar frente al horno encendido mientras esperas que se haga la cena.

—De pequeña no podía pronunciar mi nombre. Papá decía que cuando me preguntaban cómo me llamaba solo me salía balbucear "Didi". Entonces empezó a llamarme así, incluso al crecer. Me tatuaría eso o una calabaza por la sopa, aunque dudo que una hortaliza quede bonita.

—Al contrario, cualquier cosa sobre ti quedaría bonita. —Me quita el otro zapato—. Didi… —prueba la palabra y chasquea la lengua—. Me gusta.

Nadie me había llamado así desde que él falleció. No sabía la falta que me hacía escucharlo hasta ahora.

Intento sonreírle, pero una mueca desvía mi expresión cuando roza mi talón. Los pies siempre me duelen por el calzado, que también me lastima los talones. Debo cambiar las curitas todos los días y Salvador nota que hay una a pesar de las medias. No dice nada, pero pasa el pulgar sobre ella con cuidado.

—¿Cómo era él? —Suaviza el tono.

Tenía la cara un poco desordenada. Una ceja más espesa que la otra, los ojos chiquitos, como yo, y que parecían más grandes cuando usaba anteojos. El atisbo de las entradas en la frente, la nariz con un pequeño sobrehueso que me gustaba trazar con el dedo y un espacio entre las paletas… Todas esas cosas están nítidas en mi memoria gracias a las pocas fotos que tengo, las únicas de las que Henry no pudo deshacerse, pero otras empiezan a desvanecerse con el paso del tiempo: su voz, su forma de caminar, el sonido que hacía al estornudar.

Trago saliva y le sostengo la mirada al chico que me observa con tanto interés y tan poca prisa. Sus manos se deslizan hasta ahuecar el arco de mi pie. Antes de que pueda preguntarle qué hace empieza a masajear con la presión justa. Me recorre un escalofrío que se lleva consigo toda la tensión acumulada en mis nervios.

Cierro los ojos un segundo y me esfuerzo por hurgar en mis recuerdos.

—Hacía caras chistosas cuando mamá nos daba la espalda. Le encantaban los crucigramas y cortar el césped los domingos. Era paciente para peinarme y delgado para lo mucho que le gustaba comer. Cocinar era su lenguaje del amor, como el de Fanny.

Resopla.

—¿Crees que él me hubiera odiado tanto como ella?

Le doy un golpecito en el pecho con el pie libre, que atrapa sin esfuerzo.

—No te odia, solo me cuida.

Me mira con tanta suavidad que mi corazón se expande. Me siento como cuando el príncipe se arrodilló para ver si el zapato le calzaba a Cenicienta, me pregunto cuánto tardará en descubrir que todo lo que me rodea también está hecho de calabazas.

—Cuando murió todo cambió —confieso y flexiono los dedos de los pies, pensativa—. Mamá se sumergió en el trabajo y metió a mi padrastro en la casa porque no podía lidiar con la ausencia de una cama vacía.

El movimiento de sus manos se ralentiza, aunque no se detiene.

—¿Te llevas bien con él?

Vacilo como si acabara de oír el motor de la camioneta de Henry llegar por la cuadra.

—Es… —Niego con la cabeza—. Estricto conmigo. Y hace que mi madre lo sea también. Para que te des una idea, no les agradaría saber que estoy aquí. Desde que están juntos no me gusta mucho estar en casa. No tengo nada propio ahí ni que me haga feliz.

Todo está controlado, monitoreado, decidido por ellos —*él*— en mi nombre.

Sus manos cálidas rodean mis tobillos con delicadeza y sus ojos son dos gotitas de la miel más dulce y espesa al mirarme.

—Pues ahora tienes algo que nadie puede quitarte.

—¿Qué cosa?

—A mí.

CAPÍTULO 16

NO FUE AMOR A PRIMERA VISTA

Delilah

El sol se despide a través de la ventana. Una luz suave y fría baña la habitación de color púrpura y se entremezcla con los tonos cálidos que emite la lámpara de sal. Los colores juegan sobre el rostro de Salvador, crean sombras y resaltan sus ojos. Él me mira desde abajo, acostado en el piso, con una sonrisa llena de secretos.

Sus palmas se deslizan de mis tobillos hacia arriba, pasan por mis piernas y me recorre un cosquilleo cuando roza la parte interior de mis rodillas. Sigo con los ojos la caricia de sus manos por el costado de mis muslos, hasta que se detienen justo en el dobladillo de mi falda.

Siempre estoy tranquila en su presencia. Con él mi cuerpo se relaja y se entrega al presente en lugar de tensarse en la espera de que este pase.

—¿Puedes…? —Mi voz sale débil como un secreto—. ¿Puedes seguir?

Su respuesta es sentarse sobre sus talones y dejar las manos quietas. Sus labios rozan mis rodillas antes de apoyar su mejilla contra mi muslo.

—Me siento un poco observado como para continuar.

Desconcertada sigo su mirada hacia la puerta y se me escapa una risa. Schubert está sentado con un juguete entre los dientes. Menea su cola a la espera de que alguien lo note.

Paso los dedos por el delgado y suave cabello de Salvador. Lo siento sonreír contra mi piel antes de que se incorpore para detenerse frente al umbral de su cuarto:

—Eres mi mejor amigo, pero sabrás entender que la chica más linda de la escuela tiene prioridad sobre ti en este momento.

Un chillido sale del muñeco de goma cuando lo muerde en protesta antes de desaparecer con el chasquido de la puerta.

—Ahora me siento mal —confieso.

Él se detiene primero frente a la mesa de luz para sacarse el anillo de plata, luego frente a mí en la cama. Debo echar la cabeza hacia atrás para verlo.

—Entonces déjame hacerte sentir bien otra vez.

Pasan un montón de posibilidades por mi mente, pero que me rodee las caderas con los brazos y descanse la cabeza en mi regazo para abrazarme no es una de ellas. Las pestañas le rozan los pómulos al cerrar los ojos y su espalda sube y baja en respiraciones tranquilas. No sé qué hacer al principio porque estoy acostumbrada a seguir órdenes. El libre albedrío me genera un poco de miedo, como si al decidir qué hacer pudiera escoger la opción incorrecta. Lo pienso dos veces antes de apoyar mi mano sobre su hombro.

Me abraza con más fuerza y mi cuerpo se derrite.

Paso las uñas sobre su camiseta y lo oigo suspirar. Trazo cada músculo contra la tela como quien sigue un camino sobre un mapa y el calor se concentra en mi vientre cuanto más recorren mis dedos.

—Me gusta que me toques.

—Me gusta tocarte.

Se echa hacia atrás y me estudia el rostro.

—¿Puedo tocarte yo a ti? —pregunta y el rubor se concentra en mis mejillas—. Porque me encantaría.

Un nudo de emoción aprieta la boca de mi estómago. Asiento y toma mis caderas para tirar de mí con cuidado hacia el borde de la cama. Sus manos se deslizan por mis muslos y deja un pequeño beso en el interior de cada uno. La humedad de su boca contrasta con el escalofrío que se dispara en mi columna. Cuando su aliento roza mi ropa interior, es una sensación extraña, pero agradable. Despierta un pulso en mi cuerpo que no recuerdo haber sentido hace mucho.

Engancha con los pulgares el elástico de mi ropa interior y la baja por mis piernas hasta deshacerse de ella. Cada uno de sus movimientos es lento, como si no quisiera asustarme o yo le gustara lo suficiente para querer exprimir cada segundo de este momento.

La urgencia de besarlo me obliga a interrumpirlo. Me inclino para tomar su rostro entre mis manos y sus labios encajan con los míos como esa pieza del rompecabezas que me robé. Sabe al dulzor del té olvidado en el escritorio. Nuestras lenguas juegan como viejas amigas y me toma por la nuca para tener completo acceso a mi boca.

Mi sonrisa rompe el beso, contemplo sus pupilas dilatadas y sus labios hinchados, por los que pasa la lengua en busca de remanentes de ese beso. La sensación de sentirse deseada es embriagadora y poderosa, quizás por eso separo las rodillas y él acepta la invitación.

No me había dado cuenta de lo necesario que es su agarre en mis caderas para mantenerme en mi lugar hasta que deja un camino de besos sobre mi piel, acercándose a mi zona más sensible. La pulsación que sentí hace un rato crece. Roza con sus labios mi clítoris y tiemblo. Me arrebata el

aliento al recorrerme con la lengua y echo la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos tan rápido como los abro porque no quiero dejar de mirarlo.

Mis manos se aferran a todo lo que pueden alcanzar, desde las sábanas arrugadas hasta su espalda.

La tensión crece: hay un escozor que molesta pero a la vez es placentero. Necesito detenerlo con la misma urgencia que quiero sentirlo para siempre.

Mis dedos se enredan en el cabello de Salvador y vacilo un segundo. Quiero tirar de él, pero a mí no me gusta que tiren del mío. Sin embargo, en cuanto un gemido grave sale del fondo de su garganta noto lo mucho que lo disfruta.

Lo mucho que le gusto yo.

Mis caderas cobran vida. Me restriego contra su boca y él devora cada parte de mí. Su lengua tiene la presión justa para llevarme al borde de la cama. Me besa, lame y mosdisquea hasta que me encuentro empapada. Se esfuerza en llevarme al límite y lo logra. Respiro rápido y mi corazón es como un colibrí, liviano y ligero, yendo a toda marcha.

Mis piernas empiezan a flaquear. Ya me hubiera deshecho en la cama si no me sostuviera para mantenerme en una pieza. Mis músculos se contraen un momento y, tras una liberación que me arrasa con la fuerza de una ola, mi pecho cae con alivio.

Salvador toma distancia. Tiene la camiseta un poco corrida, los labios aún más hinchados, el pelo revuelto y una expresión que oscila entre la satisfacción y la arrogancia. Lo veo sonreír y la vergüenza regresa para encenderme el rostro.

—Yo… —Trago saliva—. No sabía que podía sentir eso.

Un sentimiento que no sé descifrar le atraviesa los ojos.

—Te haré sentir todo lo que tú quieras —promete—. Pero primero iré por agua.

Me tapo los ojos a pesar de que se me escapa una risa.

—Trato. Mientras, ¿puedo pasar al baño?

—Al final del pasillo.

Oigo el golpeteo de las patas de Schubert subiendo la escalera a toda velocidad cuando abre la puerta. No vuelvo a ponerme la ropa interior. En su lugar salgo de la habitación y a paso perezoso estudio cada foto que recubre la pared hasta llegar al tocador.

Echo el pelo sobre mis hombros y me miro en el espejo. Perdí mi cinta de seda en la cama junto a la timidez y hay un brillo en mis ojos del que solo he oído hablar en los libros románticos que me gusta leer. Mi piel es la misma, pero es como haberse acostumbrado a ver una fotografía sepia y que de repente cobre color.

Mi reflejo me devuelve una imagen feliz.

Por eso no entiendo las súbitas ganas que me entran de llorar.

Me estremezco como si me hubieran echado a la calle en la noche más fría del año y se me empaña la vista. Intento contenerme al apretar las manos contra mis párpados, pero las lágrimas se escurren por mi rostro. No comprendo qué me pasa. Acabo de conocer un placer de otro mundo con el chico que me gusta. La experiencia fue mejor que cualquiera de mis fantasías: consentida y dulce. Yo ni siquiera lo toqué…

Ni siquiera lo toqué.

—¿Delilah?

Salvador empuja la puerta y se queda helado con un vaso de agua en la mano. No me doy vuelta, pero cruzamos miradas en el espejo y me limpio la nariz con la manga de mi suéter.

—Lo siento —digo.

Ni siquiera parpadea cuando deja el vaso sobre el lavamanos con un movimiento lento. Su voz sale cautelosa:

—¿Por qué lo sentirías?

Quiero decirle que puedo devolverle el favor, pero en el fondo no estoy segura. La culpa por no ser recíproca y por ocultarle qué otras cosas hice y con quién me retuerce las entrañas. Él debería poder elegir si estar conmigo o no a sabiendas de que me usaron un montón de veces. Me siento avergonzada.

Sobre todas las cosas, sucia.

Impura. Repulsiva. Repugnante. Desmerecedora.

—¿Puedo usar la ducha? —Ignoro su pregunta.

Él señala el vaso con la cabeza.

—Primero toma agua.

Hago lo que me dice mientras abre la cortina de la bañera y gira la llave. A diferencia de mi casa, el vapor no se acumula con rapidez. Sin embargo, oír el agua correr apacigua mi sobresaltado corazón. Estoy pensando cómo pedirle que se marche sin ser descortés cuando se mete bajo la lluvia con la ropa puesta.

—¿Qué haces?

—Acompañarte.

Me tiende la mano como si ducharse totalmente vestido fuera normal y se me escapa una risa que está a medio camino de ser un sollozo. Mis dedos

se cierran alrededor de los suyos y me ayuda a entrar a la bañera.

El agua no hierve, tiene la temperatura justa para relajarme sin quemarme. Por primera vez no tengo la necesidad de restregarme la piel. Pasan cinco segundos y luego diez, tal vez un minuto entero cuando miro a Salvador.

Su camiseta se adhiere a su torso como una segunda piel. Puedo distinguir la curva de sus pectorales, la ondulación de sus abdominales y las líneas de sus caderas que desaparecen en sus pantalones. No me toca, pero estamos de pie muy cerca, lo suficiente para que pueda ver cada gotita que baja por su semblante serio.

—No me debes nada —murmura en voz baja pero decidida—. Y yo no te debo nada a ti. Lo que hice en el cuarto fue porque quise y tú querías también, y esa es la única forma en que funciona esto.

No me pregunta si lo entiendo ni me pide una explicación por comportarme como una loca. Me paso las manos por el pelo para apartarlo de mi rostro y dejo las manos en mi cuello.

Nadie dice nada. Nuestras respiraciones son ahogadas por el incesante golpeteo de la lluvia. Soy incapaz de sostenerle la mirada al principio, cargo con demasiado pudor como para no agachar la cabeza. Observo sus pies descalzos frente a mis medias con volados y él mueve los dedos a propósito, lo que me hace reír.

Más lo veo, más apuesto me parece. Vuelvo a preguntarme cómo se sentirá tocarlo, explorarlo, hacerle sentir lo que me hizo sentir a mí y ser la causa de que se le dispare el pulso. Desde que soy niña quise alejarme de esta parte curiosa por cualquier cosa sexual, pero ahora no puedo quitármela de la cabeza.

No entendía cómo funcionaba el deseo hasta que sentí el peso de la mirada de Salvador hundirme en la cama, y me arrepiento de haberme metido a la ducha porque me gustaría conservar su olor en mi piel a la hora de irme a dormir.

No quiero borrar lo que me hizo, deseo recordar cada detalle.

De pronto se inclina y creo que me besará, pero solo cierra la canilla a mi espalda. Mi boca queda a un centímetro de su cuello y debo resistir el impulso de abrazarlo.

—Soy irresistible, ¿verdad?

Le golpeo el pecho con los nudillos por la broma y me quedo tiritando de pie en la ducha mientras deja un rastro de charquitos camino a su cuarto. Aparece con una camiseta para mí y espera detrás de la puerta que le pase mi ropa, que pone en la secadora sin que se lo pida.

Regreso a su habitación y me siento en la cama donde Schubert apoya el hocico sobre mi muslo desnudo mientras esperamos a su dueño, que reaparece unos momentos después, pero esta vez seco. Lleva un pantalón a cuadrillé y una camiseta idéntica a la que tenía antes. Debe de ser el tipo de persona que cuando encuentra una prenda que le gusta se la compra en diferentes colores. No sé por qué, pero me encanta.

Trepa en la cama hasta sentarse a mi espalda y me muestra tres tipos de peines diferentes.

—Los tomé prestados del cajón de mi mamá, ¿cuál se supone que debo usar?

Estoy por tomar el de dientes anchos porque es el que uso en casa, pero él me rodea la muñeca y una sensación de opresión me paraliza. Mi puño se cierra con más fuerza sobre el mango y el mal recuerdo solo se aleja cuando Salvador deshace su agarre despacio.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

Me quita el objeto con gentileza y me estremezco al sentir su tacto en mi cabello. Es paciente para desenredarlo y no lo tira ni una vez. En ocasiones sus nudillos me rozan la espalda; así debe de sentirse Schubert cuando le rasco detrás de las orejas.

Al acabar se estira para dejar los peines sobre la mesa de luz y la camiseta se le levanta un poco. Me sorprende mirándolo y flexiona un brazo bajo su cabeza al acostarse en la cama con una ceja levantada.

—Tenemos compañía —señala al perro—, compórtate, Delilah.

—Haré mi mayor esfuerzo, pero no te prometo nada.

Me acuesto para quedar enfrentados.

Es *tan* extraño. Este chico fue testigo de cómo me eché a llorar luego de haber recibido sexo oral, pero no me trata como si fuera frágil, como lo hará Fanny en cuanto le cuente qué pasó. Él no se escandaliza cuando el atisbo del deseo me asoma en los ojos, a diferencia de ella que se alarma si abrimos el libro de Biología y está el sistema reproductor ilustrado en la página.

No siento que él me juzgue por anhelar explorar y a la vez estar insegura. Entiende las dos partes de mí a pesar de no conocer ninguna en profundidad. Me hace sentir tan segura —tan normal— que parece que se me saldrá el corazón del pecho por lo mucho que siento por él.

—Es raro —confieso en un acto de valentía—. No creía en el amor a primera vista hasta que apareciste en la relojería.

Acomoda un mechón detrás de mi oreja.

—No fue amor a primera vista. Fue algo peor, porque cuando te vi supe que no podría alejarme, aunque no sabía por qué.

—¿Y ahora lo sabes?

—No tengo la menor idea, pero, si me dejas, pienso quedarme a averiguarlo.

CAPÍTULO 17

TRAICIÓN HECHA DE CORAZÓN

Fanny

Ni siquiera desperté y ya me siento cansada.

Algo me hace cosquillas en la nariz. Me esfuerzo en abrir los ojos, pero no puedo hacer foco. Oigo susurros y dos siluetas se mueven frente a mí antes de que Zig las ahuyente con la mano.

—¡Mamá, Fermín y Floyd no dejan de molestar! —se queja malhumorado—. ¡Largo! ¡Atormenten a alguien más, hijos de Satán!

Dos pares de zapatos se apresuran a huir de la escena del crimen y oigo risas que me perseguirán entre sueños. Zigler tiene el pelo revuelto y ojeras marcadas, consecuencia de consolarme hasta tarde.

El pene que dibujaron sus hermanos en su frente es otro asunto.

—Te dejaron preparado para ser exhibido en el Louvre.

Estira un brazo sobre su cabeza para desperezarse y me mira con un ojo abierto, somnoliento:

—Hay peores destinos. Tú estás lista para ir al zoológico.

No quiero saber qué me dibujaron.

Vuelve a hundirse boca abajo en la cama a mi lado. Su respiración calienta el hueco de mi cuello mientras oímos el tintineo de la vajilla en el piso de abajo, donde el desayuno nos anuncia que es hora de ir a la escuela.

De buscar a Delilah.

Por un momento espero haber tenido una pesadilla, aunque el cesto de basura del que rebalsan pañuelos de papel y el peso del brazo que atraviesa mi estómago señalan lo contrario. El silencio de Zig también.

A él siempre le sobran las palabras y sabe qué hacer para que me ría cuando me siento mal, pero ayer ni siquiera lo intentó. El impacto de la verdad lo tuvo sin pegar ojo mucho tiempo después de que me quedé dormida. Lo sé porque cuando desperté por la madrugada acurrucada a su lado, todavía tenía la mirada fija en el techo mientras me acariciaba la espalda en piloto automático.

—¿Estás lista? —susurra.

Niego con la cabeza. Pactamos que hoy haríamos algo al respecto, pero ahora que el momento llegó la ansiedad trepa por mi cuerpo como una colonia de hormigas. Quizás pasé tanto tiempo con los miedos de Delilah que se convirtieron en los míos. Sin embargo, sé que alguien tiene que hacerles frente y ella no lo hará.

Zig se incorpora con una expresión abatida pero decidida.

—Si te dice que no, hablamos en su nombre. No puede seguir así. —Presiona los labios contra mi hombro—. Vamos, no me moveré de tu lado, pero hay que hacerlo.

Esperé este día durante años y no es como imaginé. No me siento valiente y sedienta de justicia. Estoy nerviosa por la reacción de Delilah y la posibilidad de que se enoje conmigo. La idea de sentarme a su lado mientras denuncia siempre me revolvió las tripas, porque sé lo difícil que le resulta hablar del tema en voz alta, que hay muchas cosas que no me contó y se sentirán como un puñal en el pecho oírlas.

Pero si se niega… Apenas pude contarle a Zigler y sentí que me ahogaba, ¿cómo sobrevivo a relatarlo otra vez? ¿Cómo lo haría Delilah

siendo la protagonista de una historia que no quiere contar?

No tengo hambre —muy mala señal—, aunque nos unimos al desayuno. El papá de Zig arquea una ceja sobre el periódico que lee en su *tablet* al ver la anatomía masculina dibujada con fibrón en la frente de su hijo y lo que sea que los niños dibujaron en mi cara. Los diablillos fingen no saber qué sucede y disimulan sus risas detrás de cucharas cargadas de cereal.

—Gracias, Mel —digo cuando la mamá de Zigler me pasa una taza de té y una toallita húmeda para que me quite lo que en el reflejo de la tele apagada diferencio como bigotes de gato.

Ella se inclina para que nadie más oiga.

—Aurora dijo que *por favor* pases por casa antes de ir a la escuela.

Asiento mientras Zig se frota la frente sin dejar de mirar a sus hermanos como si se estuviera planteando cometer fratricidio. Sin embargo, en cuanto me mira la arruga entre sus cejas se suaviza. Me aprieta la mano bajo la mesa y mueve los labios para decir en silencio "saldrá bien".

No es la primera vez que paso la noche fuera de casa, pero los Gauthier son personas por las que mi madre pondría las manos en el fuego. Si no corrió detrás de mí es porque confía en ellos. También estoy segura de que Melania le escribió a escondidas para hacerle saber cómo me encontraba.

Hemos discutido antes, en especial cuando era pequeña. El recuerdo más viejo que tengo de pelear fue un día en que el abuelo me llevó a la escuela y la inocente Molly Ferrifeshka me preguntó por qué mi papá era tan viejo. A mamá nunca le gustó hablar de él porque nos abandonó en cuanto se enteró del embarazo. Defendía que no valía la pena conocerlo y

aseguraba que no nos quería, pero yo moría de curiosidad. *Quizás no me quiere porque todavía no me conoce*, pensaba.

Una de las teorías que formulamos con Delilah es que La Caja contiene algo que le pertenece a él. Quizás cartas que me escribió arrepentido en algún momento y que tengo derecho a leer aunque mamá insista en que debo esperar. O chucherías de cuando salían, como boletos del cine o una bufanda que todavía conserva su olor, pero que a ella le duele recordar.

En fin, aquellas discusiones acababan en un "te odio" de mi parte antes de dar un portazo y correr hacia Zig. Así que volver sobre mis pasos a casa a la mañana siguiente resulta familiar de alguna forma.

Mi madre está sentada en el borde del trampolín que hay en el patio balanceando sus pies, lleva puestas sus botas vaqueras preferidas. La brisa agita los mechones pelirrojos que se zafaron de su coleta y toma la mochila que descansa a su lado cuando me ve. Zig espera en la vereda mientras atravieso el césped y nos encontramos a medio camino, entre los aspersores encendidos. El pudor por haber explotado anoche me obliga a permanecer cabizbaja. A pesar de eso, no le pido disculpas. No sé por qué me cuesta tanto hacerlo. Quizás es porque sigo molesta. Recordar cómo me trató no ayuda a su causa.

Lo que sí sé es que temo mirarla a los ojos y que se dé cuenta de que mi desempeño escolar es el menor de nuestros problemas. Zigler me animó a que hablara directamente con ella, pero le supliqué que me dejara intentar convencer a Delilah una última vez. El asunto es que soy mala mentirosa y mamá lo sabe.

—Buenos días —digo.

Ella me pasa la mochila y su voz sale exhausta.

—Hola, metí otra muda de ropa por si te querías cambiar… ¿Podemos hablar luego?

—No sé si estoy de humor para que me griten. —El resentimiento es tajante.

—Hija, en serio lo estoy intentando —suspira—. ¿Puedes cooperar?

Me muerdo la lengua para no lanzar el primer comentario sarcástico que cruza por mi cabeza. Mi energía no debería estar enfocada en pelear con ella.

Pensar en Delilah afloja la armadura que traigo puesta y tengo que reprimir las repentinas ganas que siento de abalanzarme a los brazos de mi madre, derrumbarme y pedirle que arregle esta situación por mí.

—Supongo. —Me aclaro la garganta—. Solo si horneamos *muffins* cuando regrese de la escuela.

Necesito tener algo que hacer con las manos si le contaré sobre Henry.

—Compraré los ingredientes —acepta y me cuelgo la correa al hombro, lista para huir—. Y usaré bolsas de tela para traerlos —añade.

Le cuesta no ahogarme en preguntas y darme mi espacio para hablar, así que tomo el gesto como una tregua. Doy media vuelta y empiezo a caminar hacia Zig, que levanta una mano para saludarla antes de que ella me llame.

—¿Fanny?

Cuanto menos hable, menos chances hay de que note lo mucho que tiemblo. Me limito a mirarla sobre el hombro. Ella entrecierra los ojos por el sol que le da de frente.

—Te amo, ¿lo sabes?

Asiento y en mi mente le respondo que yo también la amo, que agradezco tenerla y que a pesar de todas nuestras diferencias valoro esa intención visceral que tiene de cuidarme, porque conozco personas a las que no las cuida nadie.



Zig no camina del otro lado de la calle esta vez. Su cuerpo emana calor a mi lado y reparo en sus ojos atentos y preocupados sobre mí cuando me alejo de él para esquivar el poste de luz.

Me seco las palmas transpiradas en la campera que me prestó al detenerme en el camino que lleva a la casa de tejas azules.

—Puedo quedarme —ofrece.

Niego con la cabeza.

—Actuemos como siempre.

Vacila un momento, pero acaba por alejarse hasta la casa del vecino y agazaparse detrás de un auto. Clavo los ojos en la ventana de la cocina, intentando disimular mi ansiedad. No sé cómo reaccionaré si Henry vuelve a abrir la puerta.

—Vamos, Delilah —susurro.

Noto por el rabillo del ojo el vaivén de las cortinas y sé que me vio. El alivio que suelo experimentar es reemplazado con la sensación de algo que se desliza bajo mi piel sin que pueda hacer nada para quitármelo de encima: el desasosiego acelera mi pulso y me lleva al límite de la taquicardia cuando la puerta se abre.

Tengo el discurso preparado. Pesco cada frase que intercambiamos con Zig y flota en mi mente desde anoche.

No te dejaré sola.

Mi mamá nos ayudará.

Puedes venirte a vivir con Huevo y conmigo.

No aguanté más, le conté a Zigler.

El abuelo tiene una clienta en la relojería que es psicóloga, parece amable.

Lo siento.

Prefiero salvarte de él y perderte en esta vida a que nunca tengas una vida que vivir.

En serio, lo siento.

Sé que tienes miedo, pero confía en mí.

Confía, por favor. Solo confía.

Eres mi mejor amiga, te quiero.

El problema es que cada palabra se desvanece al ver una sonrisa en la chica que nunca sonríe.

El bolso rebota contra su cadera cuando baja a toda velocidad las escaleras de su casa y corre con la cáscara de la banana que desayunó en la mano. Me toma desprevenida al abalanzarse para darme un abrazo. Mis pies son de plomo, no consigue moverme ni un centímetro y le lanzo una mirada confundida a Zig , aunque acabo por devolverle el abrazo. La aprieto con fuerza porque el presentimiento de que no volverá a darme uno me desespera.

—¿Por qué estamos contentas? —Mi voz sale aguda contra su cabello.

—Porque creo que lo está.

La tomo por los hombros para separarnos y frunzo el ceño.

—¿Quién está qué?

—Salvador, enamorado de mí. —Sus ojos brillan y se lleva la mano libre al pecho—. *De mí*, Fanny.

Entre la incredulidad y el éxtasis se aleja para tirar la cáscara al cesto de basura y vuelvo a compartir una mirada insegura con Zigler, que sale de su escondite.

—¿En serio? —le pregunta.

Delilah asiente sin parar mientras se echa alcohol en gel en las manos.

—Ayer me envió un mensaje. Quería verme y fui a su casa por la tarde. Hicimos… —Se aferra a la correa del morral y sus mejillas se cubren de rubor—. Hicimos cosas, nos duchamos juntos y me prestó su camiseta, no quería quitármela, entonces me la regaló. Dormimos un rato y cuando sonó la alarma dijo que era la primera vez que lograba dormirse sin música, y eso era porque yo estaba ahí.

Estoy segura de que el color abandona mi rostro porque mi presión flaquea un segundo. Si no tuviera el corazón sujetado de alguna forma al pecho se me caería.

Ella se inquieta al mirarme.

—¿Estás bien?

—Yo… —Me relamo los labios aunque tengo la lengua seca—. ¿A qué te refieres con que hicieron cosas?

—Me parece que se refiere exactamente a lo que piensas —dice Zig.

Soy presa del pánico que me da imaginar esas cosas. Debería haber seguido mi instinto con respecto a Salvador. *Ella no está preparada.* Es un campo de minas y no debería acostarse con nadie que no tenga claro lo extremadamente delicado que debe ser con su cuerpo y su cabeza.

—Van muy rápido.

Su expresión pasa de preocupada a escéptica.

—La velocidad la elijo yo, no tú.

A pesar de que lo susurra, identifico la irritación en su tono y es la gota que colma el vaso.

—Pues no deberías volver a hacerlo. Te envié mensajes sin parar y, ¿estabas con él? —escupo—. Si alguien te vio, si te quedabas dormida y no llegabas a casa, si encuentran esa estúpida camiseta en tu cuarto… ¿Sabes lo que te hará? —Zig me agarra en un aviso para que me calme, pero estoy absorta en el miedo que me causa saber lo que le podría haber pasado—. Tienes que ser más cuidadosa.

—Estoy cansada de serlo, quiero vivir un poco.

—¡Eso no es vivir, es buscar que Henry te mate!

Se tensa y sus ojos se deslizan hacia el chico parado entre nosotras.

—Fanny… —advierte nerviosa.

Aprieto los labios y guardo silencio. El problema es que los silencios dicen un montón de cosas si sabes escucharlos, y Delilah es todo menos tonta.

Pasea con rapidez la mirada entre nosotros hasta que Zig baja la cabeza. La verdad la golpea con tanta fuerza que retrocede un paso y luego dos, y cualquier sentimiento que me tenía a la defensiva es reemplazado por la culpa. Su rostro se contrae del dolor al darse cuenta de que la traicioné.

—¿Cómo pudiste?

Mis hombros caen e intento acercarme, pero se aleja con asco y empieza a respirar tan rápido que roza la hiperventilación.

—No aguantaba más, lo siento.

—Me lo prometiste. —Se le quiebra la voz y a mí el corazón.

—Lo sé, pero necesitaba…

—¿Y qué hay de lo que yo necesito?

—¡Esto es lo que tú necesitas, salir de esa puta casa de una vez!

Zigler se interpone con firmeza esta vez.

—No es la forma —me reprocha antes de dirigirse a ella—. Monita, ¿podemos hablar en un lugar más priva…?

—¡No me llames así!

El grito le sale desde el fondo del estómago. Es el grito de un animal herido que nos deja de piedra porque ella jamás levanta la voz. Es notorio que se avergüenza al instante porque las lágrimas caen sin parar de sus mejillas.

—Tú… —Le dice a Zig, pero no puede mirarlo a la cara—. Tú…

Entierra las manos en su cabello, tira de él y niega con frenesí. Nunca la vi tan alterada, pero apenas llego a rozarle la mano que se aparta bruscamente. Me mira con una frialdad que me hiela hasta los huesos y me señala con el dedo.

—Confiaba en ti, eres peor que *él*.

Echa a andar sin mirar atrás.

CAPÍTULO 18

LA CONSTELACIÓN DE TUS PENSAMIENTOS

Delilah

Solo quería que se pusiera feliz por mí.

He oído a Fanny hablar sobre chicos desde que nos conocimos. En el fondo pienso que intentaba autoconvencerse de que no tenía sentimientos por Zig, pero se tomaba la libertad de darme un codazo cuando nos topábamos con un muchacho lindo en el parque para perros. Me preguntaba si creía que sus hijos saldrían con el color de ojos del capitán del equipo de fútbol o con los suyos y jugaba a "casar, matar o besar" con Christine en clase.

Yo nunca decía nada, no porque me sintiera incómoda, pero me parecía una causa perdida soñar despierta con lo que no podía tener. Además, nadie despertaba algo así en mí. Hasta que apareció Salvador y de repente sentí la alegría de poder formar parte de una conversación normal de chicas.

Estaba tan emocionada por contarle los detalles esta mañana que no noté lo raro que actuaba, debo estar distraída últimamente, porque ni siquiera me percato que alguien se sentó a mi lado hasta que lo escucho.

—¿Qué es esa cara?

La correa de la mochila se desliza desde el hombro de Salvador al piso mientras me deja una taza de cartón en la mesa.

—Es mi cara.

—Y es una muy linda, pero parece triste.

Empuja el café en mi dirección y el aroma a caramelo inunda nuestro escondite rodeado de estantes y libros en la biblioteca.

—No es tristeza, es enojo.

—El mecanismo de defensa preferido de la tristeza es parecer enojado cuando en el fondo solo estamos heridos.

Apoya su brazo en el respaldo de mi silla. Sus ojos buscan pistas en mi rostro que no encontrará. Soy incapaz de explicarle por qué me peleé con Fanny sin decirle la verdad, y moriría antes de que él me mire como me miró Zigler hoy.

—¿Es por lo que pasó entre nosotros? —titubea.

Me apresuro a negar con la cabeza y tirar de las mangas de mi suéter hasta que cubren mis manos para rodear la taza.

—Creo que Fanny y yo ya no somos amigas.

—¿Hablas de la misma chica que amenazó con desvivirme de una docena de maneras diferentes si te hacía daño?

Logra que sonría, pero con la misma rapidez mi rostro se retuerce en una mueca para reprimir las ganas de llorar.

—No quiero hablar de ella.

Su rodilla roza la mía por debajo de la mesa y por un momento creo que presionará para saber qué sucede, pero la súplica en mis ojos debe ser patética porque desiste.

—No hablemos entonces.

La escuela siempre me funcionó como un escape de la realidad. Entender una ecuación o imaginar batallas de otro siglo no dejan espacio en mi cabeza para otra cosa, pero no importa cuánto me esfuerce este día, en

cada hueco donde a Salvador le toca completar un cuadro o subrayar un párrafo el recuerdo de la pelea regresa.

Ella faltó a la escuela. Su silla vacía me atormentó por horas. La bilis me subió a la garganta cada vez que oía el chirrido de la puerta. El miedo de ver a su madre o al director impidió que prestara atención.

—Esa hoja está un poco vacía. —El señor Wolowitz apoyó las manos sobre sus rodillas y se inclinó para inspeccionar mi cuaderno en blanco—. ¿Necesitas ayuda con la ejercitación?

Sin Fanny para llamar o desviar la atención de mí, quedé expuesta. Era la primera vez que un profesor me atrapaba dispersa en clase y fue una alarma viniendo de una estudiante modelo.

—Delilah —llamó con suavidad por segunda vez.

—Perdón, no lo escuché —me excusé.

—Pregunté si necesitas ayuda.

¿Necesitas ayuda? Miré otra vez la puerta segura de que alguien peor que el director aparecería, y ese sería Henry. Abrí la boca y por un momento dudé, pero acabé por sacudir la cabeza. El señor Wolowitz no lució convencido. Movió su bigote de un lado al otro como hacía cuando una cuenta no daba bien. Sin embargo, lo llamaron desde la otra punta del salón y mi mente volvió a mi padrastro. Imaginaba que me sacaría del aula con una excusa. Conduciría en silencio y me haría arrepentirme en cuanto cruzáramos el umbral de casa.

A diferencia de Fanny, él sí cumple sus promesas.

No dejé de removerme en la silla y sacarme el suéter para volver a ponérmelo cinco minutos después. Fui la primera en salir corriendo del salón en cuanto tocó el timbre, pues no quería más preguntas del señor

Wolowitz. Además, dudaba que Zigler hubiera asistido a clase, pero la idea de cruzarlo en los pasillos me daba náuseas ahora que él sabía lo que pasaba en mi casa.

Quiero esconderme, mudarme, hacerme pequeña hasta desaparecer de este lugar. No dejo de pensar qué preguntas le hizo a Fanny, qué cosas imagina de mí, a quién le contará sobre esto.

Nunca me sentí tan humillada.

Un hormigueo inicia en mis manos, se extiende por mis brazos y sube por mi cuello hasta apretarlo. Tironeo el borde de mi suéter, demasiado incómoda en mi propia piel. Quiero arrancármela junto con el presentimiento de que algo malo pasará. Nunca pensé que Fanny podría ir con la policía, pero si ya le contó sobre mi padrastro a una persona y encima nos peleamos, ¿sería capaz? Una parte de mí se aferra a que no me lanzaría al agua cuando sabe lo asustada que estoy de ella. Que no sé nadar. Que Henry me ahogaría antes de permitir que llegase a la orilla sin él.

Me arrepiento de haberle contado. Es un puñal por la espalda que todos estos años se haya ganado mi confianza para romperla en un segundo. Dijo que nadie debería decidir sobre mi vida más que yo, entonces no entiendo por qué tuvo que ir a contarle a Zigler sabiendo lo mucho que me afectaría.

Me sobresalto cuando una mano se cierra sobre mi rodilla para detener mi pierna inquieta. Salvador deja el lápiz sobre la hoja sin quitarme los ojos de encima.

—Dudo aprobar si mi tutora sigue distraída —asegura y la disculpa está en la punta de mi lengua cuando niega con la cabeza—. No digas que lo sientes, mejor déjame proponerte algo. Los viernes suelo ir a este sitio especial… —Se debate un segundo sobre si revelarlo, pero opta por que sea

una sorpresa—. Y me gustaría llevarte. Pasaré por ti, comeremos algo rico y no quiero que te sientas presionada, pero me gustaría que me cuentes qué sucede. En la medida y la forma que te salga.

Guardo silencio mientras cierra el cuaderno y lo guarda en la mochila. Recojo el café que ni siquiera toqué y pasamos por al lado de Gladys en la recepción, pero hoy no me atrevo a mirarla.

Estoy paranoica, por eso le miento a Salvador y le digo que mi madre está de camino a recogerme cuando en realidad tengo miedo de que Henry me vea con él. Nos detenemos en el estacionamiento bajo un sol tan brillante que parece una burla.

—Puedes desahogarte conmigo —dice con los ojos achinados por la luz—. Quizás sea incapaz de solucionar tus problemas, pero te acompañaré mientras los atraviesas. Así que… Piénsalo.

Me alcanza una hoja doblada antes de subirse a la camioneta. Lo desdoblo mientras enciende el motor.

Si quedo enredado en la constelación de tus pensamientos, déjame ahí. Quiero entender de dónde vienen. Si la angustia empuja las lágrimas a través del tobogán de tus mejillas, déjalas llegar al final. Las atraparé con el pulgar. Si presiono mi boca contra la tuya para ahogar el gemido, bésame con más fuerza. Sellaré el secreto.

Porque lo que nadie conoce nadie lo arruina.
Nadie lo separa. Nadie lo rompe.
Y prefiero tenerte a escondidas a no tener nada de ti.

Al levantar la vista encuentro su reflejo en el espejo del conductor. No me percaté de que contenía el aliento hasta que la tensión acumulada en mi cuerpo se desploma al soltarlo en cuanto me sonríe.

Aliso las esquinas de la hoja cuando sale del estacionamiento.

P.D.: Estabas tan distraída que ni te diste cuenta de
que escribía esto en lugar de hacer los deberes.

No quiero perder esto.

No quiero perderlo a él cuando apenas lo encontré.

Estoy demasiado molesta con Fanny, pero puedo tragarme la vergüenza y hablar con Zig. Él es su punto débil, podría calmarla y hacerla entrar en razón. Estoy tan desesperada que suplicaré si hace falta.

Después de todos estos años estamos cada vez más cerca de la graduación y la posibilidad de que algo cambie. Y no sé cómo haré para deshacerme de Henry en la universidad, pero encontraré la forma. Solo hay que mantener las cosas como están un poco más.

En unos meses mi vida será mejor.

CAPÍTULO 19

LA ATRACCIÓN ENTRE GALAXIAS

Fanny

Lo primero que hago cuando llego a casa es tirar la mochila al piso y levantar al gato de la silla para sofocarlo entre mis brazos. Escondo la cara en su pelaje para ahogar mis ganas de gritar.

Fanny Shapiro ya no soporta esta vida, es oficial.

—Debe de haber sido una semana muy dura como para que tu bola de pelos se deje abrazar.

Levanto la cabeza para ver a mi madre entrar a la cocina con el delantal de la abuela puesto y una mano en la cadera.

—Lo hace porque me quiere.

Resopla moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Huevo no quiere ni a su propia madre, Fanny.

La ignoro y beso a mi mascota por todos lados. Maúlla en protesta, pero no me lanza un arañazo ni intenta escapar. Nos mezo de un lado al otro y sus bigotes me hacen cosquillas en las mejillas al apretar su rostro contra el mío.

—¿En serio crees que los animales perciben cuando estás triste?

Asiente.

—Y las mamás también, aunque es difícil notarlo cuando usas la rebeldía como escudo.

Pongo los ojos en blanco y libero al gato para lavarme las manos. Sé por el abuelo que, cuando mi madre y la abuela peleaban, la anciana nunca pedía disculpas con palabras por más equivocada que estuviera. En su lugar le cocinaba algo que le gustaba y la llamaba a comer. Luego de unos bocados era como si nada hubiera pasado. Aunque mamá entendía que cocinar era su forma de disculparse, sospecho que nunca le gustó fingir que nada había sucedido. Creo que por eso se esfuerza tanto en hablar conmigo.

La dejo tamizar los ingredientes secos y rompo un par de huevos en otro cuenco.

—Siento ser tonta. En serio quiero que me vaya bien en la escuela, pero concentrarme es difícil cuando…

"Confiaba en ti, eres peor que *él*".

—¿Cuando qué?

—Cuando Delilah está ahí.

Se queda callada. Me conoce lo suficiente para saber que no le contaré los detalles, así que debe de estar imaginándolos. Si no fuera porque se me nota en cada poro que me gusta Zig quizás pensaría que estoy enamorada de Delilah.

Añado aceite, leche y esencia de vainilla antes de rodear la mesa e incorporar mi mezcla a la suya.

—Discutimos y ahora me odia —explico.

Se da la vuelta para buscar los arándanos y las frutillas en la heladera mientras revuelvo.

—No te odia.

—Sí, me odia —insisto mientras deja caer las frutas y las integro en el bol—. Seguro quiere que me atropelle una bicicleta, repruebe Educación

Física y el oculista me aumente la graduación de los lentes.

Me lanza una mirada de reojo que señala lo exagerada que soy.

—El oftalmólogo no tiene la culpa de que tu uso promedio de pantallas supere las cinco horas diarias.

Tal vez tengo una obsesión con ver videos de gatos y pastelería en TikTok, lo asumo.

Por cada pirotín que relleno, ella espolvorea azúcar impalpable encima. Tener algo que hacer mantiene a raya mi ansiedad. Mientras esperábamos que pasen las horas escolares en el parque donde Zigler intentaba aplacar mi desesperación por haber discutido con Delilah, ella le envió un mensaje. Dijo que lo quería ver por la tarde. A solas.

Si tenía el corazón roto por lo que pasó a la mañana, ese fue el martillazo que acabó por dispersar los fragmentos. Todos estos años temí que Henry nos alejara y la persona que acabó por hacerlo fui yo. Puede que en el fondo siempre supiera que sucedería y por eso me aterraba decir algo.

Me empeñé tanto en intentar que se sintiera bien dentro de una situación de mierda que olvidé que tal vez yo podía sacarla de ahí.

No me arrepiento de haberle contado a Zig, pero sí de la forma en que la confronté. Perdí los estribos, aunque solo lo hice porque quiero cuidarla. Tal vez demasiado. Me aterra tanto perderla que reviso el celular a cada rato con la esperanza de encontrar un dibujo suyo en Love.on.note o una actualización de Zigler.

—Es normal que los amigos peleen —dice mamá cuando chequeo la pantalla por tercera vez.

—Es anormal para nosotras, nunca discutimos.

—A veces es necesario. —Mete los *muffins* en el horno—. Los humanos somos complicados. Solo míranos a nosotras dos, ¿me odias o crees que te odio porque discutimos? ¿Alguna vez eso nos separó?

—Nos distanció —puntualizo.

Llevo la vajilla sucia a la bacha y ella escurre un trapo.

—Las distancias se acortan —replica—. Una discusión jamás será el punto final de una amistad de verdad. Cuando quieres a alguien y ellos te quieren, encuentran la forma de avanzar en lugar de quedarse atascados en el problema.

Quiero apuntar que este caso es diferente, pero en este momento Zig y Delilah están hablando y no quiero decir nada hasta saber qué sucede.

Traicioné su confianza y siento una culpa terrible. No quiero arrebatarle la posibilidad de elegir a quién contarle su historia otra vez. Si le dijera a mi madre sobre Henry estaríamos en menos de cinco minutos en la puerta de la comisaría, pero hoy… Parecía que Delilah quería morir en cuanto supo que Zig estaba al tanto de lo que ocurría en su casa.

Puedo convencerla, me digo. *Él y yo podemos.* En el peor caso, le advertiremos que lo vamos a denunciar, solo no quiero tomarla por sorpresa nunca más.

"Confiaba en ti, eres peor que *él*".

Vuelvo a usurpar el espacio personal de Huevo al tomarlo en brazos y mecerlo por la cocina como si fuera un bebé mientras mamá limpia la mesa. Dejamos que sus vinilos de *country* llenen el silencio y el aroma a masa inunde la cocina. Cuando me siento frente al reloj cucú parece que el tiempo nunca pasará y jamás recibiré ese mensaje.

—Ni por asomo.

Aparto la mirada para ver a mamá echarse el trapo al hombro y apoyarse contra la mesada. Debe de notar mi desconcierto porque se aclara la garganta.

—Calculas los gramos que tienes que añadir a una mezcla sin necesidad de una calculadora. Sabes qué ingredientes combinar para resaltar un sabor. Conoces trucos culinarios que se usaban antes de que existiera internet o electricidad. —Se cruza de brazos—. No eres tonta ni por asomo, Fanny.

Se me empañan los ojos. No sé si es porque acaba de llamarme lista cuando toda la vida me sentí tonta, porque me da miedo perder a Delilah de cualquier forma o porque tengo un montón de sentimientos por Zig que no puedo expresarle, pero me levanto con el gato a upa y voy hacia ella para apoyar la frente en su pecho y cerrar los ojos mientras me abraza.

—Te dije cosas horribles. Siento haberte tratado mal, me esforzaré más.

Me aparta lo suficiente para acomodar una de mis trenzas detrás de mi hombro y que Huevo no muera aplastado entre nosotras.

—Nos esforzaremos las dos, ¿de acuerdo?

Vuelvo a acurrucarme contra ella y pienso que nadie necesita superhéroes cuando tiene a su mamá.

—¿Sabes qué hora es? —pregunta luego de un rato, al echarle un vistazo al horno.

—La hora perfecta.

Me acuna hasta que el temporizador suena diez segundos después y no me friego la piel cuando deja la impronta de su viscoso brillo labial en mi mejilla. Sacamos los *muffins* para dejarlos enfriar en la ventana. No obstante,

mi falta de paciencia me invita a robar uno y llevarlo a la mesa. Ella trae dos tenedores para que lo probemos, pero yo le arranco un pedazo con la mano.

El sonido de las pantuflas del abuelo arrastrándose por el pasillo nos advierte que el aroma a horneado lo cautivó. Arrastra una silla para sentarse a la mesa y toma un tenedor.

—Romperé la balanza si siguen haciendo estas deliciosas porquerías.

—Nadie te invitó a comer —señalo con la boca llena y me apunta con el tenedor.

—¿No te enseñaron en tu casa que la comida se comparte, niña?

—Lo siento, es que tengo una familia de lo peor.

Mi madre oculta su sonrisa tras un bocado y subo un pie a su regazo.

Fanny Shapiro soporta la vida porque tiene un sistema de apoyo genial.

Delilah

No levanto la vista cuando alguien se sienta a mi lado en el banco que suelo ocupar, aunque Schubert alza el hocico de mi regazo para inclinar la cabeza con curiosidad y latigar el piso con su cola.

—Contra todo pronóstico… —La voz de Zig es suave—, Fanny te ama más a ti que a mí, lo cual creía improbable con lo perdidamente enamorada que está de mi persona.

Su ego parece grande cuando lo oyes, pero en realidad es tan pequeño que no tiene idea de lo real que es la última parte de lo que acaba de decir. Y de la nada saca un *tupper*.

—Te hizo budín de banana y nueces a modo de disculpa. —Lo agita para tentarme.

—No me gusta.

Con un suspiro lo deja entre nosotros y baja la voz:

—Sabes que ella solo intentaba ayudar.

—No fue la forma.

—Lo sé, pero si fuera al revés, ¿qué harías?

—No es al revés.

—Pero si lo fuera —insiste.

Mi corazón se vuelve de cemento, tan pesado que cuesta cargarlo, pero tan débil que si lo suelto se quebraría ante el impacto. No respondo porque la respuesta es obvia para cualquiera, sobre todo para mí. Por algo son contadas con los dedos de una mano las veces que la invité a pasar a mi casa, y protejo su nombre como un secreto cuando estoy bajo ese techo, lo susurro solo cuando es extremadamente necesario.

Oírlo en la boca de Henry es mi peor pesadilla.

—Tengo miedo de decir algo equivocado, ¿sabes?

Sus palabras son como un dedo invisible que levanta mi barbilla. Me sorprende encontrarlo con la visera de su gorra y la vista clavada en el cielo en lugar de mí.

Muchas veces pensé qué diría la gente al saber sobre mi padrastro. "Lo siento tanto, debería haberme dado cuenta". "Es un desgraciado". "No sé qué decir". "No merecías eso". Sé que lo sienten aunque no es su deber notar que algo anda mal cuando nada de esto debería haber ocurrido para empezar. Sé que es un desgraciado. Sé que no tienen palabras porque ni a mí me alcanzan. Sé, más que nadie y aunque en mis peores noches llegué a creer que sí, que no merezco esto.

Por eso me intriga que Zig no diga nada de eso.

—Hay muy pocas cosas que podría enseñarte teniendo en cuenta que tú eres mi tutora, pero correré el riesgo: ¿sabes lo que es el Big Bang?

—La teoría del origen del universo.

—¿Y nunca te preguntaste por la de su final?

Su mano alcanza la mía y entrelaza nuestros dedos. Mis ojos caen en el nudo que nos ata sobre mi regazo. Estaba tan nerviosa de que me tratara diferente o se alejara luego de saber sobre Henry que el alivio es un sedante en mi cuerpo.

—A todos les emocionan los comienzos, pero pocos se atreven a preguntar por los finales. —Estira las piernas y cruza un tobillo sobre el otro—. Hay algo llamado expansión cósmica, es cuando el espacio entre galaxias se estira. Es decir, ellas se separan entre sí porque el universo se expande. El problema es que lo hacen cada vez más rápido, lo que podría desembocar en un desgarro. *Big Rip* le dicen. Nadie puede impedirlo, pero esto tampoco puede seguir así por siempre. Lo curioso es que hay algo que acelera la expansión. Es la energía oscura, pero la naturaleza es conocida por ser equilibrada. ¿Sabes qué ralentiza la separación? —Levanta una ceja cuando me atrevo a mirarlo—. La atracción mutua entre galaxias.

Si hay algo peor que la presencia de Henry es la ausencia de Fanny. Me siento culpable por la forma en que le hablé. Sin embargo, aunque mi parte racional entiende sus motivos, es mi instinto de supervivencia lo que me hace ser incapaz de perdonarla. Me expuso cuando pasé la última década oyendo las consecuencias horribles que me caerían encima si la verdad se supiera: lo que les pasaría a mis amigos, mi mamá y cualquiera que me conociera. Estoy atrapada y todas las opciones son malas, pero la más

indulgente es agachar la cabeza y alejarme cuando se presente la oportunidad, si es que puedo.

No es justo, pero al menos me asegura que seré solo yo la que pague el precio del boleto de salida.

—¿Por qué esforzarse si el destino sigue siendo el mismo? —Me resigno.

—Porque entre las teorías del comienzo y del final está lo más importante, Monita.

Podría decirle que ese apodo me transporta a cada mañana cuando envuelvo un trozo de látex usado en una servilleta y lo empujo al fondo de la cáscara de una fruta que nunca como. Para mi sorpresa, oírlo esta vez no me hace pensar en Henry, sino en el chico que me sostiene la mano como si fuera su hermanita y la necesitara para cruzar la calle. Para atravesar cualquier cosa, incluso esto.

—¿Me das unos días? —pido con un hilo de voz.

—Delilah…

—Si le haré frente a la energía oscura, me gustaría tener todas las galaxias que pueda de mi lado.

Inspecciona mi rostro sin saber qué hacer mientras saboreo la estrategia. Puedo convencerlos de esperar un tiempo y distanciarnos del monstruo en lugar de enfrentarlo. Siempre que insistan diré que necesito un poco más y antes de que lo noten estaremos en la universidad.

Soy una mala persona por aprovecharme de la súplica que Zig halla en mis ojos, la misma ante la que Fanny cedió por años, pero ellos no saben lo que es estar tumbada en esa cama. Yo sí.

—Estoy cagado de miedo con la idea de que pases siquiera una noche más en la misma casa que ese hijo de puta… ¿Prometes que harás las paces

con Fanny y dejarás que te saquemos de ahí?

Ya pasaron demasiadas cosas malas, ¿qué son unas más?

Aprieto su mano con fuerza y repito la parte de la promesa que puedo cumplir.

—Hablaré con ella.

Su pecho se infla al tomar una bocanada de aire y da vuelta la visera de su gorra para que quede hacia atrás.

—En ese caso… —Mira a Schubert un momento, luego a mí—. Que la fuerza te acompañe —cita a *Star Wars*.

Le dedico una sonrisa antes de apoyar mi cabeza en su hombro.

—Estaré bien.

Es una mentira dulce.

CAPÍTULO 20

PLEGARIAS EN LA OSCURIDAD

Delilah

Recibo una notificación de Love.on.note. Es un dibujo de una sartén con un huevo donde se lee *Te extraño como alguien a dieta extraña las frituras, lo siento* en la yema. Hay humo y corazones rotos por doquier.

Aparto la vista del celular y la clavo en el estacionamiento semivacío de la escuela. En este momento no me sentaría a escuchar lo que sea que Fanny tenga para decir aunque mi vida dependiera de ello, y con la misma certeza lo primero que pediría si esa vida pendiera de un hilo sería oír su voz una última vez.

La quiero odiar y no puedo.

Sabe en qué bolsillo del bolso guardo caramelos para cuando me baja la presión. Sabe qué color de resaltador uso para subrayar los títulos y dónde está la cicatriz que me hice al caerme de su trampolín porque fue ella quien me curó. Sabe que me disgustan los padres que les dicen a sus hijos que no lloren y también que me toquen las muñecas. Sabe, no sé por qué, que de niña creía que había setecientas cincuenta y una estrellas en el cielo. Ni una más ni una menos.

Guardo el teléfono al fondo de mi bolso como si el nudo en mi garganta fuera a desaparecer con él. Sin embargo, la tristeza es empujada a

un rincón de mi mente cuando Salvador aparece detrás de mí —siempre puntual— en su Amarok para nuestra cita misteriosa.

Detiene la camioneta unos metros más adelante. No sé a dónde me llevará, pero cualquier lugar en el que podamos compartir tiempo juntos es perfecto. Él es mi plegaria favorita en la capilla de mis pensamientos. Hay algo beatífico en su forma de mirarme, como si en lugar de ser quien se arrodilla yo fuera la reverenciada en el altar. Mis silencios suelen imitar el vacío de las iglesias, pero no le molestan; lo hacen sentir en paz. Mis palabras, cuando me desborda la confianza, forman un sermón interminable; y él siempre se queda a oírlo.

La Biblia de una vida es muy larga, pero quiere leer la mía. Hace preguntas como si le pareciera interesante y crea campanadas cuando lo hago reír al contarle algo que nunca le confié a nadie.

Me preocupaba muchísimo por que el otro se sintiera cómodo a mi alrededor. Esta es la primera vez que alguien se preocupa por hacerme sentir cómoda a mí. Sin contar a Fanny.

Pero Fanny ya no está.

Por eso corro hacia la camioneta ansiosa por su compañía. Abro la puerta del copiloto y le sonrío, pero no es Salvador quien está detrás del volante.

Es Henry.

—Sube —ordena tranquilo.

Quedo petrificada en mi lugar. Una parte de mí cree que si evito moverme no notará que sigo aquí, sobre todo porque tiene la vista clavada al frente. Mantiene una mano alrededor del volante y se frota la mandíbula

con la otra, pensativo. El ruido que hacen sus uñas al rozar su barba perfectamente rasurada me revuelve el estómago.

—No me obligues a bajar, Delilah. Súbete.

La advertencia funciona como un interruptor que me despierta de la conmoción. La adrenalina aparece y hace que mi corazón quiera explotar y lo primero que pienso es en huir. Dar media vuelta y correr. Entrar a la biblioteca, esconderme bajo la mesa que uso para estudiar y pasar la noche ahí. O gritar, patalear y pelear, porque esta vez no es como las anteriores, él no está aquí por casualidad.

El cuerpo tiene tres formas de reacción al detectar peligro: huye, pelea o queda inmovilizado. La inmovilidad se presenta cuando crees que esa es tu mejor chance de sobrevivir: si dejas a alguien hacer lo que quiere, te dejará vivir.

Mi respuesta es subirme al auto y cerrar la puerta despacio.

Henry sale del estacionamiento y mantengo la espalda recta aunque deseo hundirme en el asiento como si el cuero pudiera tragarme. Intento controlar mi respiración, pero al girar en algunas esquinas mis pulmones pelean por aire y me esfuerzo en ocultar el jadeo.

Entonces empieza a tararear. En voz baja, animado, como si fuera un día cualquiera mientras no dejo de pensar que para mí es el último.

Me quitará lo poco que tengo.

Aprieto todos los músculos del cuerpo. No me atrevo a mirarlo, mantengo la vista en el parabrisas y cada persona que aparece en la calle se convierte en una posibilidad. Cuando nos detenemos debajo del semáforo, fantaseo con que la inspectora de tránsito me mire y se acerque para preguntar si estoy bien, que el hombre con la ventanilla baja que conduce a

la par voltee su rostro y note que algo está mal en el mío. Que alguien, quien sea, nos intercepte y jamás lleguemos a casa.

Pero eso nunca sucede.

Entramos al vecindario y la camioneta aminora la marcha hasta detenerse en la entrada del garaje. El chasquido metálico que Henry emite al desabrocharse el cinturón de seguridad envía un escalofrío a través de mi espina porque me recuerda al que lleva en la cintura.

—¿En serio creíste que no me enteraría de que andas paseando en el asiento del copiloto de una camioneta igual a la mía?

Al fin se gira a mirarme, pero mantengo la vista al frente porque las lágrimas se juntan en mis ojos y no quiero que me vea llorar.

—¿Te parezco tonto, Delilah? —Resopla divertido.

Clavo las uñas en el asiento y cierro los ojos un segundo para mantener bajo control mi respiración. Sudor frío me baja entre los omóplatos y por el esternón.

—Respóndeme —insiste—. ¿Te parezco tonto?

Sacudo la cabeza y la primera lágrima se derrama.

—No, claro que no soy tonto, aunque no puedo decir lo mismo de ti.

Se baja con un portazo que me sacude hasta los huesos y evidencia que está furioso, pero intenta mantener la compostura hasta que estemos al resguardo de nuestras cuatro paredes. Mientras rodea la camioneta debo apretar las manos en puños para no echar el seguro. Abre mi puerta y me apresuro a pegarme el morral al pecho y bajar antes de que me toque.

Todavía la sostiene cuando pone un dedo bajo mi barbilla para obligarme a mirarlo.

—Pensé que nos entendíamos, pero no… —Sonríe decepcionado—. Ahora entrarás a casa, irás a tu habitación y te sentarás a reflexionar sobre lo

que hiciste.

Con un nudo en la garganta me apresuro a subir los escalones de la entrada. Empujo la puerta mientras me limpio el rostro con la manga de mi suéter y me detengo en la mitad del pasillo cuando mi madre aparece desde la cocina inmersa en la tarea de abrochar sin éxito los botones de los puños de su camisa.

—Hija, ¿me ayudas?

Oigo los pasos de Henry fuera y me apresuro a cerrar la distancia entre nosotras. Mis ojos buscan con prisa los suyos, que siguen puestos en el botón que abrocho tan lento como puedo para ganar tiempo.

—¿Tienes que ir? ¿No puedes quedarte a cenar? —De alguna forma mi voz no se rompe, pero siento que el aire que dejo escapar en las pausas se escucha más fuerte.

—No, lo siento, ya voy llegando tarde.

Mi mente se convierte en un torbellino de cosas que podría decir, de manotazos desesperados que podría dar para no ahogarme aquí, pero el chirrido de la puerta anuncia que mi padrastro está a mi espalda. No sé si mis dedos se vuelven torpes por los nervios o en la tarea de retrasarla, pero abrocho el último botón con manos temblorosas mientras él se aproxima para darle un rápido beso en los labios a modo de saludo y despedida.

Se ubica a su espalda, mirándome mientras me aferro al antebrazo de mi madre y ella se queja sobre algo del trabajo.

Mírame, por favor, le suplico en mi mente. *Un segundo, eso es todo lo que necesito.*

Préstame atención.

No te vayas, no me dejes, no me olvides.

Sin embargo, ella se zafa de mi agarre distraída y mete un par de carpetas en el maletín que dejó en el recibidor. Mi mirada la sigue a sabiendas de que cuando desaparezca de mi vista quedaré indefensa.

—Regreso en un rato, guárdenme algo.

Extiende la mano y aprieta la mía a modo de adiós. Quiero aferrarme a ella, usarla de ancla para la tormenta que se cierne a mi espalda, pero las llaves de su auto tintinean cuando las toma y abre la puerta.

Mi corazón se sobresalta.

—¿Mamá? —llamo en un acto de valentía o desesperación.

Se detiene un momento y me mira.

—¿Qué pasa?

Llevo alcantarillas en los ojos, la boca y los oídos. Tuberías en los nervios que desembocan en el río de cosas que nunca dije. Cada día crece un poco, flotan en él los secretos y amenazan con rebasarme. Temo explotar y que me salgan por todas partes, pero ese momento nunca llega porque Henry deja caer el peso de su mano en mi hombro como una advertencia. Nadie se empapa en mi tristeza porque me la trago.

—Lo siento. —Me fuerzo a sonreír—. Olvidé qué iba a decir.

Me obsequia una sonrisa despreocupada y cierra la puerta.

Siento su aliento agrio al inclinarse en mi oreja para susurrar:

—A tu habitación.

Obedezco en piloto automático. Entro a mi cuarto, dejo el morral colgando del respaldo de la silla y mis manos se deslizan por los pines de porcelana que Fanny me compra cada comienzo de año. Me siento en la cama con la espalda recta. Aprieto las piernas y las manos sobre el regazo. Mantengo la vista fija en la alfombra de arcoíris.

Pero nada sucede. Nada se oye. Nadie viene.

Vacilo al levantar la vista. Henry no suele tardar. Cuanto más permanece la puerta cerrada, más presa del pánico me vuelvo. Si hay algo peor que verlo es no saber dónde está ni cuándo llegará.

Suelto el aire con labios temblorosos.

Veo de reojo el despertador en mi mesa de noche. Las agujas giran a su velocidad habitual, aunque cada segundo parece un minuto y cada minuto se siente como una hora. La medición del tiempo se convierte en un método de tortura que me arranca lágrimas silenciosas de a montones.

Está jugando conmigo, pienso. Y por mi rostro empapado podría decirse que está ganando.

Aprieto los párpados e intento pensar en otra cosa, pero todo es malo. Salvador creerá que lo dejé plantado y eso me punza en el pecho. Debí abrazarlo un rato más la última vez que lo vi. Debí apretar más fuerte la mano de Zig en el parque. Debí responderle la nota a Fanny.

Debí ser más lista y aceptar que mi vida nunca podría cambiar en lugar de engañarme a mí misma.

No dejo de tensarme, temblar y sobresaltarme ante el mínimo sonido. Pasa una hora y media en que no hago más que mirar el reloj y la puerta hasta que esta se abre.

Henry tiene una mirada en los ojos que nunca vi. Parece un abismo disfrazado de hombre.

Debí ser más lista.

La esperanza no es para chicas como yo. Como un globo con una falla, no importa cuánto soples, acaba por empequeñecerse frente a tus ojos. Puedes engañarte y taparlo con un dedo para que no se desinfle, pero da

igual, estás atrapada en la fiesta que alguien más se hace con tu carne y destinada a limpiar lo que quede luego del festejo.

—Te enseñaré por qué las mujercitas no deben mentirles a sus papás. —Se quita el cinturón de un chasquido.

Sopla las velas del pastel y quedamos a oscuras.

CAPÍTULO 21

BASTA UNA GRIETA PARA ROMPER LA REPRESA

Fanny

Los golpes en la puerta interrumpen la cena y espantan a Huevo, que salta de su silla con un maullido para esconderse debajo de la mesa. Los tenedores quedan suspendidos en el aire, a medio camino de sus destinos. Mamá y el abuelo tienen una de sus conversaciones con los ojos en las que intercambian preguntas y yo le echo un vistazo al reloj cucú de la pared. Es tarde y ya oscureció. Nadie pasa por casa a esta hora.

No debo de ser la única que sospecha que le pusieron algo alucinógeno a la carne con papas, porque nadie dice nada. Estamos seguros de que oímos otra cosa hasta que vuelven a golpear con más fuerza. La insistencia en el llamado me hace pensar lo peor y la silla chirría cuando me apresuro a levantarme al ver que mamá tiene la misma intención.

—Voy yo, debe de ser el idiota de Zig —le resto importancia.

Sin embargo, al abrir la puerta encuentro a un idiota diferente.

La cólera despierta del letargo donde la dejé dormir. Estuve demasiado preocupada por mi pelea con Delilah como para pensar en otra cosa, pero ver a Salvador me recuerda que avanzó sexualmente con ella y que eso podría haber salido muy mal. El problema es que mi ceño fruncido no llega

a profundizarse para expresar mi desagrado porque su rostro muestra desconcierto y luego preocupación.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—¿Está Delilah?

Ay, carajo. La conozco mejor que nadie, jamás se arriesgaría a decirle su dirección.

Él piensa que ella vive aquí y ahora estoy en un aprieto.

—No… —Echo un vistazo a mi espalda, donde mi familia permanece atenta a la conversación—. No está.

Abre los brazos y los deja caer con desesperación.

—¿Y dónde está? No llegó a la cita. ¿Puedes decirle que salga un minuto? Me gustaría hablar con ella.

Mi estómago está a punto de regurgitar lo que acabo de comer.

—No está aquí. —La metida de mamá alza la voz y se pone de pie—. ¿A qué te refieres con que no llegó a la cita?

Me aferro al pomo de la puerta y la entrecierro para que ellos no puedan ver a Salvador.

—¿Por qué son tan metiches? —Gruño en el intento de camuflar los nervios, pero ya me tiembla la mano izquierda—. Yo me encargo.

No obstante, el enojo es reemplazado por un hormigueo que se traga mi cuerpo entero. Es desesperación. Lo sé porque Salvador me mira directo a los ojos y hay desconfianza en su forma de hacerlo. Su voz sale ronca y resignada:

—No vive aquí, ¿verdad?

Aprieto los labios sin saber qué hacer. Si miento mi familia me preguntará el motivo, si digo la verdad me arriesgo a que aparezca en casa

de Delilah y Henry se descargue con ella. Incluso con él, y aunque en este momento lo detesto no lo quiero en la mira de esa bestia.

Estoy entre la espada y la pared. La presión crece cuando mamá se asoma sobre mi hombro:

—Búscala entre la calle Maple y…

—¡Dije que yo me encargo!

—¿Por qué me dijo que vivía aquí? —demanda él.

Mi madre tironea la puerta hasta que vuelve a estar abierta de par en par. Detrás, el abuelo limpia las comisuras de su boca con una servilleta antes de dejarla en la mesa y ponerse de pie.

—Yo… —Cierro los ojos un segundo, agobiada—. Es un malentendido. Uno muy gracioso.

Fuerzo una risa que muere al sentir cada par de los ojos sobre mí.

—Fanny, ¿por qué no quieres decirle dónde vive? —insiste mamá, cautelosa esta vez.

Doy un paso atrás y tomo mis trenzas para tener algo que hacer con las manos. Intento formular una mentira, pero mis neuronas se aprietan las unas contra las otras demasiado asustadas como para cooperar. Temo decir algo equivocado y a la vez soy consciente de que si no emito palabra empeoraré la situación porque los tres están expectantes.

—Porque… —Muevo las trenzas, inquieta—. Porque…

Salvador me mira y levanta una mano en algo parecido a una súplica.

—Sé que no te agrado, pero en serio estoy preocupado por ella.

—Ahora nosotros también —agrega el abuelo—. ¿Por qué Lilah le dijo a este niño que vivía aquí?

—Es que…

—¡Frances! —exige mamá.

Intento contenerlo. Trato de contenerlo con tanta agonía que mi cuerpo completo tiembla por el esfuerzo, pero las emociones ceden ante la presión y me rompen de adentro hacia fuera. Puedo sentir cómo me agrieto. Las lágrimas resquebrajan y desbordan la represa que llevo en el interior y escondo la cara entre las manos a pesar de que el llanto se escurre entre mis dedos.

Sollozo tan fuerte que el sonido me quema la garganta.

Hay un momento de silencio. Los tres quedan paralizados en sus lugares, desconcertados por mi reacción y sin saber qué hacer.

Delilah es mi mejor amiga y la amo, pero desde que la conozco me siento responsable de lo que le pase. Me acostumbré tanto a cargar sola el peso de esa responsabilidad que cuando me deshago de ella noto lo mucho que costaba sostenerla. Siento el alivio mientras lloro, y a la vez la culpa. El sentimiento de que soy una persona horrible por exponerla y también por guardar el secreto. Nunca importó qué decidiera hacer, todo se siente mal. Y estoy *tan* cansada.

Ya no soporto ni siquiera el peso de mi propio cuerpo. Mis rodillas ceden y caigo sobre ellas para agarrarme el estómago como si pudiera contener el desgarro por el que se escapa todo. Por el que me desinflo, desangro, vacío. Me abrazo a mí misma, aprieto y pellizco como si el dolor físico pudiera distraerme de lo mucho que me duele el alma.

—Fanny, ¿qué te duele? ¿Qué pasa? —Salvador intenta llegar a mí, pero mamá levanta una mano para detenerlo.

—Será mejor darle espacio —dice antes de dirigirse al abuelo—. Papá, ¿acompañarías a Salvador hasta su casa?

Murmuran algo antes de que la puerta se cierre, pero no llego a oírlo. Un segundo después sé que lo del espacio fue una mentira porque dos manos frías me ahuecan las mejillas y el rostro borroso de una versión adulta de mí misma aparece frente a mí.

—Cariño, respira. Mírame y respira hondo. —Inhala para que siga su ejemplo—. Respira muy, muy hondo y suelta el aire despacio.

Es como si estuviera ahogada con mi propio llanto. El aire no pasa. Mi pecho sube y baja sin ritmo, demasiado rápido. Me arrastro por el piso de la cocina hasta que mi espalda choca contra la mesada. Miro a mi madre en busca de ayuda y ella continúa instruyendo cómo debo respirar, sin alterarse.

—Eso es —asiente cuando la imito y desliza su palma hasta mi corazón, que golpea tan fuerte que podría atravesar mi piel—. Es un ataque de pánico. Pasará en un momento, lo juro.

Entre espasmos y lágrimas a medio camino de secarse nos sumergimos en una danza donde logro calmarme diez segundos antes de que me asalte otra ronda desgarradora de sollozos. Ella tira de mí a su regazo y me sostiene. Sus labios me rozan la sien mientras acaricia mi cabello y yo me desahogo.

—Lo siento —jadeo contra su hombro—. Perdón.

—No hiciste nada malo.

—Pero permití que alguien se lo hiciera. Yo… —Froto mi rostro contra su camisa—. Es que él… Él le hace cosas.

—¿Quién? ¿Salvador? ¿Por eso Lilah le mintió sobre que vivía aquí?

—No… —susurro—. Henry.

Fijo la vista al frente. Huevo nos espía escondido detrás de una pata de la mesa y no sé por qué la imagen me angustia incluso más.

—¿El padrastro de Delilah le hace cosas? —repite cautelosa e intenta disimular que se tensa, pero lo noto—. ¿Qué tipo de cosas?

Aprieto los párpados cuando me recorre otro estremecimiento y el llanto se vuelca entre las dos. Las palabras se amontonan en mi garganta con bordes filosos y tajan mi carne cuando intento sacarlas.

—Hija. —Me toma el rostro y aparta un mechón que se zafó de mi trenza—. Estás a salvo, estás conmigo, no hay nadie más aquí. Sé que es difícil, pero necesito que hables. ¿Qué le hace Henry a Delilah?

Lo sabe. Lo lee en mis ojos que son un calco de los suyos: mismo color, misma forma, mismas pestañas. *Mismo pánico*. Necesita que lo exprese en voz alta para hacer algo, pero es como aprender a hablar de nuevo porque jamás pronuncié la palabra y de alguna forma hacerlo vuelve la pesadilla algo real.

—La… La viola.

Ahí está.

Al fin.

Espero una reacción de parte de mamá. Se limita a asentir muy lento antes de refugiarme en sus brazos de nuevo. Me aferro a su carne como si quisiera volver a ser parte de ella, sobre todo cuando la impotencia que acumulé tanto tiempo se derrama en gimoteos. No sé cuánto tiempo paso tumbada dando respiraciones superficiales en el piso de la cocina, pero en un momento mamá abre el segundo cajón de la mesada y saca una caja plástica. Se las arregla para abrirla y rebuscar entre las tabletas hasta dar con algo llamado alprazolam.

Me enderezo y sacudo la cabeza con el corazón de nuevo al borde de una maratón.

—No quiero.

—Te ayudará a calmarte. Es lo que tomo a veces.

—Mamá…

—Por favor.

Dudo un segundo, pero acabo por abrir la mano para que deje caer la pastilla. La trago sin esperar el vaso de agua y mamá me ayuda a ponerme de pie para guiarme por el pasillo. No me muevo cuando intenta guiarme a mi habitación, y lo entiende al instante. Me frota los hombros y me acompaña hasta su cuarto, donde trepo sobre la cama de dos plazas y ella se toma su tiempo para arroparme con una manta que tejió la abuela, antes de sentarse en el borde del colchón.

Ahora que dejé de llorar la casa está en silencio. Sé que estamos solas, pero por algún motivo hablo muy bajito.

—¿Crees que soy una mala amiga?

Niega con la cabeza.

—Eres valiente, y mucho.

Sin embargo, hay una pequeña vacilación al final de la frase. Los ojos le brillan con un pensamiento nuevo y la respiración se le entrecorta a media inhalación. Es como si una cuenta regresiva iniciara en su rostro, que oscila entre mostrar el peor miedo de su vida y la más grande rabia.

—Fanny, ¿alguna vez Henry te…?

Sacudo la cabeza y la bomba es desactivada. Cierra los párpados un momento y no tengo que poner una mano sobre su pecho para saber lo rápido que debe de latirle el corazón.

—No quiero que él la siga lastimando.

Atrapa la lágrima que asoma por la esquina de mi ojo.

—No volverá a hacerlo.

Se inclina para dejar la huella de su brillo labial en mi sien y mis ojos amenazan con quedarse cerrados. Me duele la cabeza de tanto llorar y me siento drenada.

—Mamá se ocupará —susurra—. Ya no tienes que cargar con eso, cariño.

—Pero tengo miedo.

—Lo sé, pero lo haremos desaparecer.

No sé si habla de mis temores o de Henry, pero no pregunto.

CAPÍTULO 22

SI NO ES CONMIGO, NO ES CON NADIE

Delilah

Uno cree que conoce el dolor. A qué sabe, cómo se ve, cómo suena, cómo se siente. Sin embargo, olvidamos que las dolencias son como cualquier otra parte de nuestra biología: siempre que el ambiente cambia, evolucionan.

Si pensé que las cuatro paredes de esta habitación eran una réplica a escala real y personalizada del infierno, fui ilusa.

Esto es peor.

Él es peor, mucho peor.

Perdí la noción del tiempo. No sé cuánto llevo tumbada boca abajo en la cama —empezó cuando el sol seguía en el cielo y ahora está la luna—, pero el cuerpo me duele hace horas y empeorará si intento moverme.

Cada cierto par de minutos me asalta un temblor que no tiene que ver con estar desnuda y sentir frío. Es una secuela, como si mi cerebro hubiera sido desconectado del resto de mí y fuera incapaz de enviar una señal a mis extremidades para decirles que el ataque ya pasó.

Recuerdo la primera vez que sentí miedo de Henry. Habían pasado unas semanas desde que mamá le había abierto la puerta de nuestra casa y parecía amable. Siempre me traía dulces e incluso habíamos desarrollado

una rutina luego de cenar, cuando mi madre estaba demasiado cansada para hacer otra cosa que irse a la cama. Yo lavaba los platos, él los secaba y luego nos sentábamos a la mesa para compartir la golosina que aguardaba en su maletín. Nunca traía la misma, cada noche era una sorpresa. Tal vez me desconcertaba lo fijo que me miraba mientras la comía, pero luego me acariciaba el pelo desde la raíz hasta las puntas y me recordaba lavarme los dientes antes de desaparecer en su estudio. Al día siguiente encontraba pañuelos descartables hechos un bollo en su papelera.

Un viernes —era viernes porque pasé todo el fin de semana deseando que llegara el lunes para salir de casa e ir a la escuela— se disculpó por haber olvidado comprar algo dulce. Estaba por salir de la cocina cuando me obstruyó el paso y señaló la silla para que volviera a sentarme.

—Seguro tenemos algún postre en casa, espera.

Tomó una banana de la cesta de frutas y la deslizó a través de la mesa.

—Adelante —dijo.

El problema es que la fruta no cuenta como postre para una niña de nueve años.

—Ya me siento mal por haber olvidado el dulce, por favor —insistió.

Me miró mientras pelaba la fruta y negó con la cabeza cuando quise compartir la mitad con él.

—Cómelo así, es todo para ti.

No sabía por qué, pero me sentí tan incómoda que lo comí rápido y me lavé los dientes dos veces.

Esa fue la primera noche en que Henry entró a mi cuarto mientras mamá dormía. Esa noche empecé a tenerle miedo y esta es la noche donde en parte lo pierdo. No hay nada que pueda hacerme que sea peor que esto, y si existe prefiero cerrar los ojos para siempre.

Empezó despacio, como es usual. Me empujó por los hombros para que me recostara, me removió prenda por prenda, se subió encima y me besó muy despacio. Mantuve los labios apretados hasta que envolvió mi cuello con su mano y tuve que abrirlos para que pasara el aire. Sus ojos se oscurecieron con sadismo y sus pupilas dilataron odio.

—Si no es conmigo, no es con nadie —advirtió entre dientes.

Con la vista empañada di manotazos para que me dejara respirar y su respuesta fue inmovilizarme por las muñecas con una mano. Con la otra latigó su cinturón contra un pecho y luego el otro, en mi vientre y en mi entrepierna con la hebilla. Me giró e hizo lo mismo entre mis omóplatos, por mi columna, en mis costillas, en mi cola. Cada golpe más fuerte que el anterior, hasta que tenía la piel roja y la garganta desgarrada por gritar.

Esa parte no fue nada en comparación con lo que hizo después.

Los hombres como él le arrancan la ropa a una mujer como a un animal el pellejo, usando las uñas en lugar de cuchillos para abrirle la piel. Muelen a golpes su carne para que quede tierna a la hora de cocinarla, así ningún nervio se resiste. Se toman su tiempo para embestirla hasta desangrarla, al derecho y al revés. La toman del pelo y alzan su cara como un cazador levanta triunfal la cabeza de su presa degollada. Clavan los dientes para arrancar piezas de ella. Escupen a un lado las que no les gustan. Se vuelven a servir una y otra vez, incluso cuando están satisfechos porque mientras haya algo que comer alguien de esa clase jamás dejará el plato vacío.

Es insaciable porque no se puede llenar un corazón que no existe.

Y no importa cuánto supliques, cuántas veces prometas portarte bien y cuántas otras llames a tu mamá con esa voz rota que solías usar cuando te caías del tobogán y te raspabas las rodillas. Él no se detiene.

Al acabar deja sucio cada rincón y te ordena limpiar.

Tengo que limpiar. Me tengo que limpiar.

No estoy segura de si es mi imaginación, pero oigo cosas que crujen al impulsarme fuera de la cama. Tengo el cuerpo tan frágil que debo apoyarme en la pared para avanzar a través del pasillo en penumbras, de puntitas de pie para no despertar a nadie.

Cada vez que creo pisar demasiado fuerte echo un vistazo sobre mi hombro a la puerta al final del pasillo, más preocupada por despertar a mamá que a Henry.

Contengo el aliento hasta llegar al baño.

Abro solo la llave de la ducha caliente y temo mirar el espejo hasta que una neblina de vapor asfixiante se traga mi reflejo. Apenas tengo fuerza para fregarme con la esponja el cuello, los pechos y el interior de mis muslos. La piel está sensible; cada gota de agua se siente como un chispazo y me estremezco al ver el hematoma en mis costillas, donde una punzada de dolor me asalta en cada inhalación. Me lavo los dientes dos veces, me desenredo el cabello despacio porque el cuero cabelludo me arde y tiro al inodoro las bolas de hebras quebradizas que quedan entre mis dedos.

Regreso a mi cuarto a paso lento y con la mirada fija en esa puerta, pero me detengo un segundo al oír el chirrido de la rueda de Bukowski y Dickinson. Me desvío para tomar su terrario de la cocina y llevarlo conmigo porque no quiero estar sola.

Me siento en la cama con su casita en mi regazo. Ellos me miran con sus ojos redondos y oscuros y me muerdo el interior de la mejilla para no llorar de nuevo.

Hasta que oigo un golpe suave.

Me apresuro a dejar el terrario sobre la cama a pesar de que el movimiento duele. Me acerco a la ventana y la persona da un paso atrás cuando la abro. La brisa nocturna se mete sin permiso para calarme los huesos cansados debajo del pijama.

—¿Señor Shapiro? —susurro—. ¿Qué hace aquí?

Sus pantuflas se hunden en el césped. Está envuelto en un abrigo y se apoya en el bastón que jamás usa. A diferencia de mí, luce tranquilo. Las grietas con las que el tiempo le decoró la piel alrededor de los ojos y la boca están selladas con determinación, aunque en sus ojos color avellana todavía guarda gentileza.

—Abrígate. Te llevaré a casa, Lilah.

Lo observo con un nudo en la garganta al percatarme de que sabe todo.

—¿A casa? —repito entre confundida y esperanzada.

—Sí, mi niña.

Mi vista está borrosa de nuevo.

No sobrepienso qué hacer. No cuestiono las consecuencias. No me resisto. Apenas me late el corazón y me funcionan los músculos. A Henry no le quedó pesadilla por materializar, me presentó cada escenario que me aterraba y la idea de que vuelva a hacerlo me lleva a pasar un suéter sobre mi cabeza y meter los pies en mis zapatos.

Dejo caer el celular dentro del terrario y se lo paso al abuelo, que no hace preguntas ni comentarios. Me ofrece una mano para ayudarme a salir por la ventana y atravesamos el patio delantero.

Caminamos a la par bajo la luna a través de las calles vacías. El ulular de los búhos y el arrastre de sus pantuflas nos escoltan. Aprieto a los

cobayos contra mi pecho y mantengo el mentón alto y al frente, temerosa de desmoronarme si cruzamos miradas.

—Creí que no necesitabas el bastón para caminar —susurro.

—No lo traje para eso.

La vergüenza me impide volver a hablar y él ni siquiera lo intenta.

En lugar de doblar en la calle que lleva a su patio hace señas para que lo siga a La Hora Perfecta. Nunca estuve en la relojería de noche, pero una tenue luz se vuelca desde el interior. El problema es que está demasiado oscuro para distinguir algo desde afuera, incluso con el farol de la vereda encendido. Las llaves tintinean cuando el señor Shapiro las saca de su bolsillo e introduce una en la cerradura. Sostiene la puerta y veo que no estamos solos.

Aurora está recostada contra el mostrador frente a una caja en el piso. Es *La Caja*.

No levanta la vista cuando el chirrido del piso de madera anuncia nuestra llegada, tampoco cuando el anciano cierra la puerta o deja su abrigo en el perchero. Es como si estuviera atrapada en algún lugar de su mente, demasiado lejos para ser alcanzada.

Me agacho para depositar el terrario de Bukowski y Dickinson en el suelo y quedo de pie en medio del lugar, sin saber qué hacer.

—¿La has visto antes? —pregunta ausente.

Asiento aunque no sé si me está prestando atención. Cuando Fanny y yo nos hicimos amigas La Caja ya existía. Aprovechábamos el tiempo que Aurora salía a hacer las compras y el señor Shapiro estaba ocupado en alguna reparación para arrastrarla de debajo de la cama e intentar abrirla. A

veces solo nos quedábamos mirándola mientras teorizábamos sobre qué había dentro.

Otro tintineo me llama la atención y encuentro que el anciano no guardó sus llaves. Usó una para abrir la vitrina donde yace el reloj de arena. Lo saca con cuidado y lustra la inscripción en la base con la manga antes de tenderlo hacia mí.

—Rómpelo.

Parpadeo. Debo de haber entendido mal.

—¿Qué?

—Rómpelo, por favor. —Lo sacude un poco y la arena se tambalea de un lado al otro dentro de la cúpula en forma de corazón—. Es de bronce, no le harás nada, y el vidrio se puede reponer.

Me abrazo a mí misma y sacudo la cabeza. Es el último obsequio que le dio su esposa antes de fallecer. Él suelta un suspiro.

—De acuerdo, pero no te asustes.

Se agacha y con el bastón proporciona el primer golpe, una telaraña se extiende por el cristal. Con el segundo, se rompe. La arena se escurre por el corazón roto para formar un charco de falso oro a sus pies. A medida que el reloj se drena deja al descubierto algo.

El hombre mete la mano con cuidado de no cortarse y extrae una llave pequeña. Le pasa el pulgar para limpiarla e intercambia una mirada con su hija antes de entregársela.

—Fanny debe de haberte contado que prometí dársela cuando cumpliera dieciocho. —Se aclara la garganta—. Sin embargo, es cualquier cosa menos paciente. Desde pequeña intenta abrirla y, sin importar dónde esconda la llave, la encuentra. Es culpa de mi madre, le enseñó a jugar a la búsqueda del tesoro y se volvió buena en ello. —Resopla y las comisuras

del señor Shapiro se tuercen con nostalgia—. Por eso le pedí que la esconda a la única persona que podía jugar al mismo nivel que ella.

Pasa una mano sobre la superficie de madera de la caja antes de introducir la llave. El cerrojo cede con un chasquido. El anciano retrocede y recupera el bastón para apoyarse en él cuando Aurora levanta la tapa.

Cartas. Teníamos razón. Hay decenas de ellas. De diferentes tipos de papel y colores, algunas arrugadas y otras impecables como una reliquia. Puntas filosas y dobladas sobresalen por doquier.

—¿Son de su papá? —pregunto.

Aurora sacude la cabeza y cambio incómoda el peso de un pie al otro. Se siente mal que me muestre algo que le pertenece a mi amiga.

—Son mías. Las empecé a escribir cuando me enteré de que estaba embarazada. —Alza la vista y me mira a los ojos por primera vez desde que llegué—. Lilah, yo no quería tener a Fanny.

—Fue un accidente, lo sé.

—No, cariño, no fue un accidente. Fue una decisión y no fue mía.

Espero que continúe, pero no lo hace. La comprensión me afloja la expresión y los hombros hasta descruzarme los brazos. Miro al señor Shapiro para tener con quién compartir mi sorpresa, aunque él se limita a inhalar hondo y decir:

—Prepararé algo de té.

Vuelvo a mirar a Aurora, que con paciencia espera a que digiera sus palabras. Acabo por avanzar hasta ella y dejarme caer sobre mis rodillas frente a La Caja, incrédula ante su sonrisa nostálgica.

—Era mi novio de la secundaria. Llevábamos unos meses, pero por lo mucho que lo amaba parecía toda una vida. Íbamos a ir a la universidad juntos, él para estudiar algo sobre números y yo… —Saca una carta y le

alisa las esquinas con dulzura—. Yo quería estudiar Historia. Siempre me gustó buscar pistas en el pasado que explicaran por qué suceden ciertas cosas en el presente, me hace sentir una detective. La noche previa a un examen importante nos habíamos juntado a estudiar. Él se distrajo con los videojuegos mientras yo leía página tras página. Al final acabé cansada. Nos metimos a la cama como lo habíamos hecho decenas de veces y… —Levanta un hombro—. Él tenía ganas, yo no. Al principio nos reímos y tonteamos, pero su insistencia aumentó y le dije que no. *Se lo dije*, pero le restó importancia. Aseguró que sería rápido, que para qué tenía novia si no podía tener sexo con ella. Cuando volví a negarme no me hizo caso y…

Cuando un dolor viejo emerge a la superficie se siente como fermentado: más intenso es su olor en tu nariz, su sabor en tu boca, su peso en tus manos. Los secretos que se descomponen en el pecho acaban por marchitar el corazón.

—Me quedé helada, no pude reaccionar. Lo oía susurrarme que era hermosa y que me quería, pero las palabras no concordaban con lo que me estaba haciendo.

Deja la carta de regreso en su lugar y se lleva las rodillas al pecho.

—Él se durmió al rato mientras que yo no pude pegar ojo en toda la noche. Entregué el examen en blanco al día siguiente y… Entré en un estado de incredulidad por unas semanas. Funcionaba en piloto automático y me consolaba en la negación. Tenía la mente en blanco hasta que me di cuenta de que mi menstruación no había llegado. Eso me bajó a tierra, pero ya era tarde.

De repente esa ausencia paternal tiene otro sentido.

—Él no sabe que Fanny existe, ¿verdad?

—Era mi novio, decía me amaba y aun así me hizo eso. No podía permitir que estuviera cerca de ella.

Un nudo se aprieta en mi garganta e imposibilita que hable, aunque no sé qué podría decir. Me limito a asentir y ella se mece a sí misma al ritmo de los tic-tacs mientras recuerdo trozos de conversaciones con Fanny.

"Mamá parece tranquila, pero es una pícara. Solo haz los cálculos de cuándo me tuvo".

"Tienes que ser muy tonta para embarazarte por accidente. ¿Qué esperabas si tenías sexo sin protección? ¿Un triciclo?".

"No sé por qué proyecta sus sueños frustrados en mí, de seguro mi papá es más relajado".

"No debe querer que lo conozca porque querré irme a vivir con él antes que seguir soportándola".

"Es pan comido conseguirte las pastillas, ella se muere antes de que la haga abuela joven".

"*¿Por qué en vez de meterse en mi vida no se busca una?*".

Saber que en medio de peleas le ha dicho esas cosas en la cara y Aurora se lo permitió me encoge el corazón.

—Les conté a mis papás e intentaron denunciarlo, pero en esa época nadie estaba del lado de las chicas como yo. Él era menor de edad y la policía no pudo hacer nada. En realidad, creo que ni lo intentaron. Sabían que éramos pareja y me desestimaron al decir que era una adolescente despechada inventando cosas porque me habían sido infiel o alguna tontería. Había una clínica que se divulgaba de boca en boca que se encargaba de embarazos no deseados. Mi madre programó una cita y ese día

en la sala de espera una anciana me ofreció un par de caramelos que acepté. Entonces dijo "Es una niña. Los antojos dulces siempre son de niña".

Logra contenerse hasta que llega a esa frase. Su voz se quiebra y se le nublan ojos.

—No pude hacerlo. Amé a Fanny desde ese momento, pero mientras ella crecía también lo hacían la culpa y la rabia. Sabía que tenía derecho a conocer a su padre, pero él no tenía derecho a hacer lo que hizo. Así que empecé a escribir. Me desahogué y esperé que ella pudiera entenderme y perdonarme de grande. —Se limpia la lágrima que rueda por su mejilla y la desesperación causa un temblor en sus labios al señalar las cartas—. Tenía que contarle a alguien, Lilah. Y sé que es mi hija, pero en ese momento necesitaba una amiga y la encontré en mi panza. No… No hubiera sobrevivido a nada sin ella.

El sentimiento es tan familiar que me abruma. Me muerdo el interior de la mejilla para no desarmarme en sollozos.

—¿Entiendes por qué no puedo permitir que él vuelva a acercarse a ti? —susurra entrecortado—. Tengo que ir a la policía.

Sacudo la cabeza con fuerza como si con el movimiento también pudiera quitarme de encima la aflicción que me impide respirar. Me aferro a sus antebrazos con fuerza, pero si le duele no lo demuestra.

—¿Y si lastima a mi mamá? ¿Si les hace algo a ustedes?

Frunce el ceño con una mirada decidida.

—Tendrá que pasar sobre mi cadáver para tocar a cualquiera, sobre todo a ti.

Hay un segundo de silencio donde pienso en cada mañana y noche en que me prometí que mi vida sería mejor porque encontraría una forma de escapar. El miedo se ramificó por años como una enredadera y se adueñó de

cada parte de mi cuerpo. Asfixió y atravesó toda felicidad que encontró, pero detrás de las ramas y las espinas, más allá de los sueños rotos y el dolor, encuentro el débil pulso de una vida que no se rinde.

O que ya se rindió.

Quizás lo que tenía que hacer era dejar de luchar conmigo misma y pedir que me rescaten. Me desplomo en los brazos de Aurora con un llanto que siento nacer en las vísceras.

—Ya terminó, cariño. —Me acaricia el pelo—. Llora tranquila, ya pasó.

CAPÍTULO 23

LA GENÉTICA DE LAS CHICAS VALIENTES

Fanny

Es raro.

Junto a mi familia es donde me siento más segura y aun así me cuesta mucho hablar sobre mis inseguridades, sobre lo que me sale mal, aquello que me avergüenza, duele o asusta. Es contradictorio, pero así funciona.

Sin embargo, nunca pensé que era algo mutuo.

Mi madre siempre fue mi madre. Me cuesta despegar su rol en mi vida del individuo que es. Suelo olvidar que, aunque me conoce desde que nací, de ella apenas conozco la mitad de su vida. Esa otra mitad que vivió antes de mí existió y fueron dieciocho años de los que sé muy poco. Tuvo mascotas, amigos, pasiones, un primer beso y una primera vez, peleas con sus padres, pérdidas y dolores que la acompañan hasta hoy. Guarda dentro de sí un montón de historias.

Todos los días siento que atravieso algo, pero nunca me paro a pensar que lo mismo le ocurre a mamá.

Hasta ahora.

Estoy tan aturdida que pego la espalda a la pared del taller que hay en la parte trasera de la relojería al oír los pasos aproximarse, pero es inútil. No puedo hacerme invisible y carezco de tiempo para esconderme o regresar a la cama para fingir que duermo.

Delilah es la primera en verme. Frena con las manos de mi mamá sobre sus hombros y me siento igual que cuando era niña y me atrapaban hurgando donde no debía. La tensión crece en el silencio que nos envuelve, la miro y ella me mira sin saber qué hacer. El terror por su reacción mantiene mi guardia en alto. Espero que me grite igual que pasó cuando supo que le conté a Zig, pero se deshace del agarre de mamá para acercarse.

Contengo el aliento mientras intento descifrar qué sucederá. Entonces se me abalanza.

Somos una colisión estelar. Su abrazo es bruto, torpe y necesitado. El calor de su cuerpo espanta el escalofrío que me recorrió al creer que la perdería y hundo el rostro contra su suéter.

—Perdóname —susurra.

—Perdóname tú a mí.

Me aferro a ella con más fuerza. No pienso soltarla. Deberán traer una palanca para separarnos. Un serrucho. Un hacha. Una grúa. Al ejército estadounidense. El fin del mundo podría tocar la puerta y yo no me movería.

Mamá se cruza de brazos y me sonríe.

—¿Y ahora? —susurro cuando Delilah por fin se aleja.

Traga con dificultad. Bajo la luz del taller sus ojeras son profundas y me pregunto cuánto lleva sin dormir.

—¿Puedo usar la ducha? —evade la conversación.

Asiento a toda velocidad, pero noto la tensión en los hombros de mamá, quien se aclara la garganta y pronuncia con tanta delicadeza como puede:

—Si él te hizo algo en las últimas horas sería mejor que el equipo médico te revise antes.

No lo entiendo al principio. Por suerte es la primera vez que pienso antes de hablar y permanezco callada. Sabía que llegado este punto deberían hacerle una pericia psicológica a Delilah, pero olvidé el examen físico. Ducharse puede alterar o eliminar la evidencia biológica restante en el cuerpo.

El estómago se me revuelve al ver que aleja la mirada con pudor.

—Lo siento, me duché antes de venir —explica—, pero me gustaría volver a hacerlo.

Es más que eso, parece que lo necesita.

Conozco a mi mamá, esa forma de apretar los labios y masajearse el dedo corazón con el pulgar: por dentro zumba con ansiedad como yo y si por ella fuera ya estaríamos en la comisaría, pero cede sin cuestionar porque quiere facilitarle el proceso a Delilah y transmitirle tranquilidad.

Nadie la culpa por intentar quitarse de encima los recuerdos de Henry.

—Te llevaré toallas limpias —le dice.

—Y yo algo de ropa.

Me aprieta la mano en agradecimiento.

—¿Te molestaría darme lápiz y papel también?

Reprimo la curiosidad y revuelvo mi cuarto. Arranco una hoja del bloc de dibujo de la escuela, agarro unos pantalones cargo que le quedarán un poco holgados, ropa interior y una camiseta manga larga. Apilo todo sobre las toallas que mamá le preparó.

Un pensamiento intrusivo pasa como una estrella fugaz a través de mi mente. Dura apenas un segundo, pero es suficiente para asustarme y que no quiera moverme de la puerta. *¿Y si escribe una carta de despedida? ¿Tenemos*

objetos punzantes en el baño? Sin embargo, mi madre apoya una mano en mi hombro al oír la ducha correr.

—Sabe que estamos aquí, démosle algo de privacidad. El abuelo preparó té.

En la cocina el reloj cucú marca las dos de la mañana cuando nos sentamos a la mesa y el abuelo pone tazas humeantes frente a nosotras. El único sonido que se oye es el correr de la ducha, el ronroneo de Huevo y el tic-tac de las manecillas.

Rodeo mi taza para que el calor se filtre de la porcelana a mis manos y asomo la cabeza para que el vapor me caliente el rostro. Mi reflejo se distorsiona en el té y se parece bastante a como me siento, porque todas las certezas que tenía se estiran, deforman y difuminan hasta convertirse en dudas.

La historia con la que crecí es la historia que me conté a mí misma, pero hay otros narradores en el libro.

—Preguntaré algo estúpido, pero… —Mamá suspira—. ¿Estás bien?

Soy producto de una violación. Mi padre es un abusador y su ADN está afianzado en mis huesos. *Su ADN me hace en parte quien soy.* Me arrepiento de no haber prestado atención en la clase de Biología. Ahora me pregunto si la maldad está en los genes, si la pude haber heredado y si mis hijos la heredarán.

—¿Me parezco a él? —susurro.

Intenta ser fuerte, pero noto cuánto le cuesta tragar. Ladea la cabeza y me estudia unos segundos.

—Tienes su nariz.

—¿Me la puedo operar?

—No hasta que seas mayor de edad.

Dudo antes de volver a hablar. Me inquieta hacer preguntas cuyas respuestas tal vez no soporte. Sobre todo, cuyas respuestas no obtenga o sean verdades a medias porque quiere protegerme.

—¿Lo ves a él cuando me ves a mí, mamá?

La taza queda suspendida a un centímetro de sus labios. Vuelve a dejarla en la mesa y se inclina para ofrecerme una mano. Miro la palma abierta sobre el mantel, pero no la tomo. Quiero que sea sincera. Si me tiene rencor, la entiendo. Si no soporta verme algunos días, también. Debe de ser difícil tener un recordatorio constante del peor día de tu vida, en especial si el recordatorio habla y dice que eres una facilona que debería haber cerrado las piernas.

El recordatorio, Fanny Shapiro, es tan cruel como su progenitor.

Y no puede perdonárselo.

—Tienes mi cabello y el color de mis ojos, igual que la abuela. Heredaste su talento en la cocina y la terquedad de tu abuelo. Mueves los pies sin darte cuenta cada vez que oyes música y no importa cuántas veces te diga que te ates los cordones, desde que eres pequeña me ignoras porque siempre estás demasiado emocionada con algo como para detenerte. Eres la combinación de todas las cosas que amo. Cuando te veo, es eso: amor. —Tomo su mano y sorbo por la nariz—. Y sientes culpa, aunque no tienes por qué —añade con suavidad—, algo que tu padre nunca sintió a pesar de que tenía motivos de sobra. Eres una buena persona y una gran hija, no pienses lo contrario.

Parpadeo para alejar las lágrimas.

—Siento mucho que te haya pasado eso. Dijiste que yo era valiente, pero si lo soy es solo porque tú me enseñaste a serlo. —Tomo el mantel con

la mano libre para limpiarme el rostro—. Quién necesita un papá cuando tienes una mamá como la mía, ¿no?

Su risa sale baja y rota, pero es sincera.

—Es cierto, soy bastante espectacular.

—Por lo visto la modestia también se hereda… —Resopla el abuelo.

Se acerca a mi madre para darle un dulce beso en la coronilla justo cuando Delilah aparece bajo el umbral de la cocina. Todavía tiene el cabello enredado y mi ropa le cuelga como si hubieran vestido a un maniquí de niño con prendas de adulto, con la diferencia de que el dobladillo del pantalón le queda corto a pesar de que yo me lo piso y arrastro por todos lados incluso cuando lo doblo.

El abuelo se apresura a tomar la manta que cuelga del respaldo de la silla vacía y acomodarla sobre sus hombros. Ella le agradece con una sonrisa que no llega a formarse del todo antes de extender una carta hacia mí.

—¿Podrías dársela a Salvador?

Mi corazón se hace chiquito para darle espacio al suyo. Irónico, me quejé de Salvador desde la primera vez que apareció y los últimos días lo maldije en todos los idiomas que sé, que apenas es uno y medio porque seguro repruebo Francés. Contra todo pronóstico, la idea de que se aleje de él no me da la satisfacción que creí.

Me entristece. No tiene por qué perder más de lo que ya perdió. Se suponía que sacar a Henry de su vida le daría la libertad para ser quien quiera y estar con quien quiera.

—Puedes hacerlo tú misma cuando esto termine —aseguro, pero niega con la cabeza.

—No, no puedo.

CAPÍTULO 24

MILLONES DE BRAZOS Y AÚN ELEGIRÍAS LOS MÍOS

Fanny

Deslizo la carta por debajo de la puerta de la casa de Salvador con la esperanza de que Schubert no ladre. Debe de estar dormido, porque solo se oyen cigarras.

En la vereda, Zig me espera bajo la lámpara que ofrece la luna llena.

La pastilla que me dio mamá logró que durmiera un par de horas, así que ni siquiera intenté volver a la cama. Lo único que hubiera logrado es dar vueltas entre las sábanas hasta el amanecer.

El plan es ir a la policía a primera hora. Delilah sigue insegura sobre declarar y mamá le dijo que tenía tiempo para decidir si prefería que lo hiciera solo ella, pero que primero intentara descansar. Le cedí mi cama y el abuelo dijo que los vejestorios como él son mejores amigos del insomnio, por lo que se quedaría despierto en caso de que lo necesitase.

Con otro café montaba guardia cuando intenté escabullirme.

—¿Zigler? —se limitó a preguntar y yo a asentir.

Mi relación casi simbiótica con Zig es difícil de explicar, pero él la vio desarrollarse desde ese 2 de junio que llegamos al mundo juntos hace diecisiete años.

Le había escrito mientras arropábamos a Delilah:

¿Estás despierto?

La vida es demasiado interesante como para estar dormido.

No obstante, supe que estaba en la novena nube y mi mensaje lo había despertado cuando salió de su casa con una zapatilla distinta en cada pie y la mochila puesta como si fuéramos a ir a la escuela.

Son las tres de la mañana, caminamos por el medio de la calle vacía. Nos turnamos para patear una piedrita y nos detenemos en los semáforos, aunque todos los conductores duerman.

—¿Será verdad?

Levanta la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Que los violadores reciben una cucharada de su propia medicina en la cárcel.

Apenas lo suelto se me ruborizan las mejillas. Hay personas que buscan justicia al encerrar a alguien detrás de barrotes como si privarlo de su libertad fuera suficiente castigo cuando eso es lo más leve que Henry le ha hecho a Delilah. Una parte de mí quiere que sufra de cada manera posible, que su piel se estire, sus músculos se desgarren y su cuerpo sangre por dentro.

Son pensamientos muy oscuros y no me enorgullecen, pero tampoco me parecen una locura.

Nunca pensé que le desearía algo tan horrible a otra persona. Mi moral oscila entre ser mejor y ser exactamente como él. Creo que pueden

rehabilitar a un ladrón, pero ¿a un violador? ¿Cómo cambias una psiquis tan enferma?

—Olvídalo. —Sacudo mi cabello extrañamente destrenzado—. Es probable que ni siquiera lo condenen.

Vuelvo a caminar, pero Zig se mantiene quieto y me detengo. Echa la cabeza hacia atrás para buscar en el cielo lo que nunca encuentra.

—¿Recuerdas los *brownies* con nueces que hacías para vender en la escuela?

Sin ellos jamás hubiéramos podido comprarle el teléfono usado a Delilah.

—Tú y ella siempre peleaban por comerse el último.

—Sí, y cuando nos juntamos en el parque le ofrecí el budín de banana y nuez que habías hecho en son de paz. No lo quiso comer.

Me encojo de hombros y pateo una piedrita.

—Yo tampoco tendría hambre en una situación como la suya.

—No pasa por el hambre, sino porque dijo que *no le gustaba*. —Atrapa la piedrecita bajo su zapatilla—. Y sé que le gustan las nueces.

—A mí también, ¿qué tiene que ver?

Deja salir el aire por la nariz y se descuelga una correa de la mochila.

—Cuando le dije "Monita" y explotó al principio creí que estaba sobrepasada por la confrontación, pero no pude quitármelo de la cabeza… —Se descuelga la otra y me la tiende—. No sé cómo explicarlo. Tuve un mal presentimiento y revisé el cesto de basura de su vecino.

Los vellos de mi nuca y brazos se erizan. Observo la mochila con una náusea radioactiva.

—¿Qué hay dentro?

—Lo necesario para encerrar a Henry.

La esperanza me revolotea en el pecho, pero no me cuelgo la mochila a la espalda. Ni siquiera la quiero cerca. Es un recordatorio de lo repulsivo que puede ser el ser humano y, si pienso en mí misma, de lo despistado. Quizás alcancé mi límite de cargo de conciencia diario, porque no me cabe otra pizca de culpa en el cuerpo por prestarle poca atención a las personas que quiero.

Zig permanece callado la mayor parte del trayecto. Con las manos escondidas en los bolsillos del pantalón de gimnasia y los ojos puestos en la luna, la brisa ondea su cabello y también la camiseta contra su pecho inmune al frío. Aprovecho a mirar su perfil sin disimulo.

Si pude estar para Delilah se lo debo a que él estuvo para mí. Porque cuando estaba de mal humor, él lo espantaba; cuando quería llorar, él me dejaba; cuando reía, a él se le ocurría algo todavía más gracioso para que nunca me detuviera.

Los amigos son pilares importantes en la construcción de una vida.

—A veces creo que tus papás te fabricaron solo para mí —confieso—. En serio, no sé qué haría sin ti. Gracias por aguantarme y quedarte a mi lado a pesar de todo.

—No creo que una persona esté hecha para la otra. Eso significaría que nunca tuvimos otra opción más que acabar juntos. Y me gusta pensar que siempre la tendremos; que entre los millones de brazos que podrían arroparte para dormir todavía elegirías los míos. Que entre todas las voces con las que podría despertar, solo querría oír "buenos días" si tú lo susurras. Amar tiene un valor diferente cuando somos libres de marchar pero igual decidimos quedarnos.

Dejo de caminar.

Hora de muerte estimada: 3:33 de la mañana. Mi corazón se detiene a mitad de un latido y él se frena al ver que dejé de avanzar.

—¿Amar? —repito incrédula.

Pone los ojos en blanco y abre los brazos exasperado.

—Sí, amar. ¿Qué crees que he estado haciendo desde que te conozco si no es amándote, Fanny Shapiro? —Mi única reacción es parpadear—. ¿En serio estás sorprendida? —Resopla divertido y engancha su brazo con el mío para continuar—. Vamos, es tarde y mañana es un día importante. Tendremos tiempo para hablar sobre tú y yo luego.

Escondo el rostro en su bíceps durante todo el camino a casa como si no pudiera sentir mi sonrisa contra su piel.

CAPÍTULO 25

AHOGARSE EN LOS HUECOS DE LA TRAMA

Salvador

Dejarte ir es como echar alcohol en una herida. Sé que duele, pero es necesario; porque las personas como tú nunca florecen en lugares como yo. Porque tengo tantas lágrimas acumuladas que la lluvia que debería ayudarte a crecer no haría más que ahogarte. Porque el sol no llega a este rincón de mi habitación, donde la madera de la cama cruje en esa súplica exhausta y vuelve a ser otra persona quien aparta las sábanas de mis piernas.

Y quisiera que fueras tú -porque siempre pediste permiso, porque si una chica guarda silencio sabes que significa "no"-, pero si te cuento la verdad creo que ya no me querrías.

Mi peor pesadilla no es que me veas como un juguete roto y usado. Lo que me aterra es pensar que él te lastimaría si intentaras arrancarme de su lado, porque puedo permitir que haga lo que quiera conmigo, pero haría cualquier cosa con tal de que nunca te toque a ti.

Incluso si es dejarte ir.

Me froto el pulgar contra el labio mientras releo la carta por tercera o cuarta vez. Ya perdí la cuenta.

El chirrido de la puerta de mi cuarto me despertó esta mañana. Schubert apareció con la carta entre los dientes y le froté detrás de la oreja por traérmela. Tenía mi nombre escrito con elegante letra manuscrita en el sobre y mi primera reacción fue sonreír como un idiota porque sabía que era de ella.

Dejé el desayuno por la mitad al leerla. Mi apetito se cerró con la misma rapidez en la que escondí la hoja debajo de mi asiento cuando mi padre entró a la cocina. Me revolvió el cabello antes de irse a trabajar y mamá desapareció escaleras arriba luego de despedirlo.

—Me voy a la escuela —grité sin terminar el café.

Schubert percibió mi alteración. Se paseó entre mis piernas todo el camino e intentó llamar mi atención al tocarme con la pata, pero estaba demasiado ensimismado para corresponderle. Lo oí llorar detrás de la puerta al bajar con prisa los escalones del pórtico y subirme en la camioneta.

Llamé y no atendió. Envié un mensaje tras otro, pero ninguno obtuvo respuesta.

Ahora observo a través del parabrisas los distintos hogares. Cuando me presenté en la casa donde creí que vivía Delilah, la madre de Fanny dijo algo sobre la calle Maple antes de que su hija la interrumpiera. No tengo la dirección exacta, pero si debo tocar puerta por puerta hasta encontrarla lo haré.

La campanilla de la relojería que tintineó sobre mi cabeza hace unos meses fue una advertencia que no supe entender hasta que vi el reflejo de Delilah en el reloj que limpiaba. Los nervios no son algo con lo que esté

familiarizado, nada logra alterarme lo suficiente para hacerme perder la confianza, pero su presencia hizo temblar mi seguridad.

Así que fingí tenerla.

Nada cuesta tanto como aparentar tranquilidad frente a una persona por la que el corazón da volteretas. Me gustaron chicas antes, pero ella borró todos esos nombres con solo mirarme. Con suerte logré recordar cómo me llamaba yo. Mentiría si omitiera que lo primero que llamó mi atención fue lo bonita que era. Lleva en los ojos el color de esas lagunas exóticas y secretas que los viajeros no paran de buscar; los lunares esparcidos como estrellas que un astrónomo nunca se cansa de estudiar; el cabello largo y profundamente oscuro como la seda más refinada.

Parecía predecible, pero nada de lo que salía de su boca lo era. Hacía de cualquier conversación algo interesante. Quizá sin buscarlo limó la aspereza de mi desconfianza y de repente le conté lo que nunca le había dicho a nadie. Con la vulnerabilidad magnética que todos buscan en un mundo empeñado en endurecernos, caí rendido a sus pies.

Sin embargo, también era indescifrable, y si tengo una debilidad es completar rompecabezas. No lograba entenderla aunque me moría por hacerlo. Había demasiados huecos en la trama de la historia que contaba y quería llenarlos para conocerla, porque si algo sucede cuando te enamoras es el nacimiento de la insaciable necesidad de querer saberlo todo sobre la otra persona.

Y la preocupación.

Sabía que algo estaba mal, pero no podía identificar qué. Así que me resigné a dejar que el tiempo pasara, con la esperanza de que eso la ayudaría a abrirse. Presionarla conllevaba la posibilidad de espantarla y no

la quería en ningún lugar que no fuera en la biblioteca, a mi lado en la mesa, explicándome un concepto que olvidaría por quedarme mirándola.

Pero ¿la carta?

Se me ocurrió cuando la conocí que podía tener pareja. No solo por las pastillas, sino por esa timidez propia de quien solo está siendo educado cuando era claro que a mí me fascinaba. Era probable —¿quién no querría ser su novio?—, pero Delilah parecía demasiado moral para ser infiel. Sin embargo, no sería la primera ni la última persona en tener un desliz, sobre todo si estaban en malos términos. Habla mal de mí, pero no me importó. Nunca pregunté por miedo a que la respuesta pudiera alejarnos. Quizás si fingíamos que no existía, desaparecería.

Anhelaba su compañía a toda costa, si eso implicaba tragarme mis sentimientos y nunca poder besarla, así sería. Pero después de leer lo que escribió tengo el pulso alterado y estoy perdiendo los estribos.

Debe ser peor, mucho peor de lo que tenía en mente.

"Lilah, niña, ¿esa no es la camioneta de Henry?", preguntó el señor Shapiro el primer día en La Hora Perfecta, y fue como si la chica que acababa de conocer se desvaneciera detrás de sus ojos un momento.

Henry. No pude quitarme el nombre de la cabeza. Sobre todo porque Delilah jamás lo nombró. El día que tuvimos la cita doble alejé un momento a Zig de las chicas con la excusa de lanzarle la pelota a Schubert. Al ser nuevo le pedí un resumen de nuestros compañeros, pero nunca dijo ese nombre. La única explicación que tengo a que ella se echara a llorar luego de lo que hicimos en mi casa tiene que ver con él.

Me bajo de la camioneta y camino el sendero bordeado de flores hasta la primera puerta, pero nadie responde. La segunda es abierta por un niño con la mochila de preescolar cargada a la espalda, su madre aparece detrás

de él y niega con la cabeza cuando pregunto por Delilah. La tercera, la cuarta y la quinta casa de la cuadra responden lo mismo.

Cargo la esperanza hasta la siguiente vivienda, pero siempre que la puerta se abre y mi chica no aparece el malestar en la boca de mi estómago crece un poco más. Preguntarme por qué dejó la carta ahora no ayuda. Mi mente es un torbellino de posibilidades: que se mudó de la noche a la mañana, que sus sentimientos por mí la asustaron, que fuimos demasiado rápido, que su novio o su ex se enteró sobre mí y decidió hacer algo al respecto.

Que necesita ayuda. Eso me atormenta.

Subo a la camioneta y avanzo hasta la siguiente parte del vecindario sin importarme estacionar incorrectamente. Golpeo las puertas cada vez un poco más desesperado y me asomo a las ventanas en busca de alguien cuando no responden.

Hasta que del otro lado de la calle veo una Amarok idéntica a la mía. Debe de estar con él, por eso no contesta el teléfono.

Cruzo la calle corriendo. Las cortinas permanecen cerradas, pero no me desanimo y subo los escalones para llamar a la puerta. Contengo el aliento en el intento de oír pasos y la esperanza se reconstruye como un muro en mi pecho cuando escucho la llave en la cerradura.

Un hombre alto y fornido asoma la cabeza. Su voz es grave pero amable.

—¿Qué se te ofrece, jovencito?

—Busco a Delilah.

—No es un buen momento, está ocupada.

Intenta cerrar la puerta, pero me aferro al marco para detenerlo. No pienso moverme de este lugar hasta saber que ella está bien. Lo sorprende mi osadía, pero abre por completo y deja entrever el interior. Sin embargo, su cuerpo bloquea mi visión.

—Por favor —insisto—, puedo esperarla.

Por un momento pienso que me enviará por donde vine, pero algo capta su atención en la calle. Señala algo con el mentón.

—¿Es tuya?

Sigo su mirada a mi camioneta y asiento.

—Solo hay dos como esas en la ciudad, ¿sabes? —curiosea.

Entonces la que está estacionada frente a su garaje sí le pertenece a Henry.

Con un movimiento de la mano me invita a pasar. Guardo las mías en los bolsillos al entrar. Mi madre ama la música, y por eso me enseñó a afinar el oído desde niño: reconocer acordes, notas y ritmos, identificar intervalos, prestar atención a los detalles de cada sonido y compararlos con los que conozco. A pesar de eso, no puedo saber si sus clases surgieron efecto porque la casa está en silencio.

Tal vez ellos están en el patio.

Quien debe de ser su padrastro cierra la puerta a mi espalda y me insta a seguirlo a través de un corredor. Asomo la cabeza en cada abertura de forma tan discreta como puedo hasta que él se detiene para recargarse en el pomo de una puerta abierta.

Una de las paredes del cuarto está pintada de lila. La cabecera de la cama de una plaza descansa contra ella y puedo sentir el perfume de Delilah, que funciona como un imán para que entre.

—Creo que no nos presentamos.

Su padrastro extiende una mano hacia mí.

—Salvador. —La estrecho.

—Un gusto, Salvador. —Da un paso atrás y se apoya contra el marco destilando interés—. ¿Hace mucho que son amigos con mi hijastra?

No me gusta el término, aunque me ahorro corregirlo.

—Lo suficiente.

—¿Y por qué la buscas?

Temo meterla en problemas. Hasta donde sé a sus padres no les agrada la idea de que se relacione románticamente con alguien. Ni siquiera sé si conocen la naturaleza de su relación con este otro chico, aunque no me sorprendería que decidieran ocultársela. Puede que piensen que soy solo un amigo, como Zig.

—El silencio no suele ser una buena respuesta. —Se cruza de brazos con un suspiro—. Déjame adivinar, te enamoraste de ella, ¿verdad? Pues no te sientas único, de santa solo tiene la cara, porque además de verse con quién sabe cuántos nos miente al respecto.

Pero… ¿qué carajo le pasa?

El resentimiento en su voz me tensa los músculos. De repente el silencio es demasiado ruidoso.

—¿Está con Henry, sí o no? —suelto.

Impulsado por la impaciencia y el enojo doy un paso hacia él. Mi intención no es atacarlo, pero su acto reflejo es cazarme por la muñeca. Recuerdo haberle hecho lo mismo a Delilah sin querer esa tarde que le desenredé el cabello y un escalofrío me recorre la espalda. Reaccionó de la misma forma cuando el señor Shapiro mencionó la camioneta en la relojería.

—Tú estás con Henry, niño. —Aprieta su agarre—. Y no te irás de esta casa hasta que ella regrese.

CAPÍTULO 26

EL HONOR DE LLEVARTE AL ALTAR

Delilah

Estaba tan sobrepasada por la situación que tomé el teléfono equivocado al salir de casa. El celular último modelo no deja de vibrar sobre la mesa. Henry envía un mensaje tras otro. Se acumulan en la pantalla de inicio a la misma velocidad que las lágrimas en mis ojos. Leo palabras sueltas: *preocupar a tu madre, malagradecida, consecuencias.* Sin embargo, es cuidadoso. No envía un solo insulto, ni una sola palabra que pueda malinterpretarse o una amenaza concreta. Tampoco aparece aunque sabe dónde estoy. La geolocalización de la aplicación se lo marca y me sobresalto cada vez que oigo un auto pasar por la calle, convencida de que se le acabó la paciencia.

Una mano aparece en mi campo de visión. El señor Shapiro apaga el teléfono y lo deja boca abajo. En su lugar desliza una taza de café frente a mí y ajusto la manta alrededor de mis hombros. Apenas hay ruido en la casa sin las peleas matutinas de Aurora y Fanny antes de ir a la escuela. Salieron hace un rato rumbo a la comisaría, pero no pude acompañarlas.

No quiero salir de aquí, temo cruzarme con *él*.

Además, la idea de sentarme frente a un extraño y oír cómo teclea en la computadora mientras hace preguntas eternas y morbosas, para dejar un testimonio necesario aunque demasiado íntimo para ser leído por quién

sabe cuántas personas me cierra el estómago, hasta el punto en el que ni siquiera puedo darle un sorbo al café.

¿El hecho fue consentido u obligado? ¿Le sacó la vestimenta? ¿Hubo acceso carnal? Detalle la vía: oral, vaginal, anal. ¿Hubo forcejeo? ¿Conservó las prendas que vestía en el momento del hecho? ¿Existía una relación de convivencia? ¿Hay parentesco? ¿El hecho se cometió con uso de violencia, armas, intimidación, abuso de alguna relación de autoridad? ¿Cuál fue la duración o circunstancias en que se produjo el abuso? ¿Existen antecedentes por hechos similares? Detalle cuántos, dónde, cómo. ¿Su madre lo sabía? ¿Usted sufrió daño en su salud física o mental? Detalle la gravedad. ¿Hay secuelas? Detalle las circunstancias inmediatas, previas y posteriores al hecho.

No puedo.

Todavía no.

Entiendo que lo ideal sería hablar por mí misma en lugar de que Aurora y Fanny lo hagan por mí, y que si la policía hace esas preguntas es porque cuanto más precisas sean las respuestas más fácil será condenar a Henry, pero es una situación tan invasiva que no podría soportarla ahora mismo.

Prefiero un examen físico donde mi cuerpo hable por mí, pero me inquieta que me traicione y se quede callado. Los moretones desaparecen luego de unos días, es difícil demostrar cómo me hice ciertas cicatrices. No sería la primera vez que las marcas se borran de la piel y solo hay rastro de ellas en mi cabeza.

Hay algo que guardo en el fondo de mi mente. Es mi recuerdo más incomprendido: el que más me avergüenza, el que más culpa me da, el que

más contradicción me genera. Es borroso en mi memoria, pero las primeras veces que Henry me tocó no se sintieron mal. Estaba ahogada en pánico y no quería que sucediera. Psicológicamente fue una tortura, pero físicamente no podría decir lo mismo.

Y me da miedo decirlo y que lo usen en mi contra.

Es una respuesta fisiológica e involuntaria, la excitación no corresponde al placer, pero puede confundirse y muchos se aprovechan de eso. Me repito que la lubricación no es señal de disfrute ni de consentimiento, pero ¿qué hago si es mi palabra contra la de Henry? Si con los años se desdibujaron las pruebas, si los hematomas que me dejó ayer no alcanzan, si le creen a él y me devuelven bajo su tutela.

El chirrido de la rueda de Bukowski y Dickinson me obliga a mirarlos. Corretean de un lado al otro en el terrario sobre la mesa. Huevo los observa curioso moviendo la cola en la silla. Sobre él, el incesante tic-tac del reloj cucú dispara mi ansiedad. Las manecillas tardan una eternidad en girar, ignorando mi súplica para que Fanny vuelva pronto.

—Como alguien que se ha pasado la vida entera rodeado de relojes puedo decirte que mirarlos solo hace que las agujas giren más lento. —El señor Shapiro arrastra una silla para sentarse e intento sonreírle.

—Eso solía decir mi papá.

Mencionarlo inicia una combustión en mi pecho y fijo los ojos en el reloj en el intento de controlarla. Sin embargo, el humo de la nostalgia me quema la vista. Suelo fantasear con que nada de esto hubiera sucedido si él siguiera aquí. Entonces Henry nunca habría entrado en nuestras vidas.

Ahora no sé qué esperar de la mía luego de lo que está por pasar.

—Lo extraño mucho —añado con voz entrecortada—. Ya no sé qué hacer.

Es un comentario vacío en el sentido de que no aporta nada a la conversación más que aumentar mis ganas de llorar, pero el abuelo se saca los lentes y entrelaza sus dedos sobre la mesa dispuesto a lidiar con las lágrimas que me caen por la cara.

—No puedo hacer nada para que dejes de extrañarlo, Lilah —se lamenta—, pero puedo hacerle una promesa.

La manta se resbala de uno de mis hombros mientras lo miro desorientada.

—¿A él? —busco confirmar.

Asiente.

—Prometo cuidar de su niña como he cuidado de las mías. Aprenderé a hacer la sopa que le gusta y nunca le faltará abrigo ni una cama donde pueda dormir segura. Me quedaré despierto con ella si la asaltan las pesadillas y aunque me queje le cumpliré cada capricho y fingiré que no me derriten sus abrazos cuando me los dé, como hago con la molesta de mi nieta. —En sus labios baila una pequeña sonrisa—. Me encargaré de que tenga la vida que merece. Me sentaré en primera fila cuando se gradúe y asustaré a cada pretendiente que traiga a casa. Y solo si ella me lo permite, tendré el honor de acompañarla hasta el altar algún día.

Me cuesta la última fuerza de voluntad que me queda no romperme.

—¿En serio?

Vuelve a asentir, esta vez con los ojos vidriosos. Fanny dice que el abuelo nunca llora, pero parece estar cerca de hacerlo. Se aprieta los párpados con los dedos unos segundos antes de volver a ponerse los anteojos.

—Mi familia siempre fue tuya y tú siempre fuiste nuestra. Sé que estás asustada y mentiría si dijera que yo no lo estoy, pero… —Se encoge de

hombros—. Fanny, Aurora, el idiota de Zigler, ese novio tuyo e incluso el cascarrabias del gato… —Señala a Huevo con el mentón—. Todos estamos aquí para ti.

Las patas de la silla arañan el piso cuando me pongo de pie y la manta crea un par de alas que nos envuelve cuando lo abrazo. Mejilla contra mejilla, me palmea con cariño el brazo.

—Donde sea que esté, tu papá no tiene de qué preocuparse. Puedo prometer eso.

Fanny

—No entiendo, ¡les dimos las pruebas! Tienen su ADN y el de Delilah, ¿qué más quieren para arrestarlo?

Cruzar los brazos no me alcanza, debo contenerme para no patear el tablero sobre el que dejo los pies.

—Los resultados de una muestra tardan días. Además, es una denuncia grave. Un juez tiene que revisarla antes para ordenar un arresto preventivo. Estas cosas llevan tiempo.

Mamá se detiene en un semáforo y se deja caer con pesadez contra el reposacabezas. Está frustrada. No pudimos responder ni la mitad de las preguntas que nos hicieron porque esas respuestas solo las conoce Delilah, pero tampoco podemos llevarla a rastras si no está lista.

El policía masculino que nos atendió insistió en que debíamos traerla a la comisaría, pues eso facilitaría el proceso. Por suerte su compañera, una mujer con un rodete del que no se escapaba una hebra de cabello gracias al

gel, fue la que nos tomó la denuncia. La seriedad es algo del oficio, pero cuando tenía que hacerme preguntas se filtraba la suavidad en su voz.

Dijo que se encargaría de hacerle llegar la denuncia a una jueza de la fiscalía cuanto antes. Nunca estuve en una comisaría, en mi mente cuando denunciabas a alguien iban inmediatamente a tirar su puerta abajo y ponerle las esposas, pero hay muchos protocolos en el medio si no es un crimen que esté ocurriendo en ese mismo momento.

Levanto el trasero cuando mi celular vibra en el bolsillo de los *jeans* para sacarlo.

—Por la aplicación puede ver dónde está, Henry podría intentar llevarse a Delilah —insisto mientras ella avanza ante la luz verde—. O su mamá cuando la contacten, tiene derecho sobre ella.

—Dijeron que enviarán un patrullero a casa para vigilar, nadie se la llevará contra su voluntad.

En mi pantalla de inicio brilla una notificación de Love.on.note:

Haz que vuelva o me desquito con él.

Mi pulso se desploma. Bajo los pies del tablero y me aferro al teléfono con ambas manos para releer el mensaje. Saber que Delilah está segura con el abuelo quita la peor posibilidad de mi mente, pero ¿quién es *él*?

Contengo la respiración al pensar en Zig, pero es imposible. No tiene motivos para ir, sobre todo cuando lo primero que hice al despertar fue enviarle una foto de Delilah acurrucada en mi cama cuando me preguntó cómo estaba…

Mierda: la carta.

Es Salvador.

—¿Y si ella se va? —pregunto con urgencia.

—¿A qué te refieres?

Giro la pantalla para que lea y lucha por alternar la vista entre la calle y el mensaje.

—Es Henry —le digo—. Mamá, ¡es Henry! ¡Detén el auto!

Frena abruptamente y nuestros cuerpos se precipitan hacia el parabrisas, aunque son contenidos por los cinturones de seguridad. Desabrocho el mío y le lanzo el celular.

—Llévaselo a la policía. Nada de esperar a la fiscalía, esa es una amenaza concreta. Diles que hay un menor de edad en peligro.

Abro la puerta del copiloto e intento salir, pero sus dedos se enroscan en mi muñeca y me tira de regreso.

—¡¿A dónde crees que vas?!

—¡A casa! Delilah irá directo hacia él si sabe que tiene a Salvador y no pienso dejar que regrese ahí. Es una trampa.

Puede que ella esté aterrorizada de su padrastro, pero si hay algo que supera el miedo a ser herido es el miedo a que hieran a alguien que quieres. Y uno es capaz de hacer locuras con tal de impedirlo.

—Súbete, ven conmigo. La comisaría está a unas cuadras…

—¡Mamá, no tenemos tiempo! Por favor, diles que se apuren.

El pánico inunda su mirada e intenta que regrese al coche, pero tomo la puerta lista para dar un portazo cuando me señala con el índice en una advertencia.

—¡Ni se te ocurra acercarte a Henry! Directo a casa, ¿entendiste? —Su expresión oscila entre la furia y la preocupación—. ¡Dime que entendiste, Frances!

—¡Entendí, vete!

Cierro la puerta y apoya una mano en el reposacabeza del copiloto para mirar por la luneta y dar marcha atrás. Los neumáticos chillan cuando hace una maniobra en U y otro auto la insulta con bocinazos mientras se aparta de su camino.

Echo a correr a través de la calle hasta la vereda. Los cordones de mis zapatillas azotan la acera en chasquidos desiguales y dejo atrás una casa tras otra tan rápido como puedo. Cruzo las intersecciones sin mirar. Los coches frenan de golpe y esquivo parachoques sin siquiera levantar una mano en señal de disculpa. Cegada por la adrenalina ignoro la punzada que se dispara por mis costillas.

Debo doblar a la izquierda para ir a mi casa, pero me detengo entre jadeos. Apoyo las manos sobre las rodillas para recuperarme.

¿Y si Henry ya se contactó con Delilah? ¿No sería mejor ir a su casa para asegurarme de que no esté de camino ahí o, peor aún, ya con él?

—Mierda —susurro antes de seguir.

La policía no tardará en llegar. El plan es esperarla afuera e interceptar a Delilah si intenta entrar. Mantendré la promesa que le hice a mamá, o eso pienso hasta que veo dos camionetas Amarok color bronce estacionadas en la misma cuadra. A este punto Henry debe de saber qué tipo de relación hay entre ella y Salvador. Ni siquiera tengo tiempo de imaginar qué cosas le está haciendo porque actúo sin pensar.

No puedo dejarlo solo.

Cruzo el patio lateral hasta la puerta corrediza que hay en el jardín trasero y entro.

La casa está sumida en silencio.

CAPÍTULO 27

CORTAR LA LLAMADA

Fanny

Intento controlar mi respiración porque el aire entra y sale demasiado fuerte de mis pulmones. Delilah teorizó que Henry intentaría ocultarle su ausencia a su madre tanto como pudiera. Era mejor resolver el asunto por su cuenta antes que involucrarla y arriesgarse a que hiciera preguntas. Entonces Priscila debe de estar en el trabajo.

Casi sobre las puntas de mis pies avanzo a través de la sala de estar. Delilah no suele invitarme a pasar, en los años que somos amigas entré a este lugar una o dos veces con suerte.

Ahora entiendo por qué me hacía esperarla en la calle. El pasillo es sombrío, se abre como un túnel del que no hay salida. Hay algo en el ambiente que se pega en las paredes, como si la presencia de Henry acechara desde lugares que no alcanzo a ver. El frío me acaricia la nuca. No sé cómo Delilah soportó vivir en esta casa tanto tiempo. Mucho menos dormir en ella.

Asomo la cabeza por una puerta entreabierta, un estudio vacío. En otra, el baño. Más adelante se vuelca la luz de ambos lados: una pertenece al recibidor que conecta con la cocina, otra a una habitación. Y más allá, al final del pasillo, hay otro cuarto cuya puerta está cerrada.

Cierro los ojos con fuerza cuando el piso rechina bajo mi peso y me mantengo inmóvil un segundo, pero nada ocurre. Suelto el aire entre dientes antes de seguir. Me pego tanto como puedo a la pared y reconozco la habitación de Delilah por la alfombra de colores.

Y ahí está Salvador, intentando abrir la ventana.

Dejo salir un suspiro de alivio al ver que no tiene ni un rasguño. El sonido llama su atención y se voltea. Para su sorpresa le sonrío, pero para la mía sus ojos se abren de par en par. Doy un paso atrás para chocar con un cuerpo macizo.

—No es de buena educación meterse en casas ajenas sin invitación.

Apenas logro girar el rostro para ver a Henry cuando me rodea con los brazos. Le grito que me suelte e intento inútilmente zafarme de su agarre mientras me empuja en la habitación.

—¡No la toques! —grita Salvador antes de que él me arroje a la cama.

Mi cuerpo rebota contra el colchón al mismo tiempo que Salvador se abalanza para lanzarle un puñetazo. El impacto lo desestabiliza y de repente todo vuelve a quedar en un silencio sepulcral.

Las mantas se arrugan entre mis dedos al aferrarme a ellas con pavor. Salvador se interpone como un escudo entre él y yo. Resguardada tras su espalda observo a Henry enderezarse y masajear su mandíbula.

—Te dije que no me dieras problemas —le recuerda.

—Y no lo hice, hasta que la tocaste.

Su insolencia lo enfurece. En su mente es un momento crucial porque cree que todavía tiene la posibilidad de salir airoso de la situación ante los ojos de la gente, pero si decide ponerle una mano encima ya no habrá vuelta atrás. Quizás pudo mantener callada a Delilah, pero no puede hacer

lo mismo con nosotros. No hay amenaza que alcance. Nos deja ir o tiene que eliminarnos de la ecuación.

La tensión es densa y palpable. Henry cierra las manos en puños y adivino que sus pensamientos se mueven como un péndulo entre un escenario y el otro al compás de su mirada. Mientras tanto el corazón me late en la garganta. Siento que escapará por mi boca hasta que él inhala hondo y da un paso atrás.

—Solo quiero hablar con mi hijastra —se limita a decir.

Estamos a salvo, la policía entrará en cualquier momento, pienso.

Entonces Salvador abre la boca.

—Pues no le podrás hablar ni por teléfono. Cortaré la llamada cada vez que lo intentes.

Y con eso arroja la cerilla al fuego. Su expresión se ensombrece y con un gruñido tironea del cuello de la camiseta de Salvador y lo estampa contra el escritorio. El lapicero de cerámica estalla contra el piso, salen lápices en todas direcciones y la silla se cae hacia atrás. Henry no lo suelta por nada del mundo y le da puñetazo con una violencia que me hace chillar.

—¡No, déjalo en paz! —suplico—. ¡Déjalo!

No se detiene, descarga su ira otra vez. La sangre brota abundante de la nariz de Salvador y le tiñe los dientes de rojo. Me lanzo sobre la espalda de Henry sin pensar y clavo mis uñas en sus ojos. Grita y comienza a girar en el intento de deshacerse de mí. El dolor se dispara por mi cuerpo cuando nos empuja contra las paredes, pero aprieto los dientes y resisto, al menos hasta que me aplasta contra el armario con todo su peso.

El golpe me deja sin aire. Un cuadro cae al suelo y por fin lo suelto.

—Nunca me agradaste, ¿sabes? —Henry me arrastra del cabello a través de la alfombra.

Grito y lloro y pateo, pero nada de lo que hago sirve. Henry golpea mi cabeza contra la madera de la cama y me obliga a mirarlo.

—Haces muchas preguntas que no te incumben y eres una mala influencia para Delilah. Tu papá debió enseñarte a comportarte, pero no te preocupes. Lo que no hace un hombre lo hace otro.

Me sube sin esfuerzo a la cama y me inmoviliza al sentarse sobre mis caderas. Doy manotazos, pero pierdo fuerza apenas sus dedos se cierran alrededor de mi cuello. Mis bocanadas de aire son desesperadas e intento quitarme sus manos de encima.

—¿Qué…? —Mi voz sale en un hilo—. ¿Qué haces?

Baja el rostro hasta el mío. Su aliento rancio y caliente me eriza la piel.

—Eres una mocosa molesta, pero bonita.

Con una mano intenta desabrochar su cinturón y me retuerzo de un lado al otro. Araño cada parte de rostro que logro alcanzar, pero no es suficiente. Me cuesta cada vez más respirar y su presión en mi garganta hace que mi visión se torne borrosa.

De repente, ya no está sobre mí. Jadeo ruidosamente y me llevo una mano al pecho. Salvador tomó el morral de Delilah y cazó por el cuello a Henry con la correa: lo ahorca con toda la fuerza que le queda.

—¡Fanny, corre! —ordena—. ¡Vete!

Tosiendo me tropiezo con mis cordones al ponerme de pie y caigo de rodillas en la alfombra, pero no dejo de avanzar. Gateo hacia el pasillo mientras forcejean hasta que Henry lanza un codazo al rostro de Salvador y se libera.

Me agarra del tobillo. Me aferro al marco de la puerta pero él tiene más fuerza y logra que me suelte. Me deja boca arriba de un solo movimiento y me agarra de las muñecas.

—¿Quién te va ayudar ahora? —Ríe—. ¿Delilah? Si supieras lo quieta que se queda cuando la toco… —Fundida en odio, le escupo. Cierra los ojos un segundo y su sonrisa se amplía al negar con la cabeza—.Nunca supe diferenciar entre su obediencia y su cobardía, ¿sabes?

Salvador se arroja sobre él para quitármelo de encima y ruedan hasta golpear la mesa de luz que tiembla ante el impacto. Forcejean por sobreponerse al otro. Piezas del lapicero roto se clavan en mis palmas al arrastrarme hacia atrás sin dejar de mirarlos por miedo a que Henry vuelva a atacarme. En cuanto llego al pasillo me aferro a la pared para ponerme de pie, pero oigo el rasguido de una tela.

El hombre hace jirones la camiseta de Salvador al tironear de ella para golpear la cabeza del chico contra el piso antes de darle un puñetazo en la boca del estómago. Él jadea y se dobla sobre sí mismo en posición fetal antes de que Henry lo cace del cuello como hizo conmigo.

—¡¿Y tú qué crees?! ¡¿Que por ser varón no puedo darte la misma lección?!

—Púdrete —escupe con ojos llorosos.

Debo correr a la puerta, pedir ayuda. Pero no puedo dejarlo.

Impulsada por la adrenalina tanteo buscando algo en el piso. Cualquier cosa. Un brillo metálico capta mi atención. Entre los lápices cazo una tijera y me abalanzo hacia Henry. Sin embargo, él es más rápido. Con un revés de la mano me lanza al suelo y mi cabeza golpea el borde del escritorio.

El mundo queda a oscuras.

CAPÍTULO 28

LA IMAGEN QUE MÁS ODIAS

Delilah

—Espera, hija, más despacio. ¿Salvador qué?

Levanto la vista del café para encontrar el ceño fruncido del señor Shapiro al teléfono. Se apresura a incorporarse de la mesa y apartar la cortina de la ventana de la cocina para echar un vistazo al patio mientras su mano tantea por el bastón que descansa junto a la heladera.

—¿A qué te refieres? Fanny no está aquí.

Me quito la manta de los hombros al oír algo a la lejanía. El sonido cobra fuerza poco a poco, es chillante y apremiante.

Sirenas de policía.

El abuelo intercambia miradas conmigo. El pánico debe de volcarse a través de mis ojos porque intenta llegar a la puerta antes que yo, pero la abro y echo a correr a través de los aspersores ignorando cuántas veces grita mi nombre. Mis zapatos aplastan el césped y luego el asfalto. El cielo mañanero se destiñe de azul a púrpura y los autos, las casas y los vecinos se vuelven una mancha borrosa en mi visión periférica.

Solo puedo mirar al frente.

Me duelen las costillas y brota sangre de las heridas en mis talones. Aparto con rabia los mechones que me obstruyen la vista y jadeo tan fuerte que me escuece la garganta.

Fanny, Salvador.

Fanny, Salvador.

Fanny, Salvador.

Luces rojas y azules emergen desde la esquina, bañando el pavimento y las copas de los árboles. Paso corriendo junto a la camioneta de Salvador e intento entrar a casa, pero unos brazos me interceptan. Una mujer uniformada me sostiene contra su pecho mientras sus compañeros suben los escalones de la entrada. Demandan que alguien abra, pero nadie responde y acaban por entrar a la fuerza.

Es como si dejaran mi alma al borde de un precipicio. La incertidumbre de no saber qué sucede la mantiene en vilo. Que retroceda o se arroje al vacío está en manos de quien sea que salga por esa puerta.

Dejo de luchar contra la oficial. Cada sonido es ahogado por mis latidos: los siento bajo la piel, en el pulso de mis piernas y la sangre que corre en mis oídos, en la celeridad con la que bajan mi estómago y mi pecho y en la quemazón de mi garganta. Abro la boca, seca e inútil porque nada sale de ella, y tomo aire.

Lo retengo.

Lo retengo.

Lo retengo hasta que los veo.

La imagen me rompe y dobla en dos. La mujer es incapaz de soportar mi peso y caigo sobre mis rodillas sintiendo que podría morirme justo aquí de alivio o terror cuando Salvador carga a Fanny a través de la puerta.

Tiene el cabello hecho un desastre y un corte en la ceja. Su nariz y su boca gotean sangre, que salpica su camiseta hecha jirones. Fanny permanece acurrucada contra su pecho. No puedo ver su rostro hasta que él

la deposita sobre el césped, fatigado. Gateo y con dedos temblorosos aparto el cabello de su rostro para encontrar que respira con dificultad.

Tiene un ojo inyectado de sangre y un poco hinchado. Acuno su mejilla con cuidado y muerdo el interior de la mía para no echarme a llorar.

—Fanny… —susurro—. Lo lamento tanto.

Sonríe de forma despreocupada, pero sus ojos y el temblor de sus manos delatan cómo se siente aunque intente parecer fuerte. Sé que le resta importancia para evitar que me sienta peor.

—¿Qué dices? —Tose—. Si estoy mejor que nunca.

Hay un chillido de neumáticos. Aurora frena el coche a mitad de la calle y ni siquiera cierra la puerta al bajar. Sus ojos examinan el lugar hasta que nos ve y echa a correr para caer a mi lado.

Me aparto mientras se abrazan. No hay palabras que pueda decir que borren la angustia en los ojos de su mamá ni el miedo en los suyos. Fui yo quien las puso en esta situación y el peso de esa culpa hace que me cueste mantenerme de pie. Retrocedo porque estoy de más aquí, pero siento que alguien me mira.

Busco evitar el magnetismo de sus ojos, pero Salvador se acerca a pesar de que sacudo la cabeza una y otra vez. No merezco estar cerca de él y aunque lo hiciera es demasiada la vergüenza, porque mi padrastro le hizo eso y ahora sabe que también me lo hizo a mí.

Se detiene a un paso de distancia mientras la sal me empapa los labios. Sus dedos rozan mi barbilla y me obliga a mirarlo. Bajo la violencia impresa en su piel y la sangre a medio camino de secarse siguen estando los ojos de la persona amable que conocí en la relojería.

Del color de la miel y las nueces, de ese marrón tan suave que juega a ser dorado cuando los primeros rayos de sol deciden iluminarlos como un

reflector.

Levanta sus cejas castañas en una súplica silenciosa, pero no cedo. Intento escapar y me sujeta la mano para evitarlo. Trato otra vez y desliza sus dedos por mi cabello. Empujo su pecho para alejarlo de mí y es cuando me rodea con sus brazos.

—Estoy aquí —susurra—. *Déjame estar para ti.*

Ya no soy lo suficientemente fuerte para seguir entera y acabo por rendirme. Que me sujete es lo que más quiero en el mundo.

Me da uno de esos abrazos en los que parece que competimos para ver quién puede sostener al otro más fuerte. Me mantiene en una pieza aunque siento que estoy rota en miles de ellas, y entierro el rostro en el hueco de su cuello. Sollozo al oír las sirenas de la ambulancia seguidas de los insultos de Aurora cuando la policía saca esposado a Henry. Mientras el señor Shapiro llega para contener a Fanny, ella intenta a toda costa abalanzarse sobre mi padrastro.

Dice que lo matará y los oficiales la mantienen a raya.

—No mires —susurra Salvador contra mi cabello, pero lo hago de todas formas.

Un policía abre la puerta trasera de una patrulla y otro apoya una mano sobre la cabeza del monstruo para que la agache al entrar, pero antes de que lo haga sus ojos caen en mí, glaciales y hostiles. Mi mano sobre lo que queda de la camiseta de Salvador se cierra en un puño pero no aparto la mirada porque estoy cansada de hacerlo: lo abrazo más fuerte y esa es la última imagen que Henry tiene de mí.

La que más odia, porque sabe que ya no le pertenezco.

Se acabó.

CAPÍTULO 29

EL AMOR QUE DETUVO TODOS LOS RELOJES

Delilah

—¿Es verdad eso de que acostarse con el pelo mojado hace que te salgan hongos en el cuero cabelludo?

Fanny mira con desconfianza su almohada. Aliso las sábanas de la cama improvisada que su mamá me armó en el piso.

—Digamos que la humedad y el calor prolongado crean un entorno ideal para que proliferen las bacterias.

Abre los ojos con horror.

—Bueno… —Se desinfla—. Si sobrevivimos al día de hoy, una infección fúngica es pan comido.

Se acuesta y me mira desde arriba, asomada por el borde del colchón. Su cabello recién salido de la ducha parece más oscuro que cuando está seco. Luce como carmín y es tan largo que las puntas le rozan la cintura.

Tomo un mechón del mío. Está seco porque me bañé por la tarde luego de ir al hospital por el examen físico. No estaba segura de hacerlo, pero cuando pregunté si podía negarme y dijeron que estaba en mi derecho fue como si me sacaran un peso enorme de los hombros. Tardé un rato hasta decidirme.

No porque tuviera miedo, sino vergüenza.

Una doctora de la policía forense, una enfermera, una odontóloga, una psicóloga y una trabajadora social me vieron. Todas mujeres. La médica empezó por preguntas sobre mi menstruación —cuándo me vino por primera vez, cómo es mi ritmo menstrual, cuándo fue mi último período—. Preguntó por tampones y anticonceptivos también. Antes de tocarme decía dónde lo haría y con qué. Aunque aseguraba que quizás sentiría frío o molestias, me sobresaltaba igual ante la sensación de los instrumentos helados contra mi piel.

La parte más incómoda fueron las fotos de las lesiones. Me pone nerviosa no saber quién las tiene y quién las puede ver. Tuve que morderme la lengua para evitar rechazar esa parte, solo porque sé lo importante que es.

Cuando terminamos me acompañaron de vuelta a la recepción y vi a una mujer de cabello negro de espaldas; por un segundo pensé que era mi mamá.



Pero no.

Ella no se contactó, ni se contactaría por un tiempo. No tocó la puerta, no envió un mensaje, no llamó. Es como si la tierra se la hubiera tragado.

La mayoría de las veces las madres no dudan en creerles a sus hijas y en el fondo estoy segura de que me cree. Sin embargo, está en *shock*. Igual que con la muerte de papá, la crueldad de la vida la tomó por sorpresa una vez más y entró en un estado de negación donde evita enfrentar la realidad

porque es demasiado dolorosa. Quiere escapar del peso de una culpa que podría quebrarla, porque pienso que si la situación fuera al revés yo nunca me perdonaría haber metido a un tipo como Henry bajo el mismo techo que mis hijos y me condenaría por no haberme dado cuenta de lo que ocurría.

Incluso si mi hija lo oculta tan bien como yo y, al final del día, supiera que no es mi culpa.

O eso me digo.

Me aferro a la esperanza de que mi madre está avergonzada y en un tiempo se acercará para no pensar en la posibilidad de que genuinamente está del lado de mi padrastro.

Aunque la posibilidad exista, *es mi mamá*. No importa cuántas personas me abracen, quiero que lo haga ella. No importa si no se comporta como lo haría cualquier otra madre. No importa si la idea de verla me da pudor por todos estos pensamientos asquerosamente intrusivos como que *él tenía relaciones con ella mientras abusaba de mí*, me lanzaría a sus brazos sin dudarlo.

Aurora intentó contactarla, lo sé porque a escondidas la oí dejarle mensajes en el buzón de voz. Los primeros eran suaves: "…es una situación delicada, ¿quieres que vayamos por un café a hablar antes de que la veas? Te hará bien desahogarte". Sin embargo, ante la falta de respuesta subieron de tono: "Ella te necesita, compórtate como una madre y aparece".

Lucho contra la sensación de abandono y los Shapiro se han esforzado en contenerme, pero no importa qué tan altos sean los muros construidos, las lágrimas pueden rebasarlos todos.



—¿Estás cómoda? —La voz de Fanny es suave cuando intenta sacarme de mi ensimismamiento—. ¿Quieres más mantas? ¿Un vaso de agua? ¿Té? ¿Tres millones de dólares? ¿Galletas?

Sacudo la cabeza.

—Pues yo sí —dice antes de incorporarse.

Abre el cajón en su mesa de noche y por un segundo creo que se me caerá en la cabeza, pero lo cierra y agita un *tupper* con galletas en forma de florcitas.

—¿De dónde sacarás tres millones de dólares?

—Todavía intento averiguarlo.

Me pasa una galleta y le da un mordisco a otra. Me observa darle vueltas a la florcita que desprende olor a vainilla, tiene un botón de chocolate y está salpicada con más.

—¿Qué piensas? —pregunta.

—Yo… —Levanto un hombro—. Me pasé la vida deseando deshacerme de Henry, pero ahora no sé qué hacer. Será raro despertarme y… No lo sé, ser normal. —Dejo de inspeccionar la galleta para mirarla—. ¿Cómo es ser normal?

Baja la velocidad con la que mastica y se toma un momento para pensarlo.

—¿Te digo cómo se ve la normalidad? El abuelo nos preparará el desayuno y Huevo intentará comérselo. Mamá nos apurará porque por mi culpa estaremos retrasadas y Zig musicalizará el camino a la escuela

desafinando una canción de Taylor Swift. En clase Christine se quejará de lo mucho que odia a Molly Ferrifeshka, porque ese parece ser su tema favorito. Te copiaré la mayoría de los ejercicios de Matemáticas y por la tarde me aburriré mientras barres la relojería en lugar de ir a saltar conmigo al trampolín. —Se sacude las migas de las manos—. En unos meses iremos a comprar nuestro vestido de graduación y el año que viene pelearemos porque dejaré el dentífrico destapado en el baño que compartiremos. Estudiarás lo que te gusta, te arrastraré a una fiesta y sostendré tu cabello la primera vez que vomites. Me oirás tener sexo desenfrenado con Zigler y yo me quejaré cada vez que abra la puerta y aparezca el chico agujereado, pero en el fondo estaré feliz porque al fin la encontraste.

—¿Encontrar qué cosa?

—Esa persona de la que hablaba la abuela, esa clase de amor que detiene los relojes.

Frunzo el ceño.

—Salvador no es esa persona.

Su mano queda a medio camino de agarrar otra galleta y me incorporo para quitarle el *tupper* y dejarlo sobre la mesa de noche. Me mira desconcertada y a mí se me escapa una risa que podría ser hermana de un sollozo. Es tan ciega para algunas cosas que resulta tierna.

—El amor que detuvo todos los relojes fuiste tú, Fanny. Desde que eres mi amiga el tiempo dejó de existir. Cuando estoy contigo no pienso en nada más. Solo… —Busco la palabra exacta—. Soy feliz. Tú me haces feliz. El tiempo era una tortura antes de conocerte, pero cuando nos hicimos amigas dejé de contar los minutos porque estaba demasiado ocupada riendo contigo.

—Delilah…

—Y creo que… —insisto—. Creo que esa es la definición de felicidad: que no te importe el paso de la vida porque estás demasiado ocupado viviéndola. Más que ayudarme a sobrevivir, me recordaste que podía vivir.

Estaba a oscuras y encerrada en el ataúd de la angustia hasta que ella levantó la tapa y me regaló un pin. Me ayudó a salir. Me revivió con la esperanza de que algún día mi vida sería mejor, sin saber que ya lo era porque había aparecido en ella.

Los ojos de Fanny se empañan y una lágrima rueda a través de su mejilla para bordear la comisura de sus labios cuando su risa se vuelca entrecortada en el aire.

—Entonces, ¿soy el amor de tu vida? ¿Acaso estás coqueteando conmigo?

Me encojo de hombros con un nudo en la garganta.

—Desde que eres mi amiga olvidé lo que se siente estar sola. Nunca creí que dos personas podrían durar para siempre, pero contigo estoy dispuesta a tentar la eternidad.

Sorbe por la nariz y se limpia con la manga de su camiseta.

—¡Es lo más romántico que me han dicho!

—Mejor, no quiero que te conformes con menos. Zig tendrá que esforzarse bastan…

Se lanza por el borde de la cama. Chillo al perder el equilibrio y la mesa de luz tiembla. El *tupper* nos cae encima y las galletas se desparraman. Reímos enmarañadas entre las mantas, las migas y los brazos de la otra hasta quedarnos sin aire.

EPÍLOGO

Fanny

UNOS MESES DESPUÉS...

Al no tomar una decisión estamos tomando una, porque lo que decidimos no cambiar es lo que elegimos seguir viviendo. El problema es que los cambios requieren valentía y Fanny Shapiro está hecha de puros miedos.

Sin embargo, aprendió a enfrentarse a ellos.

Por eso me animé a dejar de lado mis All Star rojas y subirme a estos zancos —también llamados tacones— de diez centímetros que son del mismo color que las zapatillas, y contrastan con el cielo azul de la tarde y las copas de los árboles. Muevo los pies en el aire todavía desacostumbrada a cómo se siente el calzado.

—Te los sacarás apenas tengas la oportunidad, ¿verdad? —adivina una voz.

Bajo las piernas, cruzo una sobre la otra en la tela elástica del trampolín y me incorporo sobre los codos para mirar a Delilah. Es toda la respuesta que necesita. Reprime una sonrisa y sacude la cabeza. Está sentada en el borde. La delgada seda de su chal envuelve los pliegues de sus codos como una serpiente. Su vestido es de un brillante color esmeralda, parecido a un *qipao* de esos populares en la cultura asiática. Es cerrado al cuello y con un corte diagonal en el pecho, ceñido a la cintura y con una abertura muy *sexy* en la pierna.

Y cuando digo *muy sexy* me refiero a que Salvador tendrá un paro cardiorrespiratorio cuando la vea.

Reboto hasta el borde del trampolín y apoyo el mentón sobre su hombro.

—¿Lista para matar de un infarto a tu chico? —la hago sonrojarse.

—La única persona que tendrá un infarto eres tú.

Señala al frente y quedo boquiabierta un segundo antes de saltar al piso y casi quebrarme un tobillo en el proceso. Ella debe ayudarme para que no pierda el equilibrio sobre los tacones. Los padres de Zig lo despiden en la puerta de su casa y sus hermanos le disparan con balas de juguete mientras trota hacia nosotras con un ramo de rosas. Está vestido de blanco de pies a cabezas, pero sus pantalones de vestir son…

—¡¿Por qué estás usando *shorts*?!

Se detiene frente a mí y da media vuelta para mostrarme sus gemelos endurecidos.

—Es que me depilé las piernas, quería lucirlas.

—¡Zig, eso es tan…! —Hace equilibrio en un pie para levantar una pierna que intento apartar de un manotazo hasta que siento su textura—. Suave… Wow, están mejores que las mías.

Mientras froto de arriba abajo su piel, una camioneta estaciona frente a mi patio. Ya no hay indicios del color bronce, el dueño decidió pintarla de blanco: la puerta del conductor se abre y este rodea el vehículo para abrir la del acompañante. Schubert se baja de un salto con la lengua afuera y un moño a modo de collar.

Delilah se aleja del trampolín para recibirlo mientras Salvador, envuelto en un esmoquin al que le falta la corbata y cuyos primeros botones

de la camisa están desprendidos, se acerca con las manos en los bolsillos. Se observan y es patético lo mucho que se esfuerzan por ocultar sus sonrisas.

—Hola —dice ella.

—Hola —responde él.

A punto de perder el equilibrio y todavía con el ramo en la mano, Zig se inclina para que solo yo pueda oírlo.

—Siento que estamos interrumpiendo algo…

Intercambiamos una mirada cómplice mientras la puerta se abre a mis espaldas. Suelto su pierna y le arrebato las flores para aplaudir con ellas:

—¡Bueno, acabemos con esto de una vez! —Algunos pétalos caen a nuestro alrededor como confeti—. Quiero ir a bailar y echarle vodka al ponche.

Soy incapaz de diferenciar si Schubert ladra y da una voltereta en acuerdo conmigo o porque mamá salió con Huevo en brazos.

—Tienes prohibido volver ebria a casa —advierte.

—No se preocupe, señora Shapiro. —Zig me rodea los hombros—. Me encargaré de vigilar ese ponche con mi vida toda la noche.

El abuelo, con una cámara a rollo entre las manos y las pantuflas en los pies, parece resignado al afirmar:

—Genial, acabarán ebrios los dos.

—Prometo que cuidaré a ambos. —Delilah toma la mano de Salvador y lo arrastra a nuestro lado.

Claro que el perro los sigue porque quiere salir también.

El chico agujereado la toma por la cintura y Zig se agacha un poco para pegar su mejilla a la mía. Por detrás me da un rápido y disimulado apretón en el trasero. El abuelo deja de intentar obtener el ángulo adecuado para mirarnos sobre la cámara con una expresión fúnebre.

—¡Las manos donde pueda verlas!

—Papá, es solo para la foto —defiende mamá.

—Pueden posar a un metro de distancia el uno del otro, la cámara los captará igual —refunfuña.

Cuando el *flash* se está por disparar le devuelvo el apretón a Zigler y acaba saltando en la fotografía.

—¡De acuerdo, nos vamos! —apresuro a todos y corro a darle un beso al anciano, otro a mamá y por último a Huevo, que protesta cuando mi labial rojo le queda marcado en la cabeza.

—Esperen, Delilah y yo tenemos que hacer algo antes —interviene Salvador.

Miro a mi amiga, pero ella me devuelve la mirada desconcertada cuando el chico se lleva dos dedos a la boca para silbar y con la mano libre la guía al vehículo. Su perro corretea hacia la camioneta y ellos van detrás. Delilah nos mira sobre su hombro sin dejar de caminar, pero tanto Zig como yo levantamos las manos en señal de que no colaboramos en lo que sea que esté ocurriendo.

Schubert se sube de un salto al asiento del copiloto cuya puerta sigue abierta. Vemos su cola menear a través de las ventanillas mientras rebusca algo en el asiento trasero y regresa con una bolsa en el hocico. Se baja de un salto y se sienta en la vereda.

Con una postura orgullosa, Salvador le hace señas a Delilah para animarla a abrir el regalo. Hay un brillo de emoción en sus ojos cuando se pone en cuclillas para sacar una caja de la bolsa.

—¿Joyería? —adivina en un susurro mamá.

—¿Un ramillete de pensamientos? —duda el abuelo.

—¿Drogas duras? —apuesta Zig, y no sé cuál de los dos le asesta un golpe en la nuca.

Permanezco callada porque tal vez, solo tal vez, sí colaboré con mi archienemigo por un bien común y le proporcioné de antemano información sobre de qué color sería el vestido de Delilah para que combinara el par de zapatillas que ahora sostiene entre las manos. Sonríe al levantar la vista hacia el chico. De un solo movimiento y sin esfuerzo, él la acomoda en el asiento del vehículo y se hinca sobre una rodilla en el suelo para cambiarle los tacones por el calzado nuevo.

Delilah no lo puede creer. Sacude las piernas por el borde de la camioneta y yo hago una nota mental para prender fuego esos zapatos de charol que quedaron debajo de mi cama.

—¿Por qué le regaló zapatillas? —pregunta el geminiano a mi lado.

—No tengo la menor idea.

En fila, el abuelo, mamá, Zig e incluso Huevo se giran para lanzarme una mirada que dice "no te creo nada". Los ignoro, estoy demasiado ocupada guiñándole el ojo a Salvador a la distancia.

El camino al baile de graduación es parecido a esa cita doble que tuvimos hace tiempo. Schubert se esmera en intentar quitarme el maquillaje con un lengüetazo y Zig lo alienta en lugar de ayudarme a quitármelo de encima.

—¿Puedes controlar al pulgoso de tu hijo? —Gruño en el hueco que hay entre la ventana y el asiento del conductor—. Y las manos donde pueda verlas, García.

—Schubert solo quiere demostrarle a su tía cuánto la quiere. —Se burla y no quita la mano del muslo de Delilah hasta que estacionamos en la escuela.

Podría decirse que somos… cordiales, casi amigos.

Todavía nos fastidiamos y no nos tocamos ni con un palo. La única ocasión en la que por voluntad propia invadimos el espacio personal del otro fue al reunirnos luego de la pelea con Henry. Ninguno dijo más de dos palabras, pero nos abrazamos en silencio.

Me miró con gratitud y nunca supe si fue porque apoyé a Delilah o porque entré en esa casa a buscarlo. A veces pienso que hice mal, pues ninguno hubiera salido herido de lo contrario; pero otras veces, como cuando susurró *gracias* en mi oído durante ese abrazo, creo que hice lo correcto.

Mamá una vez dijo que parecíamos hermanos por lo mucho que peleábamos y fue la primera vez que me puse a pensar que quizás yo no tengo uno porque ella no quería hijos, o por lo que representó mi nacimiento. También me pasó por la cabeza que tal vez sí tenía hermanos de los que no sabía por parte de mi padre.

Mencionar a mi progenitor ya no es un tabú en casa, pero tampoco algo corriente. Cuando quiero preguntarle algo a Aurora sobre él espero a que el abuelo y Delilah se vayan a la cama.

Unos días no quiero saber ni su nombre, pero otros tengo el cerebro tan hinchado con signos de interrogación que si no los saco explotará. Así es cómo encontré su perfil de Facebook: está casado y tiene dos hijos varones. Es raro cómo una persona puede arruinarle la vida a otra y seguir con la suya con tanta impunidad.

De la curiosidad pasé al enojo. En parte sedienta de justicia por mamá, en otra dolida por el padre que podría haber tenido y él mismo me arrebató. Intenté alejarme de esos sentimientos, ser lo que consideraba

madura y mostrar que él me importaba un carajo, pero su fantasma me perseguía. Así acabé escribiendo cartas, cuadernos enteros salpicados con esencia de vainilla o harina mientras esperaba que chillara el temporizador del horno luego de desquitarme a golpes con un trozo de masa.

La violencia no es la solución, pero ayudó bastante, al menos hasta que el abuelo y mi madre me interceptaron para proponerme ir a terapia. No solo por mi padre ni lo que pasó en casa de Henry, sino por los años que había sabido sobre el abuso hacia Delilah.

No me gusta darles la razón a los mayores, pero puede que haya servido un poco.

Desde entonces mi relación con mamá mejoró mucho, en especial porque me tomé en serio las clases y pude graduarme. La prueba está en los artefactos de tortura que llevo puestos en los pies y de los que pienso deshacerme mientras atravesamos las puertas del gimnasio.

El lugar está iluminado con luces azules y doradas. Las paredes repletas de guirnaldas y globos, las mesas llenas de copas y la pista rebosante de vestidos coloridos. Nos metemos entre la muchedumbre y mis cejas amenazan con saltar fuera de mi frente cuando veo a Christine bailando una canción lenta con Molly Ferrifeshka, demasiado cerca la una de la otra para dos personas que se odian.

—No seas chismosa —me susurra Zig al oído, y los vellos de mi nuca se erizan.

Me rodea la cintura y me aferro a sus hombros para bajar de un tacón y luego del otro. Mi mano acaricia la rosa que saqué del ramo para ponerla en su saco.

—¿Quieres darme tortícolis? —Se queja al verse obligado a bajar la cabeza para mirarme cuando logro darles un respiro a mis pies—. ¿No

puedes soportar tener una altura promedio solo una noche?

—Oh, por favor, sé que te gustan las bajitas.

Sacude la cabeza.

—Ahí te equivocas.

—Yo *nunca* me equivoco.

—Te equivocas ahora, porque la única bajita que me gusta eres tú.

Necesito un desfibrilador, algo que me dé una descarga eléctrica para recordarme cómo bombear sangre y oxigenar mi cerebro que acaba de quedarse en blanco.

Me gustaría decir que en estos meses nuestra relación avanzó, pero entre la mudanza de Delilah a casa y mis *daddy issues*, el intento por acercarme a mamá y no repetir de año, la terapia y el juicio de Henry, lo que menos quería era sumar un problema más a la lista.

Sobre todo si se trataba de algo que podría acabar en un potencial corazón roto.

Zig lo entendió sin que se lo dijese. Continuamos siendo amigos que a veces se desconocen un poco y se rozan más de lo apropiado. Que algunas noches comparten almohada y otras se miran más tiempo del que deberían.

Como ahora, que no puedo apartar la vista de su rostro: pálido como una teta que nunca ha visto el sol y con el cabello tan desordenado como si lo hubiera peinado un huracán de categoría cinco, con esos profundos ojos color chocolate y esos estúpidos hoyuelos.

Algo me empuja para apretarme más contra él. Echo una mirada fulminante sobre mi hombro para ver a Delilah, que acaba de darme un culazo, rodeando el cuello de Salvador. Ambos fingen que nada acaba de pasar y vuelvo a enfocarme en el chico que tengo enfrente.

—¿Te gusto? —insisto.

—Qué pregunta más tonta. ¿No se me nota por todas partes que te quiero besar?

Rueda los ojos ante mi escepticismo y ahueca mis mejillas. No es como en los libros ni en las películas. No hay fuegos artificiales ni una llamarada de fuego que me atraviese el cuerpo. En realidad, es una sensación suave y un poco rara a la vez, y se me escapa una risa que oscila entre los nervios y el alivio. Porque este es mi primer beso y acabo de dárselo al chico que siempre me ha gustado.

—¿De qué te ríes? ¡Soy un gran besador!

—Shhh, eso no se dice…. —Me paro de puntitas de pie hasta que nuestras narices se rozan con cariño—. Se demuestra. Probemos otra vez.

Delilah

MUCHOS MESES DESPUÉS...

—¿Quieres salir?

—¿A dónde? —Salvador levanta la vista de su lectura para mirar a través de la ventana del balcón junto a la que estoy parada—. El cielo se cae.

—Quiero darle un descanso a Fanny y comprar un pastel para mañana en lugar de pedírselo.

Desanuda mi cinta de seda blanca que lleva alrededor de la muñeca para marcar la página antes de cerrar el libro. Lo lanza a través del sofá

antes de ponerse de pie. Dejo ir la cortina y me cruzo de brazos mientras se acerca.

—Tus deseos son órdenes.

—¿Y desde cuánto tú, chico con mala reputación, acatas órdenes?

—Desde que eres mi novia.

Me toma delicadamente por el cuello para dejar un beso en la comisura de mi boca. El fantasma de una sonrisa baila en sus labios y crea una coreografía con los míos hasta que me pongo un abrigo sobre la camiseta que me regaló el año pasado y bajamos las escaleras de dos en dos. Abre la puerta de la residencia y en la entrada nos apretamos bajo el paraguas para caminar a través del incesante golpeteo de la lluvia.

El otoño hace los últimos preparativos para ausentarse y cederle lugar al invierno. Todavía se agitan hojas doradas en las copas de los árboles. El petricor se aferra al aire y los charcos estallan cuando los pisamos sin querer por intentar evitar otros. Aunque el sol lucha por salir, el cielo es de un gris profundo y no hay señal de personas en la calle, para mí es uno de los días más bonitos.

Con los brazos enlazados caminamos calle abajo hasta la pastelería con la que le soy infiel a Fanny. Nada puede compararse a su comida, pero la carrera en el Instituto de Arte Culinario la absorbe un montón y a veces queda tan exhausta que no oye el pitido del horno por echarse a dormir la siesta. Por suerte siempre estoy yo para salvar las galletas.

Supongo que el precio a pagar por ser una de las mejores estudiantes de su clase es estar al borde de llamar a los bomberos una vez a la semana.

En ocasiones la culpa de un posible incendio recae en Zig. Tuvo que mudarse a tres Estados de distancia para hacer la Licenciatura de Ciencias Astrofísicas y Planetarias, y si no está conmigo en videollamada para

estudiar —dice que verme del otro lado de la pantalla lo obliga a ser productivo—, está en una videollamada con Fanny que dura horas. Ella camina alrededor de la mesa cuando le habla, apoya el celular sobre la cafetera mientras hornea y a veces pelean y se lo lleva a la ducha al reconciliarse. Solo espero que el cifrado de extremo a extremo sea realmente seguro para lo que sea que se muestran el uno al otro ahí adentro.

La campanilla de la pastelería me arrastra al presente y a la vez al pasado, porque tengo un *dejá vu* de La Hora Perfecta. Aunque ya no trabajo ahí, el señor Shapiro no tardó mucho en encontrar mi reemplazo.

—Disculpa, ¿puedes añadir un *macchiato* para llevar? —pregunta Salvador a la cajera cuando nos entrega el pedido—. Con caramelo si es posible.

Me lanza una mirada cómplice de reojo al sacar su billetera para pagar.

El abuelo tomó a Salvador como su aprendiz. Aunque asegura que prefiere mi compañía y que nadie le saca brillo a los relojes como yo, creo que disfruta que alguien se interese por el viejo arte de la reparación. Se pasan horas en el taller entre engranajes y herramientas donde el hombre traspasa sus conocimientos con orgullo y algún que otro insulto.

Al graduarse mi chico tatuado no estaba seguro de qué camino seguir. Sus padres le propusieron probar una carrera que le llamara la atención o tomarse un año sabático para explorar sus opciones con la condición de conseguir un trabajo de al menos medio tiempo.

Así acabó en la relojería.

Y también en el parque para perros, porque además de sacar a pasear a Schubert, se encarga de los clientes que dejé —Doncella, la shih-tzu; y las chihuahuas, Frambuesa y Mora— y otros nuevos que adquirió. Me envía

fotos con todos ellos y a cambio recibe una mía en la biblioteca de la universidad, porque si algo requiere la carrera de Letras con especialización en Escritura Creativa es quemarse los ojos leyendo.

Salvador todavía no tiene claro qué quiere hacer, pero posee un abanico de intereses amplio. Su papá le cedió libros de Medicina y su mamá, cada instrumento que tiene en la casa. Están los relojes y los animales, la cultura asiática y también el arte, ya que me enteré de que la razón por la que no podía pasear a Schubert los viernes era por su asistencia a clases de cerámica.

Luego del incidente en su escuela anterior, además de hacerlo repetir el año, lo obligaron a hacer una actividad comunitaria y así acabó haciendo vajilla con gente de la tercera edad, y acabó por gustarle.

El día que Henry frustró nuestra cita él había planeado llevarme al taller para enseñarme a moldear arcilla y pintar.

Por el lado de mi padrastro todavía es difícil. Siempre lo será, no importa que esté encerrado, ya que el tiempo pasará y quedará libre. Puede que por buen comportamiento incluso antes de lo establecido, aunque el abogado aseguró que es poco probable. Esperaba que el camino a la cárcel fuera solo de ida, sin posibilidad de volver a sentir el sol en la piel.

Algunas personas dijeron que debería celebrar que lo habían encontrado culpable, pero ¿por qué festejar la pena de un delito que directamente no debería haber ocurrido? No puedo celebrar que todavía cierro con llave cada puerta ni que a veces despierto empapada en sudor a medianoche por una pesadilla a la que Fanny calma metiéndose en la cama conmigo.

No hay perdón en que empuje el carrito del supermercado un poco más rápido al atravesar el pasillo de las frutas ni en perderme la explicación

de un profesor porque recordé algo que solía pasar en mi antigua habitación. Tampoco en sobresaltarme si alguien me roza la muñeca en la calle.

No hay sosiego para la ansiedad que me da mirar las agujas del reloj en la sala de espera de la psicóloga, sabiendo que entraré y me disculparé por tomar demasiados pañuelos de la caja que me ofrece, aunque ella diga que están ahí para ser usados.

Es como tener una sombra que te acecha durante el día y se expande hasta adueñarse del cuarto por las noches. A veces logro ignorarla, otras no; unos días me asaltan las lágrimas en medio de una actividad mundana —cuando preparo una ensalada o me pongo los zapatos—, otros días olvido por completo lo que ocurrió. Cuando creo que estoy mejor, me siento peor; cuando creo que toqué fondo, salgo a la superficie.

La psicóloga dice que los procesos nunca son lineales y que si lo parecen es porque estamos escondiendo el problema, sea consciente o inconscientemente. Así que al menos puedo decir que lo enfrento y tengo la suerte de contar con el sistema de apoyo de mi familia.

Porque familia no es solo quien te trae la vida, sino quien te da la libertad para vivirla a tu manera.

—*Bon appétit*. —Salvador me entrega el *macchiato*.

El calor de la taza descartable se filtra a mis manos y el olor del caramelo no se desvanece ni cuando salimos de la tienda. Él lleva la caja del pastel en una mano y abre el paraguas con la otra, bajo el cual nos refugiamos para regresar.

Doy un sorbo y levanto el café para convidarle un poco a él. Entre risas le limpio con el pulgar la espuma que le quedó en el labio superior. Al

segundo sorbo mi boca se posa donde un segundo atrás estaba la suya y todavía me embarga esa sensación de lindo nerviosismo por su proximidad.

Somos novios hace casi un año y todavía siento algunas cosas como la primera vez.

Las mariposas que habitan cada recoveco de mi cuerpo despiertan ante su mínimo toque y rebeldes se niegan a volver a dormir. Revolotean por doquier, tiran de las comisuras de mi boca para que sonría y se meten entre mis costillas para que ría. A la hora de un beso agitan con tanta fuerza sus alas que es como llevar un huracán en el pecho, y cuando es tiempo de algo más se acumulan en la parte baja de mi vientre antes de que una ola de calor arrase con ellas.

El sexo con él es tan bueno que algunas veces es todo en lo que puedo pensar.

Buscar los placeres escondidos en el cuerpo del otro y acabar por hallarlos en el tuyo, ser libres de explorar pero pacientes para avanzar, alcanzar la intimidad suficiente para reírnos si chocamos las cabezas por error… Y el final, cuando en medio de una respiración superficial encuentras en los ojos que te miran esa profundidad.

Estoy enamorada, concluí la primera vez que sucedió.

En la residencia el aroma a galletas baja por las escaleras. Primera señal de que Fanny regresó para hornear la masa que me ordenó descongelar antes de partir al aeropuerto para traer a nuestra visita. En el pasillo, oigo el vinilo de música *country* que le robó a Aurora y pone cuando cocina, mezclado con unos sonidos extraños que se detienen en cuanto entramos y ella le da un empujón a Zigler para sacárselo de encima.

Se limpia la boca con el dorso de la mano, pero el rubor en su cara y la mancha de labial en la cara del chico la delatan.

—¡Monita! —Zig abre los brazos—. Qué alivio ver una persona que me agrada al fin.

Me levanta sobre mis pies y casi derramo el café.

—¿Y yo qué? ¿Estoy pintado? —pregunta Salvador.

Mi amigo me devuelve al piso para darle un apretón de manos extraño, ese que se dan los varones.

—También me agradas, pero tienes que respetar los rangos. Estás en segundo lugar, amigo.

Salvador pone los ojos en blanco y se dirige a la pelirroja:

—¿La cuidaste?

Ella le regala un despreocupado saludo militar.

—Ni un rasguño, jefe.

—Bueno —interviene el morocho—, quizás algunos pequeñi…

Fanny le da un codazo en las costillas para que cierre el pico. Tardó semanas en convencer a Salvador para que le enseñara a conducir y meses para que le prestara la camioneta. Aunque no la deja sentarse tras el volante cuando viene a pasar el fin de semana a la ciudad o nos recoge para volver a casa, se la cede para buscar a Zigler en el aeropuerto.

Jura temer chocar por propia voluntad contra un árbol si debe oírlo hablar todo el camino hasta aquí.

Esta reunión se la debemos a mi cumpleaños. Mañana los cuatro volveremos a casa de Fanny. Aurora insistió en organizar una pequeña celebración en la relojería por mis diecinueve años, así que nos ponemos manos a la obra con los preparativos: bonetes de papel decorados de forma personalizada para cada invitado.

Entre recortes y brillantina, lápices de colores y porciones del pastel de fresa —porque la pelirroja insiste en que se sentirá la peor amiga del mundo si no la dejo prepararme un pastel, lo que nos da vía libre para comer este —; doblamos hojas en forma de conos. Mientras ella cocina Zig le hace uno al señor Shapiro, Salvador se encarga del de Huevo y también de darme de comer pastel en la boca, y yo escribo uno que dice "mamá".

Estaba insegura sobre invitarla porque temía que se sintiera incómoda o juzgada por el resto de las personas, pero los Shapiro saben lo importante que es para mí. La tratarán con calidez, incluso si ella solo supo ser fría conmigo al principio.

Cuando Henry mostró sus verdaderos colores —o la ausencia de ellos — ella jamás me preguntó algo al respecto. El nombre de mi padrastro ocupó espacio entre nosotras y nos distanció. Sin embargo, mamá encontró la forma de rodearlo: se encargó de juntar mis pertenencias cuando le dije que no quería volver a esa casa, me llevó a terapia y esperó sentada en el auto hasta que acabara cada sesión e incluso intentó pasarle una manutención a Aurora, que se la rechazó.

No era suficiente. No era lo que yo quería de ella, pero era algo.

Ambas éramos conscientes de que teníamos que hablar sobre Henry, pero ninguna daba el primer paso. Semanas pasaron y un día en el auto se le escaparon dos lágrimas, una por cada lado de la cara. Tuve que pedirle que frenara porque se multiplicaron hasta que fue incapaz de distinguir lo que había del otro lado del parabrisas.

Fue extraño, por primera vez no era yo quien lloraba y me pregunté si había agotado mi cuota vital de tristeza mientras la miraba sin saber qué hacer.

Entonces entendí que, cuando ella me miraba a mí, tampoco sabía qué hacer.

Los lamentos no revierten el tiempo, las palabras no borran heridas, los intentos por mejorar el presente no compensan el peor momento de un pasado y tu presencia no justifica ese día que te ausentaste.

Mamá se mantenía apartada porque temía ser un obstáculo en mi ya complicado camino y porque cuando no sabes ayudar lo único que te queda es esperar no estorbar. Castigarla, aunque en arrebatos me sobren ganas, no me hará sentir mejor ni cambiará nada. Solo logrará que la brecha entre nosotras que se originó con la muerte de papá y que Henry profundizó crezca.

Y no puedo dejar que él me siga quitando cosas ni personas.

Quiero una vida llena del cariño que él nunca quiso que tuviera, y que la suya esté repleta del vacío que quería para mí.

Por eso trabajo y poco a poco veo frutos, como cuando mamá vino a conocer mi universidad y ese mediodía le propuse cocinar: la sopa de calabaza le salió idéntica a la de papá. Otra tarde compartimos un helado y me sentí esa niña que aseguraba saber cuántas estrellas había en el cielo. Y una madrugada por teléfono dijo: "Vivo hace años en los márgenes de tu vida y eso es mi culpa, pero quiero esforzarme por llegar al centro si me das la oportunidad. Y si no quieres, está bien. Te querré desde donde quieras que esté".

Me da el poder de elegir y eso es algo nuevo para mí; me estoy convirtiendo en dueña de mi vida otra vez.

El sol deja de luchar contra la tarde gris y se pierde detrás de las nubes que inauguran la noche. Aparto la cortina para ver la llovizna a través de la ventana y la calidez de unas manos envuelven mi cintura antes de que

Salvador apoye su mentón sobre mi hombro. Dice que las puntas de mi nuevo cabello corto le hacen cosquillas, pero le encanta.

—Gana la otra —susurra apuntando dos gotitas aferradas al vidrio.

Nos recostamos en el sofá para ver la carrera. En el fondo Zig intenta comerse las galletas que Fanny acaba de sacar del horno y ella lo persigue con un trapo que termina cortando el aire cuando falla en darle en el trasero.



Me despierta un sonido. Estoy segura de haberlo oído antes, pero es difícil reconocerlo a través de la somnolencia. El pecho de Salvador sube y baja en un vaivén suave a mi espalda, su respiración me acaricia la nuca y sus brazos me rodean sobre la manta que tejió la señora Shapiro.

El cielo todavía llora afuera y la luz de la luna bordea a Fanny y a Zig enredados en la alfombra. Están al revés, por lo que ella lucha para quitarse de encima un pie de él, que ronca como si no tuviera una sola fosa nasal destapada.

Tantea con un quejido entre los cojines que yacen en el piso hasta dar con el teléfono del que proviene la música. Es de Zigler, solo él tendría de alarma una canción de Taylor Swift.

—¿Qué hora es? —susurro con un bostezo.

Ella gira la pantalla. Reafirmo que el celular le pertenece a Zig porque de fondo tiene una foto donde Fanny le hace *fuck you*.

El reloj marca las 00:00.

—La hora perfecta. —Se deja caer con una sonrisa tonta en la alfombra otra vez—. Feliz cumpleaños, Delilah.

No se me ocurren deseos para pedir, lo que solo puede significar una cosa.

Este año mi vida es mejor.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias al equipo de Editorial El Ateneo por cuidar este libro como si lo hubiera parido. Gracias a mi editora, Leila, que dijo que no podía llamar a uno de los cobayos como la poeta Pizarnik porque iba a ser una mascota muy depresiva. Equilibró el profesionalismo con el humor de diez.

A mi mamá, que dedicó años de su vida a ayudar mujeres y niños en la misma situación que Delilah (su corazón desafía las leyes físicas). Y a mi papá, por ser el tipo de persona dispuesto a defenderte a capa y espada (siempre intenta que me valga por mí misma y alce la voz).

Gracias a mis lectores, sean veteranos o nuevos: sin ustedes nada de esto tendría sentido. Son los mejores compañeros de aventuras literarias del mundo. Nos vemos en la próxima novela. Recuerden que, como dijo una entidad muy sabia de ojitos marrones, lo que decidimos no cambiar es lo que elegimos seguir viviendo.

Hagan que sus vidas sean mejores hoy, no esperen al mañana.

Con amor,

Ludmila

Tenía 10 años cuando vi en el noticiero el caso de Candela; 12 años, cuando escuché el nombre de Ángeles; 13, cuando supe de Lola; 15, cuando leí sobre Lucía. La lista es tan larga que nadie sabe cuál fue el primer nombre ni puede asegurar que existirá un último.
No nos quedemos en silencio. Si conoces o sospechas de una situación de abuso, escanea este código para encontrar ayuda y orientación.

ÍNDICE

Tapa

PLAYLIST

CAPÍTULO 1.
FÓRMULA INFALIBLE PARA ARRUINAR UNA AMISTAD

CAPÍTULO 2.
FANTASEAR Y OTRAS FORMAS DE (SOBRE)VIVIR

CAPÍTULO 3.
EL PESO DE LAS NUBES Y LA COREOGRAFÍA DE LOS SECRETOS

CAPÍTULO 4.
LA PRINCESA QUE ESCONDÍA DIBUJOS BAJO EL COLCHÓN

CAPÍTULO 5.
EL POTENCIAL PELIGRO DE UN CHICO APUESTO Y AGUJEREADO

CAPÍTULO 6.
EL ARTE DE UN CUADRO VACÍO QUE PINTAS CON PREGUNTAS

CAPÍTULO 7.
LOS AMORES ESCONDIDOS EN LAS PALMAS DE TUS MANOS

CAPÍTULO 8.
EL NUEVO VICEPRESIDENTE

CAPÍTULO 9.
EL NIÑO QUE FUE PROTEGIDO EN LA PARTE TRASERA DE UN COCHE Y LA NIÑA QUE NO LO FUE

CAPÍTULO 10.
LOS EXTROVERTIDOS ADOPTAN INTROVERTIDOS

CAPÍTULO 11.
EL SUEÑO DEL QUE NO HE QUERIDO DESPERTAR

CAPÍTULO 12.
LOS DESEOS QUE NUNCA PEDÍ Y SE CUMPLIERON

CAPÍTULO 13.
HURACANES FORMADOS POR AUSENCIAS

CAPÍTULO 14.
MAPA HACIA LA CURVA DEL CUELLO QUE UN DÍA BESASTE

CAPÍTULO 15.
PIES QUE HAN CAMINADO DEMASIADO

CAPÍTULO 16.
NO FUE AMOR A PRIMERA VISTA

CAPÍTULO 17.
TRAICIÓN HECHA DE CORAZÓN

CAPÍTULO 18.
LA CONSTELACIÓN DE TUS PENSAMIENTOS

CAPÍTULO 19.
LA ATRACCIÓN ENTRE GALAXIAS

CAPÍTULO 20.
PLEGARIAS EN LA OSCURIDAD

CAPÍTULO 21.
BASTA UNA GRIETA PARA ROMPER LA REPRESA

CAPÍTULO 22.
SI NO ES CONMIGO, NO ES CON NADIE

CAPÍTULO 23.
LA GENÉTICA DE LAS CHICAS VALIENTES

CAPÍTULO 24.
MILLONES DE BRAZOS Y AÚN ELEGIRÍAS LOS MÍOS

CAPÍTULO 25.
AHOGARSE EN LOS HUECOS DE LA TRAMA

CAPÍTULO 26.
EL HONOR DE LLEVARTE AL ALTAR

CAPÍTULO 27.
CORTAR LA LLAMADA

CAPÍTULO 28.
LA IMAGEN QUE MÁS ODIAS

CAPÍTULO 29.
EL AMOR QUE DETUVO TODOS LOS RELOJES

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS



LUDMILA MAGALÍ RAMIS nació el 11 de enero de 2001 en Pergamino, Buenos Aires. En 2014 empezó a compartir sus historias bajo seudónimo en internet, donde ganó popularidad y premios gracias a su devoción por el romance y su fe ciega en los finales felices. Su motivación para escribir es crear los mismos refugios literarios que supieron contenerla tantas veces. Trabajó con editoriales de diferentes países y este es su octavo libro publicado. Encontrala creando contenido (y quejándose de la vida) en redes o invocala con la palabra mágica: "café".

CreativeToTheCore
creativetothecore
abbadieserena

SIGAMOS LEYENDO

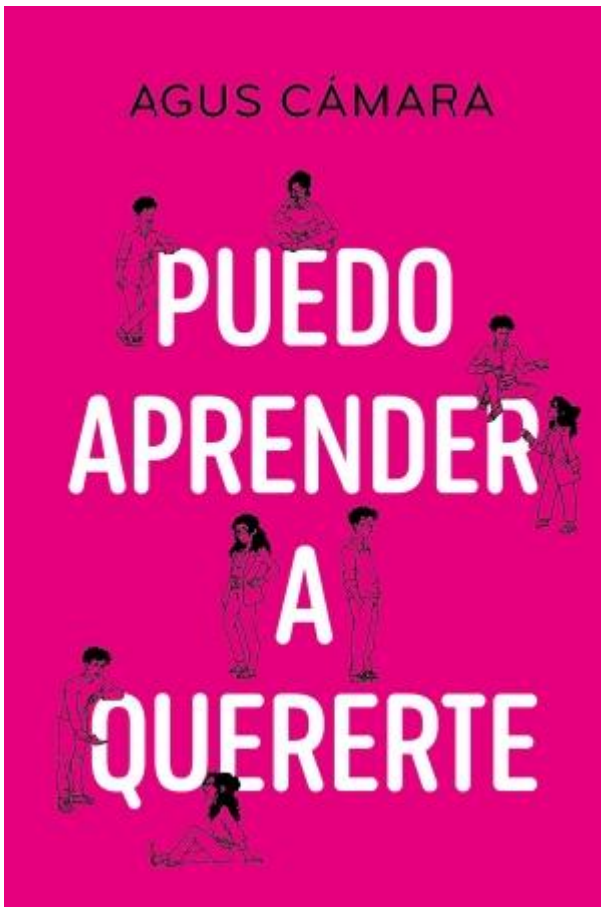








“ERES CADA SUEÑO
DEL QUE NO HE
QUERIDO DESPERTAR”.



Puedo aprender a quererte

Cámara, Agus
9789500215442
416

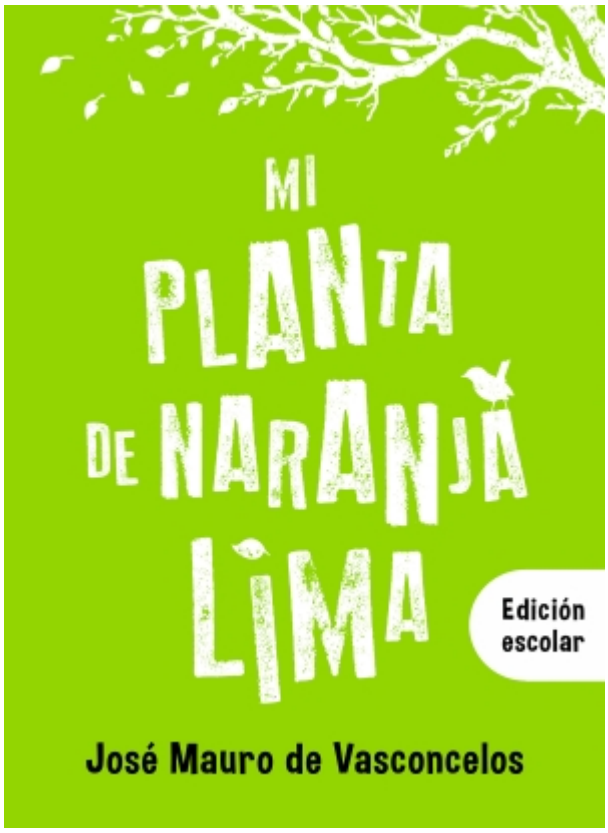
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor y rivalidad, entre números y palabras.

Simón es analítico, ordenado, preciso y amante de los números. Martina es apasionada, artista, sentimental y amante de las palabras.

Son muy diferentes, pero comparten el deseo de ser los mejores en todo, y eso los convirtió en rivales en el colegio.
Por las vueltas de la vida, ahora son colegas. De hecho, tienen muchas más cosas en común de las que creen...
Viejas rivalidades vuelven a despertarse en el fulgor de una apuesta y, esta vez, quizá también lo hagan los sentimientos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Mi planta de naranja lima

de Vasconcelos, José Mauro
9789500210645
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

ZEZÉ tiene una imaginación gigantesca y sueña con ser sabio y poeta y usar corbata de moño cuando sea adulto. Pero ahora, que es un niño, su padre se quedó sin empleo, su madre trabaja todo el día y sus hermanos mayores le pegan cada vez que hace una travesura.

Cuando se siente triste, Zezé cuenta con un amigo muy especial, una planta de naranja lima que le habla con las hojas, las ramas, las raíces, y lo consuela haciéndole escuchar cómo palpita su corazón bajo el tronco.

Una novela clásica, emocionante, que combina la crudeza de una situación de profunda miseria e incomprensión con la ingenuidad y la ternura de a infancia, que observa el mundo con una mirada limpia.

Edición escolar: incluye un análisis de la obra, el autor y su época + datos curiosos sobre los personajes y los lugares de la novela.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El amor después del desamor

Mc Coubrey, Maxi
9789500215275
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El amor no daña a sabiendas. El amor no maltrata.

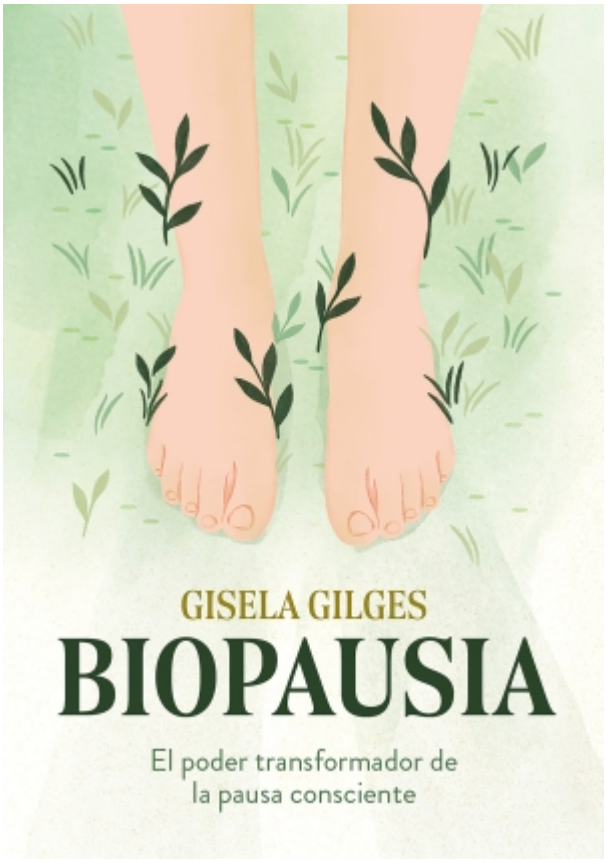
"El desamor confunde, llena de dudas sobre el propio valor y la capacidad de conectar con otros. Lo acompaña una desregulación emocional que nos saca de quicio, nos deja con hiperactividad o parálisis. Vivimos llenos de angustia, ira y miedo, incapaces de encontrar paz en nuestro propio ser", dice Maxi Mc Coubrey,

psicólogo clínico especializado en dependencia emocional, trauma complejo y narcisismo patológico.

En *El amor después del desamor* nos ayuda a reflexionar sobre nuestras experiencias de "amor", el abuso emocional y la naturalización de las falsas manifestaciones de afecto. Salir de estas trampas y sanar es posible.

Después de la tormenta más oscura, siempre hay luz.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Biopausia

Gilges, Gisela

9789500216753
176

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una obra que entrelaza ficción y reflexión, contada a través de cinco historias familiares que muestran lo que ocurre cuando no sabemos frenar a tiempo. La protagonista invisible es la pausa: esa instancia vital en la que el cuerpo o la vida nos obligan a detenernos antes de quebrarnos. **Gisela Gilges nos invita a reconocer el agotamiento emocional, la autoexigencia, la herencia de mandatos familiares y la necesidad urgente de escucharse.** Pausa ni significa rendirse ni abandonar nada. Se trata de descansar, de darse un espacio para respirar y tomar fuerzas para poder seguir adelante con una mejor perspectiva. Hoy el mundo nos exige rapidez, profundidad, logros constantes... pero ¿a qué costo? **Gisela Gilges**, life coach y conferencista, **narra en este libro una historia familiar** (basada en hechos reales) **desde los puntos de vista de sus distintos integrantes, para mostrarnos qué puede pasar cuando la vida nos grita y no la escuchamos.** ¿Cómo prevenirlo? Con biopausia: el arte de frenar a tiempo.

Orientado a mujeres de 30 años en adelante / Personas atravesando crisis vitales o duelo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Resetea tus intestinos - Edición aniversario

Pereyra, Facundo
9789500213769
272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La mayoría de nosotros no sabe que los problemas digestivos causan estragos en todo el cuerpo: afecciones en la piel, cefaleas y migrañas, sobrepeso, enfermedades autoinmunes y la lista sigue...

¿Cómo recobrar la salud? **El doctor Facundo Pereyra**, especialista

en medicina interna, gastroenterología y endoscopía digestiva, con más de 380.000 seguidores en su Instagram, **revela su método para resetear nuestros intestinos, sanar más de 15 enfermedades y recuperar nuestras ganas de vivir**.
En esta segunda edición, Edición Aniversario, se incluye un nuevo prólogo del autor.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tapa de El amor que detuvo todos los relojes de Ludmila Ramis